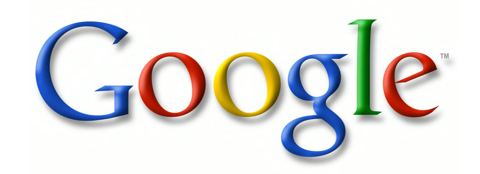
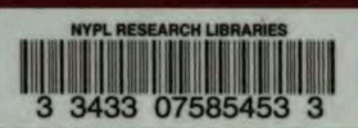



NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07585453 3



José Martínez Monroy

POESÍAS

DE

D. JOSÉ MARTINEZ MONROY.



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE MANUEL RIVADENEYRA,
calle de la Madera, 8.
1864.

AL PÚBLICO.

Las poesías de D. José Martinez Monroy, pocas, y ya ventajosamente conocidas las más, salen á luz, reunidas en un volúmen, á instancias y por diligencia de sus amigos, y á favor de una suscripcion abierta en Cartagena, en Murcia y Madrid. Muerto Monroy á los veinticuatro años, no pudo su ingenio dar todos los ricos y sazonados frutos que prometia; pero no es de temer que al juzgar sobre su sepulcro sus obras la Imprenta, que tan favorablemente las recibió, niegue al finado los aplausos concedidos al que vivia. En el recto juicio del público español confiamos, y sólo advertiremos aquí á los lectores curiosos, que estas poesías, de intento, no van ordenadas cronológicamente ni por géneros, sino confundidas de manera, que la variedad haga su lectura más agradable.

Los Amigos del Autor.

BIOGRAFÍA.

Despues de trascurrido tanto tiempo de la muerte del poeta, renovemos el dolor y las lágrimas, escribiendo algunas palabras al frente de este libro, que es como el testamento de su genio. Confieso que no acierto á empezar, pues la amarga pena que me embarga, no deja espacio alguno al pensamiento. Algunas lágrimas, algun gemido de profundísimo dolor, serán más elocuentes que todas las palabras de los hombres. Sentir, callar, hé aquí lo único que se me ocurre en el momento de recoger y guardar en este libro las flores que se han caido de la corona del poeta, las flores que empezaban á dar testimonio de la primavera de su vida. El dolor no tiene palabras; es mudo como el abismo de la eternidad. Analizarlo con la pluma equivale á buscar con el escalpelo el corazon humano. Lo encontraréis, sí; pero lo encontraréis muerto. Yo, si me dejara llevar de mi corazon, verteria un mar de lágrimas, y arrojaria la pluma.

Y sin embargo, precisa escribir la historia de una vida de veinte y cuatro años, en que apénas se levantaron la esperanza, el amor, la gloria, cuando fueron á dar en la muerte. ¡Una vida! No la hay, no, en el desdichado poeta; es un sueño, es la vida de la gota de rocío que la mañana llora y el sol seca; la vida de la flor que dura un dia; la vida de la golondrina que os anuncia la primavera, y anida un instante en vuestro techo, y se vuelve cantando con sus hijuelos á otras regiones,

porque no puede ver la muerte de la naturaleza bajo el sudario del aterido invierno. Soñó, amó, cantó, murió. Hé aquí la vida del jóven que lloramos. Fué como una de esas ilusiones de la juventud, como una de esas esperanzas de amor infinito, de ventura inefable, de gloria sin mancilla, que nos prometen los primeros dias de nuestras pasiones, cuando se abre el alma inocente á nueva vida; y que se pierden y se desvanecen al tocarlas, como se tronchan entre los dedos las alas de las mariposas que han encantado en el campo nuestros ojos. Y esa vida tan breve, tan fugaz, ha dejado inmenso vacío en el mundo. Yo acabo de ver la ciudad natal del poeta; el sereno cielo que recogió su primera y su última mirada; los altos montes, titánicos como su genio, alzados á manera de una armadura de la tierra contra las furias del mar; las celestes olas en cuyos misteriosos ecos aprendió las cadencias de sus cánticos; y no he encontrado allí corazon alguno que no guardara dolor por su muerte, ni memoria que no tuviera recuerdo de su vida. Sus amigos me contaban, á cada paso que dábamos por aquellas playas, sus inspiraciones, sus poesías, que brotaban tan espontáneamente en su imaginacion, como las flores en el campo. Sus maestros me recordaban las señales que de su genio privilegiado diera desde los primeros años. Los desgraciados que habia socorrido en los dias de las grandes calamidades é infortunios, me hablaban de su corazon. Y su madre, ¡ah! su madre no me hablaba, no; lloraba en mi presencia á su hijo con todo el dolor de una madre. Y en el fondo de aquel rio de lágrimas, vi un instante brillar la imágen querida del llorado amigo, coronada con todas sus virtudes.

¿Por qué habrá sido tan breve su vida? El inquieto pensamiento del hombre aspira siempre á escudriñar misterios que guarda la eternidad en sus insondables abismos. El eterno misterio es la muerte. Muchas veces, al contemplar el sepulcro de un niño que, del seno maternal, donde apénas ha sentido el calor de la vida, cae en el frio seno de la tierra, he levantado los ojos al cielo involuntariamente, como para

preguntar á Dios : «¿Por qué le creaste?» ¿Qué falta hacia en el mundo esa fugaz vida, que no ha dejado ni la huella que deja el insecto en el polvo? ¿Acaso, caprichoso como el hombre, se gozaria el Eterno en dar el aliento de la vida á las criaturas, tan sólo para estrellarlas contra la fria losa del sepulcro? Nacer para llorar y morir : ¡verdadera irrision del destino! La flor que no ha roto su capullo, la mariposa que no ha sacudido su larva, el niño que no ha sentido la vida, ¿por qué morirán? Si no tenian destino que cumplir en el mundo, ¿por qué crearlos? O ¿es acaso que sobre los soles, sobre los planetas, sobre el hervidero de la vida universal, tiene abiertas sus negras fauces la muerte, y es necesario crear séres destinados sólo á calmar su hambre, para que no devore todo el universo? Y si verdaderamente es incomprensible la muerte del niño, en cuya alma no se ha despertado el ideal de la vida, áun es más incomprensible la muerte del jóven que tiene conciencia de su sér, que ha entrevisto su destino, que ha sentido la luz de un ideal misterioso derramarse por toda su alma, que lleva una gran idea en su frente, una sonora lira en sus manos, y cuando apénas ha comenzado á expresar esa idea, á sonar esa lira, se apaga su sér, y pasa como una sombra el que parecia destinado á llenar y embellecer nuestra vida, á dejar el resplandor de su alma en las páginas de la historia. Ideas, amores, genio, esperanzas, carácter, palabra, todo ha sido puesto en él tan sólo para encerrarlo en un sepulcro. ¡Verdadera desesperacion! Aunque golpeemos en las piedras del sepulcro, no responderá la voz de su genio; aunque removamos las cenizas de su cadáver, no se levantará la centella de su vida.

¡Ah! Olvidamos, cuando la muerte nos apena, que la muerte es tan sólo una apariencia. La voz de Dios nos dice que el hombre es inmortal, y que en el sepulcro no ha dejado más que los despojos de su vida terrena, como el guerrero que se desciñe su armadura despues de un combate. La personalidad humana, que se levanta en la cima de la creacion, como el punto luminoso donde se confunden la naturaleza y

el espíritu, subsiste despues de la muerte. La idea, la inspiracion, todo lo que es infinito, es inmortal. No ha dado Dios á nuestro espíritu esta sed inextinguible de lo eterno, para burlarla siempre. No nos ha dado esta idea de la inmortalidad, para que no tenga realidad alguna. Si el espíritu, la gran unidad de nuestra vida, no fuera perenne, el universo sería una obra sin ningun sentido, la obra de un genio delirante, que habria llenado los espacios de sombras. En la misma naturaleza, la sustancia subsiste, la forma varía. Y el espíritu ¿habia de morir? No, no. Los planetas no son sarcófagos que arrastran montones infinitos de muertos en su carrera; son globos luminosos, desde los cuales abren sus alas etéreas los espíritus, para volar á otras regiones más limpias y serenas. El poeta no muere, como no muere su creacion. El poeta no se extingue, como no se extingue su cántico. Es una blasfemia el preguntar á Dios por qué se ha apagado tan pronto la vida del niño, la vida del jóven, cuando esa vida ha tomado más intensidad, más luz, subiendo como una llama vivísima á los cielos, y dejando sólo en tinieblas el empedernido materialismo de los que creen que toda vida termina en el sepulcro.

Sin duda alguna los hombres llegan á imaginarse, en su desvarío, que la mayor dicha es vivir. Por vivir nos afanamos en trabajos contínuos; por vivir consumimos nuestras fuerzas y gastamos nuestra inteligencia. Tras la vida andamos desalados, porque creemos que en el fondo de la vida se encuentra la felicidad. Y ese jóven que ha roto las cuerdas de su lira, que ha plegado las alas de su imaginacion, que ha dado un adios eterno á sus amores, á sus amistades, á la fugaz vida terrena, ¿con cuántas ilusiones habrá muerto, que acaso no tuviera, á haber pasado más tiempo en este bajo mundo? Morir creyendo en la amistad, en el amor, en la gloria, en un porvenir de dichas y de triunfos; morir creyendo que los aplausos del mundo valen algo; morir imaginando que los laureles florecen eternamente, sin dejar ni una gota de ponzoña en las sienes; morir en esos instantes en que la vírgen del

primer amor sonríe en los cielos, y nos promete eterna dicha, y nos jura fidelidad eterna, y llena de encantos con su aliento impregnado de aromas todo nuestro sér; morir sobre esta almohada de flores, donde no ha crecido ni una espina, cuando tantos sueños revolotean alegres en torno de la frente que guarda un poema de amores y de esperanzas; morir de esta suerte es vivir, es cuando ménos no haber gustado más que la dulce miel de la vida. Cuente, cuente cada uno los dias amargos, las horas de insomnio, los desencantos, los desengaños, las espinas que se le han clavado en su camino, los pedazos del corazon que ha ido dejando por todas partes, la hiel que ha bebido á grandes tragos; y diga luégo en presencia de uno de esos sepulcros de los jóvenes, de los niños, sobre los cuales sólo se nos ocurre deshojar algunas flores, diga ¡con cuánta razon creian los antiguos que los malogrados eran los elegidos de los dioses! ¡con cuánta verdad ve levantarse la religion una vida de eterna bienandanza, del seno del pequeño ataud que guarda á un niño!

Historiemos, pues, la vida del poeta. Habia nacido en las regiones meridionales de España. Con sólo leer tres ó cuatro versos suyos, nos convenceremos de que no desmentia el lugar de su nacimiento. Así como el poeta del Norte tiene algo en su fantasía de las nieblas de su patria, el poeta del Mediodía tiene algo de la claridad de su cielo, de los cambiantes de su luz; y su imaginacion, como sus torrentes, ya aparece seca y arenosa, ya se despeña desordenada y bravía, arrastrándolo todo en su impetuosa carrera. El poeta del Norte es el poeta del alma; el poeta del Mediodía es el poeta de la naturaleza. El poeta del Norte tiene que replegarse en sí mismo, en su conciencia, para cantar, como el ruiseñor que sólo entona sus gorjeos en la oscuridad de su enramada; y el poeta del Mediodía, como la alondra, necesita la clara luz y el inmenso cielo para volar y cantar. Los poetas del Norte son los poetas del pensamiento, del dolor profundo, de la inspiracion vaga y tenebrosa; en tanto que los poetas del Mediodía son los

poetas de la luz, de las armonías, del amor arrebatado, de las grandes personificaciones y de las extraordinarias hipérboles. Mas en nuestro tiempo, en que la idea de humanidad va levantándose sobre la idea de raza, y en que el arte ha pasado de su período instintivo á su período reflexivo, el poeta del Norte pugna por el lirismo y la armonía; el poeta meridional por el pensamiento y el dolor profundo. Ahí teneis á Schiller y á Manzoni. El poeta que lloramos, venido á la vida del arte con el pensamiento de su siglo, siendo, como hemos dicho, un poeta esencialmente meridional, aspiraba tambien á esa idealidad vaga, á esa soñolencia magnética del espíritu, que tantos encantos da al arte en los países del Norte. Su oda *El Genio* dirá siempre que consiguió realizar este ideal de su vida, y que hubiera caminado gloriosamente en pos de esta luminosa estrella de su espíritu.

Pero si la region de su nacimiento se conoce en su genio, por esas misteriosísimas relaciones que hay entre la naturaleza y el espíritu, su ciudad natal se veia reflejada en su carácter, por esas relaciones ocultas que hay entre nuestra índole y la índole de la sociedad en que vivimos. Cartagena es una de las ciudades más cultas de España. Hay allí algo más de admirar que su seguro puerto, sus magníficos arsenales, su coraza de formidables fuertes; y es el carácter hospitalario, dulce, bondadoso de sus habitantes. La amistad, ó no es allí, ó es entusiasta. La caridad es la virtud por excelencia de la poblacion entera. He recorrido algunas de nuestras provincias; he visto las hermosas campiñas en que la vida de la naturaleza se ostenta con todos sus matices; he contemplado los grandes monumentos en que nuestros padres, aquella raza de gigantes que sojuzgó la tierra, dejara indeleblemente impresa la huella de su carácter; y nada me ha movido á tan dulces ó tan consoladores pensamientos, como aquel hospital de Caridad de Cartagena, obra de un pobre, de un soldado, mantenido hoy como un rico palacio alzado á la desgracia por una poblacion entera, que tiene en aquel hospital su más glorioso timbre. La cultura, la franqueza, la liberalidad,

la virtud heroica de la caridad, son los rasgos distintivos de Cartagena, y eran tambien los rasgos distintivos del carácter de MONROY. Blando, cariñoso, tenía el culto de todas las grandes pasiones que ennoblecen la vida. Como hijo, hablaba siempre de su madre con la elocuencia del corazon, y le mostraba su amor imitando sus virtudes. Como amigo, era un modelo de abnegacion, de entusiasmo. Como hombre, se hubiera sacrificado mil veces por el bien y por la libertad de los hombres. Como poeta, jamas consagró su lira al poderoso, jamas cantó á los tiranos que llenan de brillantes crímenes, pero de crímenes al fin, las páginas de la historia: su númen fué siempre la justicia. Las alas de su imaginacion no se abrian sobre los sepulcros para levantar de la huesa torbellinos de las cenizas de los muertos, sino que iban á rozar los párpados del desgraciado para enjugar sus lágrimas, y á sacudir una esperanza consoladora en el pecho de los oprimidos. Así la poesía en él no era solamente un arte, era una moral; sus inspiraciones no eran solamente las ideas, eran tambien la accion. Exento de envidias, de bajas y ruines pasiones, do quiera estuviese el mérito, allí estaba su aplauso; do quiera la libertad y la justicia, allí su corazon y su conciencia: por eso todavía dura y durará mucho tiempo el dolor causado por su muerte; que sólo á las grandes almas concede Dios el premio de verse desde la eternidad tan lloradas en el mundo.

Bien es verdad que á esta delicadeza del carácter de MONROY habian contribuido poderosamente la educacion y los desvelos de su familia. Su madre lo ha tenido estrechado contra su corazon desde la cuna hasta el sepulcro. Su madre le enseñó el primer albor de la idea de Dios que amaneciera en su conciencia, y recogió la última oracion que, envuelta en el último suspiro, se exhalára de sus labios. Y el alma de una madre tierna, cariñosa, virtuosísima, se refleja en el alma de su hijo como el cielo en el mar. ¿Dónde hay una mirada en la tierra que se parezca á la mirada de amor de una madre? ¿Dónde hay una música semejante al cantar melancólico, plañidero, con que una madre

arrulla nuestro sueño y mece nuestra cuna? ¿Qué elocuencia podrá compararse á su elocuencia, cuando nos habla del cielo, de Dios, de las infinitas esperanzas, de los eternos amores, de la inmortalidad del alma? ¿Qué desvelos podrán compararse á los suyos, que descubren y adivinan las tempestades del alma en los ojos de sus hijos, y les señalan los escollos, y les muestran el norte celeste que nos ha de preservar de morir arrastrados en el amargo oleaje de nuestras pasiones? ¡Oh! Siempre que MONROY alcanzaba una gran idea, siempre que hacia una buena obra, mil veces me lo ha dicho, veia aparecer á su lado su ángel custodio, la imágen de su madre.

Concluida esta primera educacion, la educacion del sentimiento, pasó á seguir sus estudios en el Instituto de Murcia. No podríamos continuar este escrito sin decir que el padre político de MONROY era tan solícito, tan amante de su hijo, que MONROY nunca se pudo reconocer huérfano. La naturaleza no hubiera podido dar á MONROY un padre más cariñoso. Así es, que viéndose rodeado de una familia tan amante y tierna, crecia la delicadeza, la ternura de su carácter. La virtud que trae el jóven consigo en su propia índole, crece, cuando el amor la fecunda, el amor, que es como el rocío del cielo. En el Instituto comenzó á mostrar nuestro llorado amigo la vocacion interior de su genio, su númen de poeta. Sabido es que Dios nos da inclinaciones en armonía con el fin último que nos reserva en el plan de su providencia, en el tejido maravilloso de la historia. El hombre puede contrariar esas inclinaciones, desoir esas voces misteriosas de su destino; porque el hombre es libre, y dueño por consecuencia de ser causa principal en la direccion de su vida. Pero no se desoye nunca impunemente ese aviso de Dios que se llama inclinacion; no se desoye nunca, sino á costa de nuestra felicidad. MONROY no podia engañarse: era poeta. Y como poeta, si bien estudiaba todas las materias de enseñanza con sin igual brillo y aprovechamiento, las estudiaba para trasformarlas en el horno de su encendida imaginacion. El problema de las rela-

ciones del espíritu con la naturaleza, que es el tormento de la Filosofía, se resuelve instintivamente por el arte.

El poeta ve en su conciencia el cielo, en sus ideas los astros, en sus grandes inspiraciones las flores, en su dolor la tempestad, en sus amores la armonía universal, en el mundo de su conciencia la naturaleza, el universo; y á su vez ve en ese mundo exterior, que parece condenado á la fatalidad, á la insensibilidad, su espíritu, que se refleja en los séres que cruzan los espacios como ideas vivas, en las oraciones que levantan al Creador todas las cosas, desde el lago que duerme en el hondo valle y la flor que se esconde entre la menuda yerba, hasta la alondra que entona el cántico matutino y el águila que abre sus alas en lo infinito; porque la naturaleza y el espíritu en la poesía son como el astro y el éter, como el color y la luz, como la rosa y su aroma, como el cuerpo y el alma, una eterna, una misteriosa armonía. Así es que Monroy, en sus estudios de Psicología, de Física, de Historia natural, encontraba medios de abrillantar su imaginacion y perfeccionar el sentido artístico de que pródiga le dotara naturaleza. Con sólo abrir sus poesías, se echa de ver que ha comprendido que el destino del poeta es confundir, compenetrar la naturaleza y el espíritu, para elevarlos despues á Dios; que el arte, como la ciencia, es un divino sacerdocio. Estas inclinaciones naturales de su carácter y de su genio debian hallar en Madrid mayor espacio. Nada hay más triste que la oscuridad en una córte, y nada más difícil que abrirse paso entre las gentes. Hay algo más desolado que el desierto y sus abrasadas arenas, y es el aspecto de estas populosísimas ciudades, donde vemos pasar millares de personas que no conocemos, que no se interesan por nuestra suerte, que cruzan un instante á nuestro lado, y que acaso no volvemos á ver jamas en toda nuestra vida. Y es más triste aún esto para el jóven que siente su conciencia habitada por el genio, y que quisiera mostrar á cada transeunte la llama en que se abrasa. La gloria podrá ser vana, los aplausos, un poco de ruido, que se borra en las ondulaciones del

viento; pero ¡ay del poeta que desdeña la gloria, y no siente palpitar su pecho al ruido del aplauso! Nuestro amigo padeció poco ciertamente esa soledad que tanto acongoja el ánimo de un verdadero poeta. Tenía amigos que le amaban, amigos que no sentian el aguijon de la envidia en sus corazones, amigos que le querian más que él se queria á sí mismo. Estos amigos publicaron su oda *El Genio*, que no era en realidad más que la primera explosion de un gran genio, el cráter de una grande inspiracion, que se abria para asombrarnos á todos. Yo recuerdo que no conocia á Monroy cuando leí aquella oda, y que le pregunté á él mismo quién era su autor, y que desde aquel punto fuimos amigos, sin que hayamos podido darnos más pruebas de amistad que aquella que hemos confiado á la muerte; porque él cantó en versos inmortales la muerte de mi madre, y yo, en pobre y desaliñada prosa, no hago más que trazar aquí un prolongado sollozo por la muerte de mi amigo: ¡triste amistad, cuyos dos monumentos son dos tumbas!

No me toca á mí hablar del mérito literario de las poesías de Monroy. El autor de *Los Amantes de Teruel* dirá sobre el mérito de las poesías que publicamos, todo cuanto le dicte su luminoso criterio y su delicado gusto. Pero á Monroy no se le puede juzgar por lo que ha dejado, sino por lo que se ha llevado consigo. La muerte se ha tragado un poeta, y tal vez el poema del siglo XIX. En esas conversaciones íntimas, amistosas, en que confiamos á nuestros amigos todos los dolores que nos atenacean el alma, todas las esperanzas que nos sonrien dulcemente en el cielo de la vida, el malogrado me hablaba de las nobles aspiraciones de su genio. Y en verdad, no podian ser más grandes. Corre como vulgar preocupacion que no es posible la poesía en este siglo, tan dado al culto de la naturaleza y al ejercicio de la industria. Sin embargo, á medida que el hombre domina más la creacion, y la ve más encadenada á su voluntad, se eleva á un mundo superior de poesía. La creacion es el poema de los pueblos primitivos, cuya fantasía, niña, no ha

volado aún del nido de la naturaleza. Pero así que el hombre siente que hay algo más allá del mundo material, sí, algo que comienza donde el espacio y el tiempo concluyen, algo que es libre, que es eterno, que posee la idea de lo infinito, que lleva en sí la medida de todas las cosas, el espíritu, en una palabra, nace el gran arte. ¿Qué es Homero, sino el Sócrates de la poesía, que convierte los dioses, en cuya presencia temblaban los hombres, en reflejos del humano espíritu? Los grandes siglos naturalistas engendran siglos de poesía. El siglo XIV, el siglo de la pólvora, fué el siglo de Petrarca. El siglo XVI, el siglo del telescopio, es el siglo de Miguel Angel, de Shakespeare y de Cervántes. El siglo XIX, el siglo del vapor y de la electricidad, es el siglo de Rossini, de Byron, de Goethe, de Víctor Hugo. El espíritu que comprende la naturaleza, y ha deletreado sus jeroglíficos, y ha descompuesto el agua y el aire en sus más sencillos elementos, y ha encadenado el rayo, y ha anotado con su matemática sublime las armonías de las esferas, la música de los orbes, el eterno *hossanna* de la creacion; el espíritu necesita lanzar sobre ese mundo de maravillas y de milagros otro mundo mejor, si el arte ha de cumplir su fin de hermosear y perfeccionar la naturaleza. Lo que nos mata, lo que nos hace indignos del nombre de nuestros mayores, lo que nos debilita, lo que convierte á los poetas en hijos espúreos de aquellos titanes que se llaman Lope, Calderon, Cervántes, sin duda alguna es la imitacion servil de la naturaleza, la copia descarnada de la sociedad, el grosero materialismo sustituyendo á la idealidad levantada y sublime, que ha sido siempre el númen de la poesía; la apoteósis de lo vulgar, de lo prosáico; el teatro reducido á máquina fotográfica; la lírica, pálido remedo de la forma clásica de los grandes maestros, pero sin ninguna de sus ideas, porque el siglo no lo consiente; el abandono de la poesía épica; el criminal olvido de los dolores trágicos, que han sido los únicos capaces de engendrar esa gloriosa dinastía de mártires que arranca en Prometeo y en Edipo, y concluye en Manfredo y en Fausto, pasando por Se-

gismundo y por Hamlet; en fin, el realismo, que hace del poeta el vil cortesano de la sociedad, cuando debiera ser su ángel, es decir, su guía; y el espíritu reaccionario, que convierte la imaginacion del poeta en el ave nocturna de los sepulcros, de los panteones, de las tinieblas, cuando Dios le ha dado alas y cánticos y mirada penetrante y audaz, para que nos anuncie la alborada de los nuevos dias del espíritu. Si hay algun siglo verdaderamente épico, es el gran siglo XIX, en que el hombre se siente uno por su naturaleza con toda la creacion, uno por su espíritu con toda la humanidad; en que nos interesa desde la historia de los átomos que componen nuestro globo, y por consiguiente, nuestro cuerpo, hasta la historia de las generaciones que han ido formando las ideas que iluminan nuestra conciencia; siglo de síntesis, siglo en que la humanidad ha llegado á tener la conciencia de toda su vida, siglo que está esperando aún el poeta dichoso que escriba su poema, y lo grabe con caractéres de fuego en su inmortal historia. Pero el poeta ha de ser hijo del siglo, ha de tener la conciencia de su idea, ha de trabajar porque se realice esa ley del derecho, en cuya virtud puede asegurarse que caerán todas las cadenas, y será segunda vez creado el hombre. Entónces entonarán los poetas el cántico de la libertad, serán la voz del siglo XIX y los profetas de los tiempos que á más andar vienen sobre nosotros, y merecerán el laurel de la inmortalidad. Estas eran las ideas que inspiraban á MONROY cuando escribia su oda *A Italia*, su cancion *El Proscripto;* cuando, esgrimiendo las armas de la crítica, hablaba en el Ateneo por la renovacion literaria, y en la sociedad librecambista por el triunfo del derecho, por la destruccion de todos esos límites, obra de la tiranía, levantados para no dejar espaciarse al océano de nuestro espíritu en lo infinito, que Dios le ha señalado como su dominio.

Pero no sólo pensaba MONROY; ponia por obra sus pensamientos. En él la accion acompañaba siempre á la idea. No era uno de esos caractéres que sueñan y pasan la vida soñando; era una de esas volunta-

des enérgicas que obran, y se gozan en ver la idea tomando forma en la realidad de la vida. Deseaba su grande alma el triunfo del derecho, la libertad en su plenitud, con todas sus consecuencias, y, unido á los que deseaban lo mismo, trabajaba con ellos. Creia en las reformas económicas, en la libertad del trabajo, del crédito, del comercio, y no se satisfacia con predicarlas; fundaba asociaciones numerosas y fuertes para llevar esas ideas á la mente del pueblo, y lograr su triunfo de nuestros remisos gobiernos. Veia alguna obra de utilidad pública, como el ferro-carril de Cartagena á Albacete, que debe ser la vida de su provincia, y escribia y trabajaba, ansioso de que se abriera tan grande manantial de riqueza para su patria. Sobrevenia una calamidad. El cólera diezmaba á Cartagena. La muerte acababa innumerables amigos suyos. El sepulcro abria sus negras fauces, como para devorar una poblacion entera. En tan congojosos momentos no se daba punto de reposo: llegábase al lecho del enfermo, y le curaba como un médico; corria al lado del agonizante, y le consolaba como un sacerdote; tomaba entre sus manos el frio cadáver, y lo amortajaba como un enterrador; héroe de la caridad, poeta, no sólo en sus ideas, sino en sus acciones; jóven generoso, que á un gran sentido estético unia un gran sentido moral, en quien el bien y el arte no se divorciaban nunca, siendo la poesía, no sólo la idea de su mente, sino el amor de su corazon, y el númen de todas sus acciones, y la esplendente luz de toda su vida.

Un alma tan grande ¡ay! debia consumir el cuerpo que la llevaba, como la luz demasiado viva quiebra el cristal que la contiene. Ha muerto devorado por su pensamiento, calcinado por el fuego de su inspiracion. Su poesía, como el rayo, le iluminaba y le mataba tambien. Débil por naturaleza, no podia sufrir ni el hervor de sus ideas, ni esa lucha gigante de las primeras pasiones del jóven, que consumen la vida. Su cuerpo se doblaba hácia la tierra, agitado por su espíritu, como la débil caña tronchada por el viento. Habia un desequilibrio sensible, manifiesto, entre su naturaleza y su genio, que traia el des-

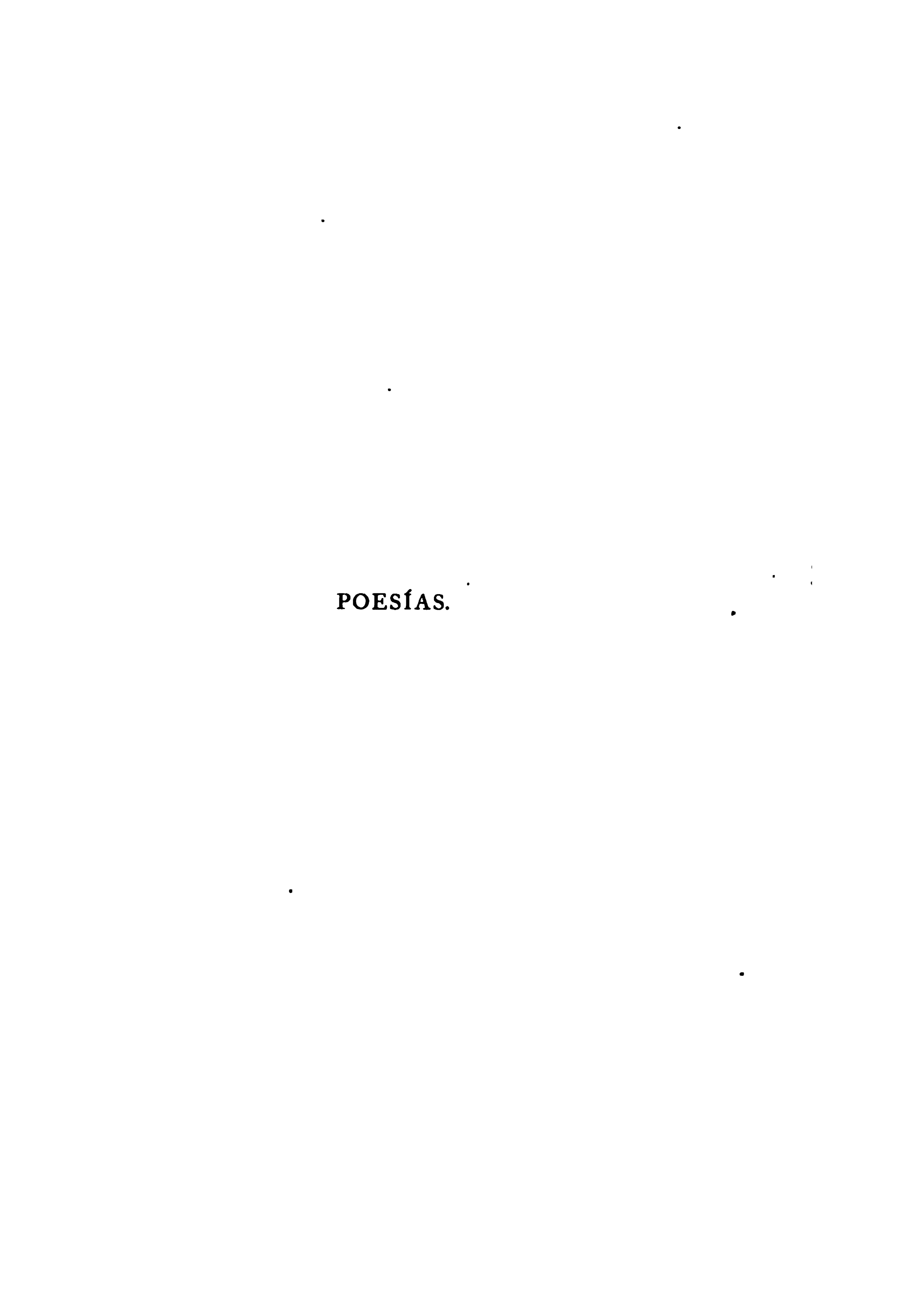
equilibrio entre su sangre y sus nervios. Pobre aquella, agitados y trémulos éstos, como las cuerdas de una lira que ha sonado mucho, enfermo, agonizante, cantaba. No parecia sino que era como una de esas aves canoras, sin más fin que vivir y morir cantando. Destrozáronse su garganta y su pecho. Yo le ví en los últimos dias de su enfermedad. No tenía la ilusion y la esperanza de vivir, que suele acompañar á la calentura de ciertas terribles enfermedades. Veia llegar la muerte, acercársele á abrazarlo, y la esperaba sereno. Sólo una lágrima se asomaba á sus ojos cuando traia á la memoria sus amores, sus amigos, su madre. No sentia la muerte por sí; la sentia por todos los que amaba. Más que por su dolor, temblaba por el dolor de las prendas de su corazon. La inmortalidad de su alma, la perennidad de su sér eran creencias vivas en aquel religioso corazon de poeta. Cuando me despedí de él, «nos volverémos á ver», decia, y miraba al cielo. Poco á poco llegó la agonía. Cuando las hojas palidecen y caen, cuando las flores mueren, cuando las golondrinas se van, cuando el ruiseñor calla, murió el poeta. Su vida fué como una mañana de primavera, su muerte como una tarde de otoño. La agonía tuvo la solemnidad, la religiosidad que requieren los últimos instantes de toda vida, esos últimos instantes, que son como el breve epílogo en que aparecen á los apagados ojos todas las ideas y todas las obras de que debemos responder ante Dios. Cumplidos sus deberes cristianos, quiso ver el cielo, como si anhelara medir el espacio que iba á surcar su alma.

Levantóse del lecho en brazos de su madre, se acercó á una ventana y miró á lo infinito. El cielo brillaba con claridad no usada, y las estrellas resplandecian como si quisieran llevar su luz hasta el alma del moribundo. Al ver tanta hermosura, tanta luz, sintió á Dios, y se dispuso á morir en su esperanza. Pero buscaba algo en aquella noche, buscaba un recuerdo de la niñez, una lámpara que ardia en la calle ante la imágen de la Vírgen. La encontró, y sus ojos casi apagados brillaron como si tuvieran la luz de los primeros años. La lámpara y

las estrellas, el recuerdo de ayer, nacido de la trémula luz, y la esperanza de mañana, iluminada por miriadas de astros; la cuna con sus flores, con su poesía, y la eternidad con su infinita grandeza; la vida y la muerte, la inocencia y la juventud, la fe y la razon; todo cuanto habia creido, y esperado y amado, brilló á su vista; y despues de haber saludado la vida que se iba y la muerte que venia, se dejó caer sobre su cama, miró las personas queridas que le rodeaban, inclinó la cabeza sobre el pecho, y murió tranquilo y resignado, en la seguridad de que su sepulcro no habia de ser más que la cuna de su nueva eterna vida. ¿Deberemos decir todo el dolor que causó tan triste muerte? Pero ¿quién podria hablar de ese dolor, cuando todavía lo publican las lágrimas de una madre? Cartagena entera fué llorando á dar tierra á su cadáver. Ya ha pasado el tiempo que basta para matar muchos dolores y muchos recuerdos; y todavía no se ha extinguido el sollozo contínuo y amarguísimo que llora su muerte. Sus restos duermen en paz en su sepulcro, donde no falta nunca una corona de siemprevivas. Yo no lo he visitado. Ningun signo material, ni una lápida ni una inscripcion me recuerdan los séres queridos con tanta viveza como mis tristes memorias. Hubo un tiempo en que me olvidé de la muerte. Imaginaba que era imposible que la muerte hiriera en mi presencia tantos séres amados, sin herirme á mí mismo. Creia locamente que no podria sobrevivir á tan grandes dolores. He visto morir á mi madre, á muchos queridos amigos, desvanecerse ilusiones y esperanzas que eran la luz de mi vida, y vivo todavía. Pero mi corazon es como una gran tumba, donde ha penetrado el presentimiento de la muerte. Con ejemplos como los del poeta cuya breve vida acabo de escribir, se fortifica el ánimo, y aprende á estar apercibido para el instante supremo en que sea necesario pasar de esta vida. Miradlo. Jóven, casi un niño, amado, lleno de gloria, de esperanzas, rodeado de amigos, que le querian como á un hermano... con su madre al lado, cuyo corazon debia ser como un escudo que le preservara de la muer-

te; seguido de los aplausos del mundo; teniendo la lira en las manos, la inspiracion en la mente, el amor en el corazon, el afan de pelear en su deseo, la felicidad en su porvenir; cuando la vida le llamaba con tantos encantos, cuando le sonreia el amor con tantas venturas, cuando no se habia clavado ni una siquiera de las agudas espinas de la tierra, y llevaba una corona de flores en sus sienes, agitadas por grandes pensamientos... se despide de nosotros, muere... sin duda porque Dios, que lo habia dotado con tantas perfecciones, ha querido que volara por otras más esplendidas regiones, creyendo indigno á este bajo mundo de poseer su amor y su poesía.

EMILIO CASTELAR.



POESÍAS.

EL GENIO.

Fulgente rayo de la luz divina,
Que de Dios en la mente soberana
Los cielos ilumina,
Hijo de la creacion, nací potente
En su vasto palacio,
Del mundo en la mañana;
Crecí ensanchando el infinito espacio,
Y levanté la inmarcesible frente,
Augusta ya, sobre la estirpe humana.
Volé por el Eden; y conduciendo
Las cintas de mi carro la fortuna,
Lancéme audaz, rompiendo
Las tinieblas del cáos insondable,
Y el Éter impalpable

En que flotando se meció mi cuna.
Inmensos mares de movibles gasas
En torno de mi solio refulgente
Informes se agruparon;
Polvo de estrellas anubló mi frente,
Y los rayos del sol me deslumbraron.
Mas las alas batí, las negras masas
Radiante separé; y adonde quiera
Que mi afanosa vista descubria
Otra luciente esfera,
Allí volaba yo : crucé la altura;
Brillando el cielo frente á mí veia,
El abismo á mis piés negro y profundo,
Y allá, á lo léjos, oscilando, el mundo.
Yo vi al Eterno, con la esencia pura
De la edad que pasaba
Pirámides de siglos amasando;
Y en la cúspide yo, siempre yo estaba
Sobre el tiempo de ayer mi trono alzando.
Y mi voz resonó en las cavidades
De las vastas alturas,
Llamando sin cesar á las edades
Presentes y futuras,
Los siglos que vendrian.....

Y en monton acudian,
Ciñendo mi cabeza, á mi voz sola,
De indefinible y mágica aureola.
Vi las puertas del cielo
Rodar sobre sus ejes de diamante
Al sentirme pasar, y hollé, triunfante
En mi carrera el primoroso velo
De rosas y de flores,
Que en mi color tiñeron sus colores:
Con el rico tesoro
De mis hebras de oro,
Su dulce lira fabricó el Parnaso;
El eco de mi voz fué la armonía,
Y guirnaldas de nubes, á mi paso,
El coro de los ángeles tejia.

Y á los mundos bajé: vi las pasiones
Y los vicios bullir, salir brotando
De mil generaciones
Su fuego, en humo sin cesar tornando;
Y en un punto radiante y luminoso,
Que más que todos á mis piés brillaba,
Vi un tropel de mortales, que afanoso,
Con ciega y torpe y vacilante mano
Entreabrir procuraba

De la ciencia el arcano,
De que tan sólo Dios tiene la llave,
Y donde el hombre penetrar no sabe.
Vi los pueblos nacer; vi las ciudades
Bordar de vida la desierta esfera,
Y al soplo creador de las edades
Elevarse fantásticas do quiera,
Sus alas de color desenvolviendo,
Y hácia mí sus palacios
Y sus doradas cúpulas tendiendo.
Sobre un trono de perlas y topacios
Vi tambien la virtud, célica y pura;
Y miré con pavura
Su manto de esplendor y poderío
Deshecho por el hombre en mil girones,
Para ocultar el esqueleto frio
De las torpes y lánguidas pasiones.
Los pueblos y las razas que vinieron,
Llenas de juventud, de fuego henchidas,
Un tiempo por el orbe consumieron
Su existencia quimérica, ignorada;
Y luégo confundidas
Rodaron á la nada,
Y otras razas despues las sucedieron.

Y de ese torbellino impetüoso,
En que se agitan siempre las naciones,
Vi cien héroes salir, en sus bridones
Cruzar el mundo, recorrer la tierra
Al ronco son de guerra,
Y en la diestra el acero endurecido;
Y les vi denodados,
Roto en chispas el viento
Al choque de la espada y al rugido
Del tronante cañon, en un momento
Los límites borrar de los estados.
Hubo un tiempo despues, que una mirada
Al dirigir fugaz de polo á polo,
Tan sólo vi la nada.....
¡ Humo y tumbas tan sólo !.....
Algunos pocos hombres, que empujaban
Hácia el antro vacío
A los pesados siglos que pasaban;
Y que despues, con loco desvarío,
Con entusiasmo fiero,
En triunfo conducian
Al siglo venidero
En sus hombros robustos y esforzados,
E, insensatos, caian

Bajo el enorme peso sepultados.
Mas vi tambien á algunos elevarse
Con noble afan hácia el celeste velo,
Y mirarme y temblar; les vi adornarse
De refulgentes galas,
Y en las brillantes y preciosas alas
Del arte y de la ciencia, alzarse al cielo,
Derramar sobre el mundo la belleza,
Y elevar victoriosos
Sobre los otros hombres su cabeza;
Y yo, que los vi ansiosos
De la gloria esplendente
Que el talento inmortal siempre ambiciona,
Para ceñir su frente
Les arrojé un laurel de mi corona.
Vi los tronos alzarse, el orbe todo
Sembrarse de monarcas opulentos;
Más pronto derribarlos en el lodo
Vi á las generaciones;
Y luégo á las naciones
Miré esculpir sus sacrosantas leyes
En los rotos fragmentos
De las viejas estatuas de sus reyes.
Vi brotar religiones á millares

Que en el fondo del tiempo se formaron,
Y que luégo en magníficos altares
Los hombres adoraron
Con fanatismo ciego;
Y á la voz del Eterno
Las vi yacer precipitadas luégo
En miserable y torcedor infierno.
Con sus torres gigantes
Vi elevarse los templos soberanos,
Y plegarias y cánticos brillantes
Lanzar desde su seno los humanos;
Mas pronto vi tambien crecer la hiedra
En el ara olvidada,
Escribiendo en el tiempo una arruinada,
Pero terrible maldicion de piedra.
Vi las falsas deidades
Cruzar con la corona en la cabeza,
Al pasar las edades;
Llegó por fin de la verdad el dia,
Y abatí su grandeza,
Y mostré su quimérica valía,
Los altares rompiendo en mil pedazos;
Y en seguida las vi contra mi trono
Fulminar impotentes anatemas,

Y extender hácia mí, con ciego encono,
Los raquíticos brazos,
Entre el polvo buscando sus diademas.
Hoy ya, por los espacios elevado,
Donde tiendo mi vuelo,
Del sempiterno Dios ante la alteza,
Por los genios del orbe rodeado,
En las gasas del cielo
Envolviendo mi fúlgida cabeza;
Miéntras los mundos á mis piés rodando,
Empujados del tiempo, en sombra vana
Cual ténues ilusiones van pasando,
Esperaré á los mundos del mañana;
Y en imperioso tono
Sus leyes dictaré, desde el palacio
En que, oculto en los pliegues del espacio,
La diestra del Eterno alza mi trono.
Y si atrevido el hombre
Quiere seguir mis huellas
Y elevar hasta allá su pensamiento,
Encontrará mi esclarecido nombre,
Bordado con estrellas
En el límpido azul del firmamento.

TOLEDO.

En el corazon de España,
Sobre un árido terreno,
Y enfrente de altivos montes,
Se alza gigante Toledo:
Toledo, que ahora descansa,
Con profundísimo sueño,
Bajo la pesada sombra
De sus ilustres trofeos.
Áun te acuerdas ¡oh ciudad!
De los tiempos que ya fueron,
En que cien insignes reyes,
Más que reyes, caballeros,
Á las huestes musulmanas
Arrojaron de tu seno.

Entónces, despavoridos
Ante tus ojos huyeron
Los infieles, que algun dia
Te ocuparon como dueños;
Y despues una y mil veces,
Del descalabro repuestos,
Te rodearon rabiosos,
Tus murallones mordiendo;
Y otras tantas en tus campos
Su sangre mora vertieron,
Eternizando tu nombre,
Y eternizando sus hechos.
¡Toledo! Cuando delante
Del tribunal de los tiempos,
En marcha lenta y solemne
Vaya pasando el ejército
De las ciudades hispanas,
Tú llevarás, de derecho,
El pendon, gloriosa enseña
Del valor de nuestro pueblo.
Águila imperial, tendiste
Por los espacios el vuelo;
Y aunque las hermosas plumas
Ya de tus alas cayeron,

Por los espacios rodando,
Y tus lauros escribiendo,
Áun conservas en las garras
La ejecutoria y los fueros.
Ahora, vieja cortesana,
Vas con afeites cubriendo
Las arrugas que te causan
Las inclemencias del tiempo.
El Tajo va temeroso,
Tus regios muros lamiendo,
Y arrancándoles el polvo
Que los siglos produjeron.
¡Cuántas oscuras historias,
Cuántos tenebrosos hechos,
Cuántas famosas hazañas,
Cuántos fantásticos sueños,
Envueltos en ese polvo,
Y por el curso violento
Del rio, al mar arrastrados,
Se perderán en su seno!
Allí vendrán los poetas
Sus áureas alas batiendo,
Atravesarán las ondas
Del profundo, ignoto piélago,

Y moverán las arenas
Con avariento deseo,
Por hallar entre ese polvo
Asuntos para sus cuentos.
Vieja eres ya, ciudad mia;
Pero yo vieja te quiero,
Con tus calles tortüosas,
Tus alcázares soberbios,
Con tus mohosas rüinas,
Tus subterráneos inmensos,
Do podemos todavía
Respirar el polvoriento
Aire que tras sí dejara
El siglo décimotercio.
Si yo pudiera encender
Mi antorcha en el limpio fuego
Del sol que alumbra tu frente,
Del sol que vela tu sueño,
Yo descendiera con ella
A tus cavernas, Toledo,
A disipar las tinieblas
De ese incógnito misterio;
A encontrar allá en el fondo
Los despedazados restos

De alguna historia trazada
Por manos de tus abuelos;
A remover los escombros,
Y á buscar debajo de ellos
Testimonios de tus glorias
Y de tu gran valimiento.
Páginas con sangre escritas,
Que ha medio borrado el tiempo,
Y ahora deletreamos
Con religioso respeto,
Testigos que preconizan
Los altos é ilustres hechos
De tus honrados mayores,
De nuestro valiente pueblo:
Del pueblo que, áun hoy soñando
Con tus preclaros recuerdos,
Combate y vence á la sombra
De tus arruinados templos.
Yo te saludo, ciudad;
A tus plantas me prosterno,
Y te demando la vénia
De penetrar en tu seno,
De registrar tus rincones,
Tus caminos encubiertos,

Tus fortalezas moriscas
Y tus palacios iberos.
Yo te saludo: á mi paso
Abre las puertas, Toledo;
Que quiero aspirar el polvo
Del siglo décimotercio.

LAS DOS PUREZAS.

Cierta mañana decia
A otras flores la azucena:
«Yo crezco pura y serena
Ante las luces del dia;
»Mi hermoso cáliz se ensancha
Siempre que el viento lo agita;
Ni el huracan lo marchita,
Ni el rayo del sol lo mancha.»
Y una tierna sensitiva
Dijo temblando despues:
«Tambien mi corola es
Hermosa, pura y altiva;
»Pero los rayos del sol
Secando mi aroma están,

Y el beso del huracan
Mancha mi casto arrebol.»
  Y Dios, que allá en lo profundo
Este coloquio escuchaba,
Miéntras el cuadro pintaba
De los jardines del mundo,
  Mandó á las flores preciadas
Que de su cáliz las puertas
Tenga la azucena abiertas,
La sensitiva cerradas.

Á DOLORES.

Tengo extendido en el alma
Todo un cielo de inquietudes,
Donde el sol de la esperanza
Sus claros rayos no luce,
Porque mis negros pesares
Le visten de negras nubes,
Y ya no le dan tus ojos,
Reflejos para sus tules;
Porque mi patria está léjos,
Y en ella tu brillo encubres;
Porque tu ausencia me mata,
Sin que el recuerdo me cure;
Pues con ánsia de llevarla
Donde tu fuego la alumbre,

Te mando el alma, y con ella
Tambien mis recuerdos huyen;
Y en el hueco de mi pecho
Sólo el corazon produce
Un seco y débil latido,
Que cuando nace sucumbe.
¡Si vieras, hermosa mia,
El dolor que mi alma sufre,
Las lágrimas que derrama,
Las penas que la consumen,
Cuando sobre mí la noche
Su triste fulgor difunde,
Y abre sus ojos de estrellas
Que palpitando relucen,
Y oigo la voz de los vientos
Que sorda y lejana ruge,
Y nubarrones oscuros
Sobre mi frente se hunden!
Entónces, en tí pensando,
Del fondo del alma surge
Un apagado suspiro,
Que entre tormentos acude
A dar al labio una tumba
Donde sus ayes sepulte;

Que entre cadenas de lágrimas
Atado en el pecho cruje,
Hasta que roto en pedazos
De llanto, á los ojos sube,
Y deja escapar doliente,
En sones gimiendo lúgubres
Por los labios de los párpados,
La voz de la pesadumbre.
Escucha, hermosa doncella,
Que siempre presente tuve
En estas horas amargas,
Que no há mucho fueron dulces,
Vaga imágen de mis sueños,
Inspiracion de mi númen,
La que por doncella encanta,
Y por hermosa presume.
Si no he de ver el tesoro
Que de bellezas reunes,
Y del beso de tu boca
No he de aspirar el perfume;
Si de tus brillantes ojos
No he de contemplar las luces,
Ojos tan provocadores,
Que cuando á mirarte acudes

En los cristales del agua,
Te enciende en rubor su lumbre;
Si no he de subir al cielo
En brazos de tus virtudes,
Que nunca torne á mi patria,
Ni sus campiñas salude,
Ni mire flotar la espuma
De los mares andaluces,
Ni vuelvan á ver mis ojos
Aquellas alzadas cumbres,
Escarpadas y soberbias,
De sus montañas azules,
Que el aire va coronando
Con sus turbantes de nubes.
No esperes que en la esperanza
Consuelo á mis penas busque,
Ni que á mi furia me entregue,
Ni que airado al cielo culpe;
Que es la muerte mi destino,
Y ya el destino se cumple.
Tengo extendido en el alma
Todo un cielo de inquietudes:
Tú eres el sol de mi cielo;
Y pues de luto te cubres,

21

Mañana cuando la aurora
De sombra al mundo desnude,
Diré á la aurora llorando,
En queja sentida y fúnebre:
«Deten tus rayos, con ellos
No mis ilusiones turbes;
Que en el mundo empieza el dia,
Pero en mi vida concluye.»

Á DON EMILIO CASTELAR

EN LA MUERTE DE SU MADRE.

Oye: sus ondas desatando el viento,
Allá en los senos de la noche avanza:
Parece que en gigante movimiento
Y arrebatados giros,
Ayes, rompiendo las tinieblas, lanza,
Y que derrama por do quier suspiros.
Mira: las nubes su melena llevan
Flotando en el espacio, y en montones
Se juntan y se elevan:
Parece que, colgando sus girones
En la tumba que al mundo encierra inerte,
Por la extension callada
Tremolan en los aires de la nada
Los negros estandartes de la muerte.

Deten, Emilio, en los nublados ojos
Y seca el llanto que sin tregua aumentas;
Oculta de tu alma los despojos
En este seno amigo:
Yo sentiré tus penas cuando sientas,
Yo cuando llores lloraré contigo.
Pero entre tanto, ven, contempla ahora
La terrible belleza,
Las tenebrosas galas
Con que adorna su faz naturaleza.
Tiende la noche las enormes alas,
Crujen los aires, la tormenta llora
Sus copiosos torrentes en la altura,
Brama la mar y su cubierta oprime
Con rudo y sordo acento;
Llevada en brazos de los ecos gime
La débil voz del desmayado viento,
Y en la elevada cumbre
Del cielo un fuego ondea,
Que á traves del espacio centellea,
E irradia oscura, indefinible lumbre;
Y luégo entre los aires se condensa
Un fantasma fatal: bajo su planta
El orbe tiembla, la creacion se humilla...

Es que lúgubre, inmensa,
La tumba de la vida se levanta,
Es el espectro del dolor que brilla.
Allí yace tu amor, amigo mio.
¿No es verdad que el dolor tiene su goce?
Ese loco, insensato desvarío,
Esa pena cruel, pena sublime,
Que el mundo indiferente desconoce,
Ese terrible torcedor que oprime
Al triste corazon entre los mares
Do brotan y se agitan los pesares,
Ese dolor que á la ilusion perdida
Junto al goce de ayer abre la huesa,
Que retiene á la vida
Bajo su brazo yerto
Con las cadenas de la angustia presa,
Esa amargura que del pecho hace
Un sepulcro desierto
Do solo el alma cual cadáver yace,
¿No son tambien, amigo, una ventura,
Cuyo rico ropaje borda el llanto
De horrorosa hermosura?
¡Dicha fatal, do apaga con espanto
Su luz la vida, do la muerte empieza;

Placer grande y profundo,
Más grande en su fantástica belleza
Que el mentido placer que sueña el mundo!
Si ese pesar, delirio de la suerte,
Que va la flor de tu vivir secando,
Que con sus hojas su sepulcro viste,
Que la arrastra á la muerte,
Pedazos hecha tu ilusion dejando,
El mundo no comprende, tu voz triste,
Era mi madre, gemirá, *mi madre;*
Y á este grito doliente,
El mundo entero inclinará la frente,
Y aunque poco le cuadre,
Hará justicia á tu dolor eterno,
Pues sabe que Jesus fué un hijo tierno
Que vino al mundo y que adoró á su Madre.
¿No te acuerdas, Emilio, de los dias
De la ventura y la niñez pasados,
Cuando tu tierno rostro reposabas
En sus brazos amados;
Cuando un sueño dulcísimo y sereno
Y apacible gozabas
En su adorado y cariñoso seno;
Cuando, aspirando de su amor la esencia,

En sus ojos veias
Reflejarse la luz de tu inocencia;
Cuando tranquilo tu ilusion mecias
En su puro embeleso,
Y adornabas tu frente
Con el suave y regalado ambiente
Del tibio aroma de su casto beso;
Cuando ¡oh fugaces, deliciosos dias!
Tú en su dicha soñabas,
Y al mirar su sonrisa sonreias,
Miéntras ella jugando
Iba con tus cabellos
Los rayos de su amor entrelazando?
¡Emilio! ¡qué placer! ¿te acuerdas de ellos?
Huyeron... Sin embargo,
El alma está de su recuerdo llena,
Y yo con la memoria
De la pasada historia,
Más acreciento tu pesar amargo,
Añado más angustias á tu pena,
Aumento tu afliccion acerba y triste;
Porque quizás el llanto que derramas
Es el único lazo que áun existe
Entre el dolor presente

Y aquel perdido bien que tanto amas;
Porque tu voz doliente,
Que siempre por tu madre al cielo ruega,
Asciende rauda y á tu madre llega,
Y al escucharla siente
De abrazarte en el cielo la esperanza,
Y aspira con placer la religiosa
Plegaria débil que tu labio lanza;
Y el beso que murmura
Sobre la yerta losa,
Recoge con afan su sepultura.
Si es verdad que los tiernos corazones
Por el amor unidos
Enlazan en el mundo sus latidos
Con cadenas de bellas ilusiones;
Si alguna vez tambien la paz serena
Vela su dicha con modesta nube,
¿Por qué—tú me dirás—esta cadena
Que atada está á mi pecho, al cielo sube,
Y mi contraria suerte
Entre su puro azul la ve perdida?
Porque, Emilio, es la muerte
La postrera ilusion de nuestra vida.
Ese suspiro que del pecho inquieto

Exhalas por tu daño,
Es el sordo crujido
Que desgarra estridente el esqueleto
De un corazon herido
Por la mano fatal del desengaño.
Ve : de tu seno se derrama y crece
Y se remonta en la extension serena.
Mira : en los aires su clamor se mece,
Y rueda por la altura;
Brama su voz y el universo llena;
Porque el mundo es no más la sepultura
Donde yacen los restos de los males,
Y que tiñen de pálido topacio
Cual cirios funerales
Los gigantes flameros del espacio;
Y ese sol que entre pliegues va cayendo
Del alto cielo por la inmensa frente,
Sus rayos recogiendo
En el oscuro lecho de Occidente,
Es el postrer quejido de agonía,
Que entre los mantos de la sombra opaca
Lanza la luz al espirar el dia;
Y el cóncavo cenit que se derrumba
Por la redonda zona,

Es tan sólo la lúgubre corona
Que gravita en la piedra de esta tumba;
Y ese monton de luminarias bellas
Que, enredadas en cifras misteriosas
Derraman las estrellas,
Son las letras del lívido epitafio
Que Dios trazó con el pincel del viento
Sobre la losa azul del firmamento.
Ven, ángel de la muerte,
Bate tus alas cual sudario blancas,
Ven á acabar tu obra :
El hijo fiel á quien su madre arrancas,
Que sólo goza con la horrible suerte,
Ansia morir, y hasta el dolor le sobra.
Emilio, adios : te dejo;
Pero al dejarte en tu afliccion terrible,
Voy á darte un consejo, si es posible
Que salga de mis labios un consejo.
Aleja de tu mente esos alardes
A que te entrega insano el desvarío :
La desesperacion, amigo mio,
Es el solo valor de los cobardes.
Cuando en la sorda, solitaria noche,
Estés en tu aposento,

Puesta la vista en el tizon que humea
Ardiendo en la dorada chimenea,
Y recojas tu pecho al sentimiento;
Cuando la luz dudosa que vacila,
Dando sombra á los mármoles, devore
La lágrima que llore
Tu cansada ardentísima pupila;
Cuando en tu madre pienses, y suspires;
Cuando con mudo espanto
Su bella imágen reflejarse mires
En los turbios cristales de tu llanto;
Cuando te entregues á la incierta calma
De tu sueño doliente,
Y sientas ¡ay! acariciar tu frente
Los fragantes efluvios de su alma,
Nunca su voz tu oido desatienda,
Que te dice al brindarte su consuelo,
Mostrándote la gloria : *ésa es tu senda*,
Y *ésta es mi gloria*, al señalarte el cielo.

EL CIELO.

Dijo Dios: «La gloria santa,
Que en mi derredor se agita,
Quiere una alfombra infinita
Donde reposar su planta.»

Y dijo el mundo: «Ambiciono
Que, colgado en el espacio,
Tenga un techo mi palacio,
Y tenga un dosel mi trono.»

Los ángeles esto oyeron,
Y, al pié de su excelso coro,
Con sus cabellos de oro
Inmensa gasa tejieron;

Y, llenándola de rojos
Y de blancos resplandores,
Pusieron en sus colores
Todo el azul de sus ojos;

Y luego con ricas galas
Allí las nubes bordaron,
Y en las nubes derramaron
Todo el nácar de sus alas;

Y en la bóveda azulada
Pusieron sus leves huellas,
Y en la luz de las estrellas
Los rayos de su mirada;

La gasa flotó al azar,
Y el sol y la luna fueron
Los florones que prendieron
Su ondulacion al flotar;

Y, en fin, con el ancho velo,
Que en la extension se perdia,
Los ángeles aquel dia
Dejaron formado el cielo,

35

Y lo extendieron en pos
Por los ámbitos profundos,
Para dosel de los mundos
Y para alfombra de Dios.

¡Á SIRIA!

CANTO DEL GRIEGO.

Mirad. El sol que se eleva
De los mares del Oriente
Lleva impresas en la frente
Manchas de sangre. Mirad.
Y entre los pliegues del viento
Rueda el eco comprimido
De un gigantesco gemido
Que murmura : «¡Libertad!»

¡Al Oriente! Ya mi espada
Quiero blandir, ya sacudo
El polvo del viejo escudo :
Venid, naciones, en pos;
Que allí se derrumba un pueblo,

.Cuya oscilante cabeza
Con inmutable fijeza
Señala el dedo de Dios.

Pueblo, que dormido canta,
Atado á sus tradiciones
Con dorados eslabones
De molicie y de placer;
Torvo cadáver, que arrastra
Por los mundos del olvido
Un sudario, guarnecido
Con los recuerdos de ayer.

Él posó sobre el sepulcro
De Cristo su planta osada,
Rompiendo la noble espada
De nuestros padres al pié;
Él fabricó mis cadenas,
Él atravesó los mares,
Para violar mis hogares,
Mi libertad y mi fé.

Mas él mirará temblando
Que al nacer el nuevo dia,

La cruz en Santa Sofía
Mis hijos elevarán;
Y buscará en el desierto
Con los ojos espantados
Los restos desparramados
De las hojas del Koran.

Ayer á ese pueblo altivo
Retó mi ardiente impaciencia,
Y un giron de independencia
De sus manos arrancó:
Y hoy contemplo que sepulta
A mis hermanos sangrientos,
Bajo los rotos fragmentos
Del pacto que ayer firmó.

¡Oh mengua! Caballo, avanza,
A vengar nuestro quebranto;
El polvo del Asia es santo,
Y quiero aspirarlo ya.
Cruja el aire en la bandera:
Avanza, caballo, avanza;
Que hasta el hierro de mi lanza
Ardiendo en rubor está.

Quiero besar las montañas
Que mis abuelos pisaron;
Los templos que ellos alzaron
De hinojos saludaré;
Y entre sus pardas rüinas
Resonará mi plegaria,
Y á su sombra solitaria
De mi afan descansaré.

Sangriento el Líbano arde
Al fuego del torpe crímen,
Las ásperas selvas gimen
Al eco de la impiedad:
Para lavar esa sangre,
Para apagar ese infierno,
Es necesario un eterno
Diluvio de libertad.

Hoy, al fin, de la justicia
Resuena la voz tremenda:
¡Ay del pueblo que no atienda
La señal de la expiacion!
¡A la Siria! Ven, Europa;
Que esas razas han dejado

Escritos en tu pasado
Muchos siglos de baldon.

Y áun infesta nuestros lindes
Su enorme cadáver yerto:
Arrastrémosle al desierto,
Y desde el desierto al mar:
No más tregua; que si el hombre
Ha de cumplir su destino,
Debe en su largo camino,
Lidiar y siempre lidiar.

Alzad, naciones: la hora
Que tanto esperó mi anhelo,
Ha sonado ya en el cielo:
Dios me llama, Dios me ve.
Mañana estaré en el Asia,
Y, con la voz poderosa
De nuestro siglo, á la losa
De su tumba llamaré:

«¿Soñasteis, razas de Oriente,
Encadenar la conciencia?
Libertad á mi creencia,

Y á la vuestra libertad;
Luchemos, y que mañana
Derrame sus resplandores
Sobre un desierto de errores
La estatua de la verdad.»

Y, si caigo, habré acatado
La voz de la patria mia.
¿Perecerán algun dia
Mi justicia y mi virtud?
¿Acaso no habrá un poeta
Que cante al mundo mi historia?
¡Qué importa! El sol de la gloria
Coronará mi ataud.

LOS DOS ROMEROS.

TRADUCCION DEL CATALAN.

Camino de la Fuensanta
Los dos desposados van
A hacer decir una misa
En aquel sagrado altar.
Suben y suben con pena;
Mas suben sin descansar;
Que ya la aurora, de plata
Bordando el Oriente está.
Vestidos van de romeros,
Que fué promesa formal,
Si la Vírgen con un hijo
Premiaba el paterno afan.
Embarazada va ella,
Y de muchos meses ya;

Mas no sabe á punto fijo
Cuándo ni qué parirá.
Y quiere ver á la Vírgen,
Quiere á sus plantas rezar,
Quiere aprender en sus ojos
La suerte y felicidad
De aquello que en sus entrañas
Está oyendo palpitar.
Y suben, suben con pena;
Mas suben sin descansar:
La romera va descalza,
Descalzo el romero va.
Llevan rosarios benditos
Con las cuentas de coral
Al cuello, y en cada mano
Un encendido cirial:
La romera va delante,
Y el romero va detras,
El alma puesta en el cielo,
La fe grabada en la faz.
Y suben, suben con pena;
Mas suben sin descansar.
Vuelven por fin una cuesta
Que sobre la vega da,

Y ven que, allí, rodeada
De trémula claridad,
En carne y forma mortales
La hermosa Vírgen está.
«Santa Vírgen, santa Vírgen,
Rica fuente de bondad,
Decid : ¿será niña ó niño
Lo que de mí nacerá?
Y si es niño, ¿será cura,
Mercader ó capitan?
¿Será noble, será obispo,
Será duque ó cardenal?
—No será, dijo la Vírgen,
Ni cura, ni capitan,
Ni noble, ni mercader,
Ni duque, ni cardenal;
Será un ángel de los cielos,
Que á mi lado cantará.»

Y es fama que la romera
Parió un niño celestial,
Que al nacer cerró los ojos,
Partiendo á la eternidad.

CRUZANDO EL MEDITERRÁNEO.

¡Hermosa noche! por oriente asoma,
De bruma envuelta en anchurosa franja,
Y cruzando sus velos en la altura,
Do quiera tibia oscuridad derrama.
Huye la luz, bordando las esferas
Con ricas orlas de colores várias,
Y en los mares revueltos del ocaso
La refulgente cabellera baña.
Tenida en rayos de ilusion, desea
Flotar ligera en la extension el alma,
Rasgar los tules y aspirar los gratos
Frescos aromas que suspende el aura.
Tiembla la brisa de placer, meciendo
Los blandos pliegues de ondulantes gasas;

Partiendo sombras, las espesas nubes
El aire en cintas de arrebol desgarra,
Y el cielo por encima de los orbes,
Corona de diamantes, se destaca.
¡Hermosa noche! las estrellas brotan
Cual copos de zafir, rosas de nácar,
Que al perfumado ambiente de los cielos
Sus pétalos de chispas abrillantan.
La luna, su fulgor pálido y triste
Rompiendo, bellos tornasoles lanza,
Floron do cuelgan los perdidos paños
Que en la bóveda inmensa se desatan,
Encantada azucena, sol de nieve,
Globo de luz de rutilante plata,
Águila de la noche, que tendiendo
Allá en lo azul con majestad las alas,
Reposa sus miradas sobre el mundo;
Que entre velos de lumbre pura y blanca,
Y en los brazos mecida del espacio,
Con sueño arrobador, muda descansa;
Y sus rayos en hilos destilados
Por el ténue vapor rielando pasan,
Y mil plumas fantásticas dibujan
Del mar tranquilo en las azules aguas.

El mar, undoso ceñidor celeste
Que con sus lazos á la tierra abarca,
Y colgada, en los cielos la suspende,
Con un giron del firmamento atada;
El mar, la losa del sepulcro inmenso
Que el cadáver del mundo encierra y guarda,
Do sus copas altísimas cimbrean,
Cual sauces de la muerte, las montañas;
El mar, que empaña su cristal bramando,
Al aliento que el aire desparrama,
Sepultando una ola en otra ola,
Que se pierden gimiendo en sus entrañas,
Cual del triste los míseros gemidos
Se pierden en el mar de la esperanza.
Allá, extendida en la dudosa línea
Que en el vasto horizonte se señala,
Donde las ondas apacibles mueren,
Donde se besan con amor las aguas,
Cual tierno corazon que infunde vida
En el gigante mundo, late Italia.
Pedazo de la lumbre de la gloria
Que las cenizas de la tierra inflama;
Mentira hermosa, del Eden caida;
De una bella ilusion sagrada estatua,

Que yace sepultada entre ilusiones;
Lira doliente, melodiosa arpa,
Que del cielo en la crespa cabellera
Sus cuerdas de marfil y oro enredaba,
Hasta tanto que al mundo desprendida,
Osaron los tiranos desgarrarla,
Para tejer con ella sus coronas,
Para cubrir de su borron la infamia.
Y hoy sus tonos armónicos anega
Entre el llanto inmensísimo que abrasa
Los senos de la mar, como los mártires
Anegan sus quejidos entre lágrimas;
Y hoy descansa en monótona agonía,
Con laureles de espumas coronada,
Blancas flores del campo de los mares,
Que su perfume de murmullo exhalan;
Y al aire da su llanto dolorido,
Y al aura dice, si la besa el aura,
Que pida al cielo libertad y vida,
¡Ay! porque vida y libertad le faltan.

DE LA NOCHE AL DIA.

I.

Duerme la luz; es la hora
En que el universo corre
A plegar en el ocaso
Su estandarte de colores;
El ocaso, paño inmenso
De ondulantes pabellones,
Lecho de tantas tinieblas,
Sepulcro de tantos soles:
Hora en que unidos contemplan
La calma augusta del orbe
Los árboles en el campo,
Los pájaros en el bosque,
Y las olas en los mares,
Y en los jardines las flores;

En que, tendiendo sus alas
Por el confuso horizonte,
Bajan á tejer las nubes,
Mezclando negros crespones,
Con peñascos de oro y nácar,
Diademas para los montes;
En que entre mantos de nieblas
El crepúsculo se esconde,
Último rayo del dia,
Primer matiz de la noche;
En que el azul de los cielos
Chispas vivísimas rompen,
Dulces ojos de los ángeles,
Que al mundo miran entónces.

II.

Huye la tarde, impelida
A los lindes de occidente,
Llevando al sol en la frente,
Y en los suspiros la vida.

Sigue la noche sus huellas,
Y en los espejos del mar

Se va mirando, al pasar,
Con su corona de estrellas;

Y arrastra por las alfombras,
Que el mundo á sus piés dilata,
Una guirnalda de plata
Y una túnica de sombras;

Y baña la luna el suelo,
Pálida antorcha extinguida,
Como lágrima perdida
Que el sol derramó en el cielo.

Y pasa el tiempo, y la hora
Llega, por fin, en que ufana
Se despierta la mañana,
A los besos de la aurora.

III.

¿Por qué las aves exhalan
Sus armoniosos gorjeos?
¿Por qué derraman las flores
Blandos perfumes al viento?

¿Por qué se agitan los árboles?
¿Por qué repiten los ecos
El murmullo de los bosques
Entre los mares violentos,
Y elevan doquier los mundos
Cantos de amor y misterio?
Es que las plantas del dia
Pisan del orbe el lindero,
Es que los ojos que daban
Tibio albor al universo
Ocultan sus áureos rayos
Entre los pliegues del sueño,
Y el mundo mira otros ojos
Resplandecer en el cielo.
Es que los cierran los ángeles,
Es que los abre el Eterno.

ITALIA.

Habla, patria del arte: el mundo espera
Que eleves á la gloria,
Hendiendo el aire, tu triunfante grito;
Rompa tu diestra la azulada esfera,
Y escriba para siempre tu victoria
En la frente inmortal del infinito.
Clavado el sol en la celeste cumbre,
Escucha el anatema
Que lanzas á tus fieros opresores.
¿No ves, Italia, palpitar su lumbre,
Fundiendo la diadema
Y el cetro de oropel de tus señores?
Cuando vas la cabeza
Entre las sombras de la noche alzando,

¿No ves al firmamento tu proeza
Con sus ojos de estrellas contemplando;
Y que rasgando la tiniebla oscura,
Vítores mil la tempestad derrama,
Y que aplauden tu fama,
Chocándose, las nubes en la altura?
Es que el Dios de los mundos soberano,
Los espacios abriendo
Con su brazo terrible, va moviendo
La obediente á su voz naturaleza,
Y que, al bajar su omnipotente mano,
Al pueblo que ambiciona
Libertad y grandeza,
Con su divina bendicion corona.

Harto tiempo dormistes arrullada
En brazos de las aguas, olvidando
Que tus vanos señores
Aspiraban la esencia regalada
Y el néctar puro y blando
Del perfume oloroso de tus flores;
Harto elevaste á su poder altares
Miéntras tus héroes á su voz morian,
Y tu seno de vírgen oprimian
Las azules cadenas de los mares;

Harto tiempo tuviste
Al hierro atadas las hermosas manos;
Harto la esclava favorita fuiste
Del asqueroso harem de los tiranos.
Habla, pueblo, por fin; ésta es tu hora;
No esperes que otro sol haya quemado
De tu vida otra página doliente,
Si no es ¡oh Italia! que el que luce ahora,
Y su fulgor por la extension ensancha,
No basta ya para alumbrar tu frente,
Que acaso está velado,
De tu vergüenza con la horrible mancha.
¿No sientes el confuso devaneo
Y el desórden profundo
Que en las ondas del viento se engrandece,
Y que en vago mareo
Va erizando los ámbitos del mundo?
¿No ves la idea que robusta crece
En hombros de los pueblos, las naciones
A la lucha aprestarse, las almenas
Y los solios temblar, y las prisiones
Con estrépito abrirse, y entre tanto,
Al sacudir los siervos sus cadenas,
Turbarse el dictador con mudo espanto

En su delirio ciego?
¿No ves brillar el fuego
De los valientes que la Europa encierra,
Y en sangre rebosar tu suelo mismo,
Y á los déspotas todos de la tierra,
Que cejan con horror ante el abismo?
Y ¿no ves á tus plantas los despojos
De poderes hundidos,
Y que la nueva luz brilla en tus ojos,
Y que el canto solemne de victoria
Arrogante resuena en tus oidos?
¿Por qué tus brazos con ferviente anhelo
No elevas hasta el cielo,
A alcanzar los laureles de la gloria?

¡Al arma, Italia! tu febril pujanza
Desata en la pelea;
Que el signo de tu nombre y tu esperanza
Eterno espanto á los soberbios sea.
Hierva tu fuego hasta el nevado polo,
Arroja á los tiranos de la tierra,
Clava tu pié sobre su frente impura,
Y déjales tan sólo
El sangriento sudario de la guerra
Para cubrir su horrenda sepultura.

Dios batalla por tí; será tu causa
La sacrosanta libertad del hombre,
La patria de los ángeles tu gloria,
La religion tu nombre,
Las tumbas de los mártires tu historia;
Serán tu escudo los flotantes velos
Que cuelgan el cenit, tu grito el arte,
Tus armas las de Dios, y tu estandarte
La azulada bandera de los cielos.
¡Al arma, Italia! muestra coronada
De laurel victorioso tu cabeza
A los que así te vieron ultrajada,
Y rueden á la nada,
Cegados por la luz de tu grandeza.

Pero ¡guay, oh nacion! que entre el tumulto
De la guerrera tempestad deshecha,
Con el puñal oculto
Dentro del negro y pavoroso seno,
Otro tirano con teson te acecha.
Esa voz con que aplaude tu victoria,
Esos dulces halagos, son veneno
Que te ofrece, y la copa embalsamada
Con que quiere embriagar tu sed de gloria,
En que tienes quizá los labios fijos:

Esa pócima, Italia, está mezclada
Con la preciosa sangre de tus hijos.
¡Despierta, pueblo! y pues á Dios le plugo
Libre formar al hombre, fuera mengua
Que oprimiera la lengua
De otro poder el vergonzoso yugo.
Los hombres de este siglo, los que vieron
Del Eterno la esencia,
Bordando los confines de la ciencia,
Que anhelantes buscaron,
Y que al fin en sí mismos descubrieron;
Los que conciencia de su sér formaron,
Irán sin duda, en el hermoso dia
Que oculta entre sus sombras el destino,
Al santo templo del poder divino,
Con su razon por guía,
En la frente grabado su derecho,
Y el grito ¡libertad! sobre su pecho.
¡Habla, patria del arte! ¡libre sea
De manchas de baldon tu faz galana,
Lava con sangre el profanado suelo,
Su cetro á los soberbios arrancando,
Y que el mundo te vea
A los aires del cielo

El estandarte tricolor lanzando,
O el mundo de mañana,
Al nacer otro sol, te verá muerta!
¡Sal, en fin, del sepulcro de tu historia,
Y á la voz resonante de la gloria,
Despierta, Italia; libertad, despierta!

NUBES.

Me gusta ver el cielo
Lleno de nubes
Del color de la rosa,
Blancas y azules.
Rosa es tu pecho,
Azules son tus ojos,
Blanco tu seno.

Y al no ver tus hechizos,
Quiero, en mi anhelo,
Ver al ménos las nubes,
Y miro al cielo.
¡Oh suerte dura!
Me faltan ¡ay! las nubes
De tu hermosura.

INSPIRACION.

¿Veis á la tierra, por do quier creciendo,
Cómo empuja los anchos horizontes,
Y cómo, en ondas su extension rompiendo,
Brotan los montes?
Es que el mundo, de hinojos humillado,
A su Hacedor eterno para honrar,
Con luces de volcanes adornado,
Alza un altar.

¿Veis esos campos, ricos en colores,
Velados por celajes de perfume,
Que el aire arrebatando de las flores,
Leve consume?

Es que las auras con su esencia bella
Tiñen de azul y de esmeralda el suelo,
Y bordando una flor por cada estrella,
Copian al cielo.

¿Veis ese sol que bulle en el espacio,
Fundiendo en oro la tiniebla oscura,
Y con rayos de nácar y topacio
Rasga la altura?
Es que rompiendo en fúlgida belleza
Su techumbre de encajes ilusoria,
Oprimida de Dios por la grandeza,
Se abre la gloria.

¿Veis á la noche oscurecer la esfera,
Y alzarse de los ámbitos profundos,
Arrastrando su negra cabellera
Sobre los mundos?
Es que de tanta inmensidad medrosa,
Temblando la creacion con mudo espanto,
Para cubrir la faz majestuosa,
Tiende su manto.

¿Veis la tormenta que en los aires truena?
¿Veis desatado al aquilon bramar,
Y cómo en cárcel de revuelta arena
Cruje la mar?
Es que la mar, la tempestad y el viento,
Uno del otro reluchando en pos,
Con acorde y gigante movimiento
Cantan á Dios.

CANTO DEL PROSCRITO.

Hogares, patria, ilusiones,
Que ayer mecisteis mi cuna,
Juguete de la fortuna,
Hoy cruzo el mundo al azar.

Para sentir vuestro encanto,
Para aspirar vuestro aliento,
Vuela mi audaz pensamiento
Sobre las ondas del mar.

Él os dirá que camino
Solo con la pena mia,
Sin otro norte ni guía
Que el rigor de mi destino.

Yo le vi léjos perderse,
De la tarde con las brumas,
Rodar entre las espumas,
Sobre las aguas mecerse.

Y desparecer le vi
Allá, en el azul del cielo,
Para pedir un consuelo
Al lugar donde nací.

Así mi anhelante idea
El ancho espacio recorre,
Hasta posarse en la torre
De la iglesia de mi aldea;

Hasta dormirse al cariño
De aquellos sitios, que fueron
Donde fugaces corrieron
Mis tiernos años de niño.

Vi, al dejarlos, el espanto
De mi triste anciano padre,
Y los ayes de mi madre,
Y de mis hijos el llanto.

De una esposa el desvarío
Vi, que en mis brazos lloraba,
Y un corazon me entregaba,
Que llevo aquí junto al mio.

Vi mis recuerdos chocarse,
Entre delirios romperse,
En vapores deshacerse,
Y de mi mente borrarse.

Y por el mundo, contino
Arrastro la pena mia,
Sin otro norte ni guía
Que el rigor de mi destino.

Cuando á la más alta peña
Subo, del lejano monte,
Que clava en el horizonte
Su ruda y áspera breña;

Cuando á todas partes miro,
Midiendo la inmensidad,
Y el viento de libertad,
Que da en mi frente, respiro;

Blancas y pobres cabañas
Van mis ojos alcanzando,
Que se levantan bordando
La falda de las montañas.

Allí en la selva escondida
Se agitan miles de seres,
Que entre sencillos placeres,
Felices pasan la vida.

El pesar, con su rigor,
Su ánimo noble levanta,
Pues muchas veces encanta
La sencillez del dolor.

Mas ¡ay! que viste á los llanos
De luto la sombra opaca,
Y es la sombra que destaca
El poder de los tiranos.

Ellos, en su presa fijos,
Del hombre cubren los ojos,
Para tomar por despojos
El pan y honor de sus hijos.

Ellos de sangre un tesoro
Llevan en su diestra impura,
Y ocultan la mancha oscura
Bajo su manto de oro.

Vosotros, cuya venganza
Ahogar pretendió mi acento,
Que en alas del vago viento
Hasta los cielos se lanza;

Los que oscureceis mi estrella,
Los que me robais la calma,
¿Podréis robarme esta alma,
Y el ódio que guardo en ella?

Si de la desgracia en pos
Dirijo la planta mia,
Vuestro poder no me guía,
Es la voluntad de Dios.

Y miéntras ciegos temblais,
Yo soy libre, mi voz canta,
Y este acento se levanta
Hasta el solio que manchais.

Mejor trono es esta roca,
Y es más libre mi destierro
Que ese raquítico encierro,
Donde el poder os sofoca.

¿De qué sirve vuestro anhelo,
Si Dios al hombre ha dotado
De un corazon perfumado
Con los aromas del cielo?

¿Por qué vuestro pecho gime
Con ese afan espantoso?
¿Qué torcedor misterioso
La régia sien os oprime?

Es que ya se desmorona
La maldicion del Eterno,
Y os sepulta en el infierno,
Porque os pesa en la corona.

¡Ah! si dispone la suerte
Que vuestro delirio ciego
Apague mi voz de fuego
Con el hielo de la muerte,

Sonará en la inmensidad
Ese acento que os espanta,
Al cortar en mi garganta
El grito de libertad.

Y la constante memoria
De mi sangre derramada,
En vapores condensada
Al resplandor de la gloria,

Caerá, cual justo anatema,
En terrible lluvia hirviente,
Sobre esa pálida frente,
Que escondeis con la diadema.

Y en la tempestad que brama,
Oiréis mi tremendo grito,
Que, en un tormento infinito,
A vuestra conciencia llama.

Y en el sol que desparece
Del ocaso por la zona,
Veréis la hermosa corona
Que el cielo en mi losa ofrece.

Y en el nubarron que zumba
Allá en la extension vacía,
El sauce que Dios envía
Para cobijar mi tumba.

Seguid, asidos al trono,
Devorando vuestra vida,
Pálida luz extinguida
Al fulgor de nuestro encono;

Yo, léjos de los hogares
Que ayer mecieron mi cuna,
Juguete de la fortuna,
Cruzaré el mundo al azar;

Y para sentir su encanto,
Para respirar su aliento,
Volará mi pensamiento
Sobre las ondas del mar.

VOY Á PARTIR.

Á EMILIA.

Debe ser consolador
A un corazon, en verdad,
Dar latidos de amistad
Entre latidos de amor;

Que en la hermosa juventud
Nacen en el corazon,
El amor, de una pasion,
La amistad, de una virtud.

Y el alma que al par encierra
Pasion y virtud tan pura,
Debe hacer de una criatura
Un ángel sobre la tierra.

Yo miro en tí tanto bien:
Perdona que te lo diga;
Tú eres, Emilia, una amiga,
Tú eres amante tambien.

Y pues me llamas tu amigo,
Y admiro en tí tal conjunto,
Permite que de este asunto
Hable un momento contigo.

Más que el amor, la amistad
Dichosa y feliz se vió;
Porque ¿quién jamas unió
Amor y felicidad?

La amistad no tiene celos,
Que dén al alma querellas;
¿Los tienen, dí, las estrellas
Del sol que rasga los cielos?

Su dulce melancolía
Sólo placer atesora;
Nunca gime, nunca llora,
Y si llora, es de alegría.

Y el amor, su desvarío
Riega siempre con el llanto,
Pues lo necesita tanto
Como la flor el rocío.

La amistad es dulce y bella
Como el rayo delicado
De una estrella, que á su lado
Deja brillar otra estrella.

Y el amor es como el sol,
Que no permite, en sus celos,
Que bañe los altos velos
De otra luz el arrebol.

La amistad es un placer
Que sin pasiones reposa:
Por eso es rara y preciosa
La amistad en la mujer.

Y el amor es un dolor
Que al alma de luz corona:
Por eso el alma ambiciona
Sufrir dolores de amor.

¿Qué pasa en el sentimiento,
Cuando este dolor le inflama?
¿Por qué goza, cuando ama,
De tan sublime tormento?

Es que ardiendo en emociones,
El pecho se abrasa y gime,
Porque el latido le oprime
Que lanzan dos corazones.

Es que manan sus latidos
Arroyos de sangre rojos,
Que suben luégo á los ojos,
En lágrimas convertidos.

Es que se entrega doliente
La razon al devaneo;
Pues las sombras del deseo
Borran la luz de la mente.

Es que va la fantasía
Subiendo por una escala,
Toda flores, toda gala,
Toda ilusion y poesía.

Es que en delirante anhelo
Tierno el corazon se mece;
Es que el alma se engrandece
Hasta tocar con el cielo.

Es que piensa hallar allí
La extrema felicidad.
¡Ay, Emilia! ¿no es verdad
Que el amor se siente así?

Voy á partir: su rigor
Mi pecho á tu pecho fia.
Escúchame, amiga mia:
Yo te encomiendo mi amor;

Mi amor, que Dios ha bendito;
Mi amor, que es constante y ciego:
Grande, inmenso te-lo entrego;
Devuélmelo infinito;

Pues tú, que sabes amar,
Debes sin duda saber
En dónde lo has de poner,
Que yo lo pueda encontrar.

Mi voz no desoigas, no;
Adios, en fin, cara amiga,
Y que el cielo te bendiga,
Como te bendigo yo.

EL ECLIPSE DE SOL.

Vuela, gigante sol, rasga la zona
Bajo tu planta ardiente,
Y circunda las sienes de Occidente
Con las flores de luz de tu corona.
Vuela, sí; que medida
Tengo yo de tu brillo la existencia
En el reló infalible de mi ciencia.
Ya se acerca el instante : oscurecida
Tu faz brillante y bella
Veré pronto á mis ojos presentarse,
Y, retratado en ella,
Me ofrecerás tú mismo
El negro espejo del inmenso abismo,
Que miras á tus piés amontonarse.

Vuela, gigante sol: que todavía
Pueda verte un momento
En la frente posar del firmamento
El rubio beso de la luz del dia;
Que pueda devorar con ciego anhelo
Los torrentes de llamas
Con que bordas é inflamas
Los azules perístilos del cielo;
Y en tus ondas de púrpura y de plata
Mirar bañarse pueblos y lugares,
Y derramarse en rauda catarata
Desde la altiva cumbre,
Dorando montes y tiñendo mares,
El áureo polvo de tu hirviente lumbre.
Ya de tintas el aire se engalana...
Ya sonó la señal... ¡Qué! ¿De tinieblas
No te cubres, oh sol? ¿Será que al cabo
El hombre se engañó?... ¡Sospecha vana!
Porque tú, tan brillante y tan hermoso,
Eres al fin, como materia, esclavo
De eternas leyes, á que estás sujeto
Con impotente calma,
Y el hombre, victorioso,
Apagará tu resplandor inquieto

Con los libres alientos de su alma.
No vueles, no; ya es tarde:
No luce ya tu refulgente disco,
Ni en la alta cima del breñoso risco
El limpio fuego de tus rayos arde.
¿Qué pincel soberano
De oscuridad te tiñe?
¿Qué indefinible sér, qué osada mano,
Laurel de sombras á tu frente ciñe?

¡Espantosa vision! ¡cómo á mi mente
Y á mis sentidos pasma!
Allá, sobre los mundos, se dibuja
Fatídica, imponente,
La mole aterradora del fantasma,
Cual el reflejo lívido y sombrío
Que la mano de Dios proyecta enorme,
Al posarse en el sol, sobre el vacío;
O cual monstruo deforme,
Que la luz de los cielos devorando
Entre sus fauces lóbregas y oscuras,
Y abriendo en lontananza
Sus alas de crespon, por las alturas,
De negras noches coronado, avanza,

Y se aproxima, y crece,
Y un vértigo de fúnebres vapores
Sobre mi frente deja,
Y rápido se aleja,
Y vuela, y desparece
Por mares y por lagos,
La imágen de sus formas repitiendo,
Y entre los aires vagos
Su plumaje de nubes sacudiendo.
Todo, por fin, ante mi faz se oculta...
¡Qué instante!... El orbe yerto
Queda, inmóvil y muerto,
Y un sudario de nieblas le sepulta,
Cuyos pliegues clavados
En la alta cumbre del espacio quedan,
Y montones de abismos hacinados
Con sorda calma sobre el mundo ruedan.

¡Qué grande es el Señor! Esas alfombras
De corpulentas sombras,
Que cruzan la extension de polo á polo,
Son, con su masa colosal y densa,
Un átomo tan sólo
Del polvo que su planta,

Al caminar por la region inmensa,
De las celestes bóvedas levanta.
Él ve desde su trono
Inflamarse los ámbitos profundos
Al lampo de sus fúlgidos destellos,
Y las chispas de luz de sus cabellos,
Al flotar en los aires, se hacen mundos.
Y esos lucientes astros,
Que tejen á sus piés una guirnalda
De fuegos y alabastros;
Esos globos de plata y esmeralda,
Que en redor de su dedo misterioso
Se revuelven y giran,
Al leve soplo de su dulce aliento,
Su luz, su gala y su color aspiran.
¡De rodillas, mortal! Oye mi acento,
Y ante la gloria de tu Dios eterna
Tu altiva sien y tu saber prosterna.
No temas, no, caer; los otros seres
No te hallarán jamas de tus poderes
Ni de tu imperio falto,
Aunque inclinar te miren el primero
La frente ante tan grandes maravillas;
Que es el hombre tan alto,

Que, áun postrado ante Dios, el orbe entero
Es mezquino escabel de sus rodillas.

¡Qué momentos, oh sol! ¿Por qué apartada
Con empeño terrible
Conservas de los mundos la mirada?
¿Será que ver no puedes impasible
Al crímen y al encono
Sentados ¡ay! sobre brillante trono,
Ni agitados los mares,
Ni rotas las entrañas de la tierra
Al rudo golpe de implacable guerra,
Ni los santos altares
Del bien y del derecho destruidos,
Ni esas flores que, en campo de dolores,
Recogieron los pueblos oprimidos
Con sus invictas manos,
Marchitas en frescura y en colores
Al aliento mortal de los tiranos?
¡Ah, si tu faz pudiera
Contemplar otro mundo y otros hombres,
Al lucir otra vez sobre la esfera!
¡Si destacarse viera,
Sobre un manto de siglos empolvado,

Pirámides sin fin de tumbas frias,
Selladas con los nombres
Del poder y grandeza de otros dias!
¡Inmensos restos del error pasado,
Despojos del destino,
Que el ronco canto de victoria alzaran,
Y eternos señalaran
A los futuros pueblos el camino!
¡Ah! yo tambien de mi cancion el vuelo
Alzaria con éxtasis profundo,
Si al dorar otra vez tu luz el cielo,
Dorara un sol de libertad al mundo.

Mas ¡qué miro! ¡De gotas argentinas
La bóveda se esmalta!
¿Es que, deshecha tu corona, salta
En pedazos de estrellas fulgurantes,
Sembrando los espacios de diamantes?
Cual brotan los errores y las penas
En medio de los hombres cuando oprime
El mal á la justicia, ó cuando gime
La voz de la verdad entre cadenas,
Así, cuando recoges tus fulgores
Con pálido desmayo,

Tú, sol, que no consientes
A otros astros brillar resplandecientes
Ante el fuego ardoroso de tu rayo,
Miras bajo tus huellas
Lucir hasta las tímidas estrellas,
Que de tus propias galas se vistieron,
Y en tu lumbre su lumbre recogieron.
Mas pronto, por fortuna,
Tornarás á la vida,
Y apagarás su claridad mentida;
Que una es la luz, cual la verdad es una.

Respiro al fin : ¡oh sol, bendito seas!
Oye el grito vibrante con que el orbe
Su ardiente gozo, al saludarte, muestra,
Y al ver que, conducido por tu diestra,
Radiante de belleza y de armonía,
Rompiendo sombras, se adelanta el dia.
Cual guerrero gigante, de su manto
Los anchos pliegues por el aire tiende,
Y suelta en rizos, al azar desprende
La roja cabellera de amaranto.
A su solemne arribo,
Cubre desde el Ocaso hasta el Oriente

Su armadura de púrpura y topacio:
Es su espada de luz; la blande altivo,
É inflámase el espacio;
Por casco lleva el luminar fulgente
De la brillante aurora, recamado
Con golpes de lucientes arreboles,
Y en el creston de nácar y de plata
Se eleva, entre vistosos tornasoles,
Un penacho de nubes de escarlata:
Ostenta por escudo al mismo cielo,
Y muestra, en fin, bordado
En su extendido velo,
Con rica gala y mágico decoro,
Sobre campo de azul, un sol de oro.

Y yo, al mirarte coronar los mundos,
Cantaré tu hermosura; mas al tiempo
Que con mi lira trémula acompañe
La prez de tu victoria,
Haz que los cielos de mi patria bañe,
Sobre campo de honor, un sol de gloria.

LA INOCENCIA.

—Sabed, padre, que al llegar
Del monte á la cumbre alta,
Yendo de aquí hácia el lugar,
Todas las tardes, sin falta,
Me encuentro un hombre al pasar.

—Y ese hombre, niña, ¿te mira?
—Con vista triste y llorosa,
Que solo candor respira.
—¿Y luégo?—Tierno suspira.
—¿Y luégo?—Me llama hermosa.

—¿Y tú, inocente...—Escuchad:
Al principio con placer
Agradecí su bondad,
Pues Dios nos manda querer
Al que dice la verdad.

—¿Y despues?—Despues que oí
Que mirarme era su bien,
Despues que á mis piés le vi,
Al separarse de mí,
Por él suspiré tambien.

—¡Cómo! tu imprudencia loca
Puede robarte la calma.
Hija, tu pasion sofoca.
—¿Y á qué cerrarle la boca,
Cuando no cabe en el alma?

—Pasion que con tanto brío
Conmueve al alma un momento,
Es de amor un desvarío.
—Con que el dulce afan que siento,
¿Se llama amor, padre mio?

—Y el viento de su ilusion
Marchitará tu alma pura.
—¿No es pura la pretension
De ceñir su corazon
Con hojas de mi hermosura?

—¿Habrás dejado entrever
A ese mancebo liviano...
—Lo ha debido conocer,
Pues cuando estrecha mi mano,
Me estremezco de placer.

—¿Te estrecha?—¡Tan dulcemente
En sus amorosos brazos!
—Y tú, cuitada, inocente...
—Le ciño con dulces lazos,
Y orno de besos su frente.

—¡Besos!...—Uno me pidió.
—¿Y bien?—Se le concedí.
—Pero...—Mi labio tembló,
Y al decir mi alma que sí,
La boca dijo que no.

—Esas caricias que ciego
Te inspira el ardiente amor,
Van á turbar tu sosiego.
—Pienso en ellas con temor,
Con gozo infinito luégo;

Y si al alma sin cesar
Va una pasion agitando,
No se puede sofocar.
Padre, los males de amar
Sólo se curan amando.

—¡Ay, hija! tu inexperiencia
No te deja conocer
Que ese hombre, la grata esencia
De amor vino en tí á absorber;
Mas se llevó tu inocencia.

—¡Tierno, muy tierno es su ardor!
¡Dulce á su lado es vivir!
—Mas ¡tu inocencia es mejor!
—¡Cuán hermoso fuera unir
Mi inocencia con su amor!

—Hija mia, á desechar
Tus ilusiones disponte:
Tú las verás disipar...
—Yo las volveré á encontrar
En el camino del monte.

—No; que la virtud preciada
Que perdiste, desdichada,
Que há poco tu adorno era,
Tiene más alta morada,
Y no es ésa la carrera.

Hácia ese celeste velo
Tus tiernas miradas guía.
No es la inocencia del suelo;
Que está vagando, hija mia,
Por el camino del cielo.

EN EL DIA DE TU SANTO.

Es la vida un manantial
De inagotable dolor,
En el que todos lloramos
Una perdida ilusion;
Fuente que nace entre tristes
Recuerdos del bien que huyó,
Que crece con los raudales
De llanto desgarrador,
Que alimenta sus murmullos
Con ayes del corazon,
Que entre riberas de penas
Sigue su curso veloz,
Regando flores marchitas
Con lamento bullidor,

Y que entre mares de muerte,
Que nunca el alma cruzó,
Derrama de su corriente
La melancólica voz.
Acaso rugen sus aguas
Con indomable furor
Al soplo de la esperanza,
O al viento de la pasion;
Acaso de la fortuna
El inconstante favor
Tiñe sus ondas de oro,
De placer ó de ambicion;
Acaso sobre sus sombras
Se eleva, cual limpio sol,
Algun destello de gloria
O algun suspiro de amor;
Mas pronto esperanza y oro,
Y lauros y galardon,
Se disipan como sueños
Que el alma triste forjó,
Y el manantial de la vida
Corre con fúnebre son,
«¡Adios!» diciendo á las glorias,
«¡Adios!» diciendo al amor,

Miéntras el eco en los aires
Repite lúgubre: «¡Adios!»
Esta, Matilde, es la historia
Del tiempo que ya pasó,
Y ésta será del futuro
La verdadera leccion.
Hoy sientes correr los años
Sin inquietud ni terror,
Hoy miras tu aniversario
Pasar con grata emocion,
Sin volver quizás los ojos
Al tiempo que viene en pos;
Porque tus rizos cabellos,
Que el ébano ennegreció,
Reciben de las delicias
El beso murmurador,
Y la juventud te presta
Su rica fascinacion.
Ella coronó tu frente
Con su blanquísima flor,
Ella de tu esbelto talle
Las formas engalanó,
Tus labios pintó de ardiente
Finísimo bermellon,

Y matizó tus mejillas
Con sonrosado color.
Quiera Dios sobre tus dias
Derramar su bendicion,
Y sobre tus verdes años
Su aliento consolador,
Cuantos tus ruegos eleves
A su celeste mansion;
Quiera Dios que nunca sientas
Coronada, como yo,
De secas hojas tu frente,
De espinas tu corazon,
De negras sombras tu gloria,
De desengaños tu amor,
De estériles amarguras
Tu juventud; quiera Dios
Que sobre este manantial
De inagotable dolor
No llores nunca, Matilde,
Una perdida ilusion.

ISIDORO MAIQUEZ.

Sol de la hispana escena, sin segundo.
(*Martinez de la Rosa.*)

Inmenso mundo, que al azar caminas
Colgado en las serenas
Regiones del azul, con las cadenas
Del poder infinito; que iluminas
Con antorchas de genios inmortales
Tus misteriosas huellas;
Deten, clavado en la extension, la planta.
A tus ojos la sombra se levanta
De un hombre que en tu suelo,
La altiva frente levantando al cielo,
Ciñó corona fúlgida de estrellas.
De su númen las gracias celestiales
Al noble impulso de su fama canto.
Oyeme, pues, miéntras mi voz levanto

En honor de ese hombre :
¡ De rodillas, oh mundo, ante su nombre!

Flotante en las alturas, y enlazada
Entre nubes de rosa,
Hay un arpa suavísima, esmaltada
Con mágicos colores,
Que en la celeste bóveda se extiende;
Sus cuerdas prodigiosas
Son guirnaldas de estrellas y de flores,
Su dulce canto los espacios hiende,
Su melodiosa voz el aire llena;
Pura, encantada lira,
Que en manos del Señor terrible suena,
Y en manos de los ángeles suspira.
Derrama ¡oh cielo! sus divinos sones
En mis pobres canciones,
Y vierte en mis acentos su armonía,
En nombre del artista y su memoria,
En nombre de su gloria,
En nombre ¡oh cielo! de la patria mia.

¡Cuán hermoso es nacer cuando las puertas
De la existencia humana

La mano del Eterno tiene abiertas,
Y de luz con sus rayos engalana;
Y al pisar los dinteles
De la dorada esfera,
Donde ruedan los aires de la vida,
Sentir que ciñen la cabeza erguida,
Tejidos con los aires, mil laureles;
Y al sacudir la frente,
Que el puro brillo de la luz primera
Reflejar ambiciona,
Sobre la sien ardiente
Sentir que brota la inmortal corona!

¡Cuánto gozar debiste,
Insigne Maiquez, los hermosos dias
En que el ídolo fuiste,
Sobre la hispana escena,
Del pueblo inmenso que á tus piés tenias!
Pálido entónces de placer veias
La atmósfera crujir, de aplausos llena,
Y tu voz suspendiendo
Las almas todas, resonante alzarse,
Y al espacio elevarse,
Las ondas de los vítores rompiendo.

¡De la gloria alcanzar la ilustre palma,
Sentir su arrullo y su armonioso tono
Resbalar por tu oido,
Y ensancharse tu alma,
Y alzarse á Dios hasta tocar su trono,
Y al murmullo del mágico sonido,
Dormirte de coronas en un lecho,
Mirar crecer la admiracion y el pasmo,
Y venir á estallar contra tu pecho
El vibrante clamor del entusiasmo;
Y luégo, en el momento
En que tu voz callaba,
Expresando la accion tu sentimiento,
Entre el mudo silencio que reinaba,
Escuchar comprimirse las pasiones,
Y aplaudirte, al latir, los corazones;
Mirar de espanto enmudecer el arte,
Contemplar á los reyes y á los sabios
Sus plácemes brindarte,
Y con placer profundo,
Al soplo de tus labios,
Sentir de dicha estremecerse el mundo!

¡Cuánto gozar debiste! ¡qué embeleso

Debió brillar en tu febril mirada
Tras de la gloria en el azul lanzada!
Las obras del artista son el beso
De paz y de ventura,
Que da la inspiracion á la belleza,
Al hacer descender desde la altura
Sobre la tierra su inmortal cabeza;
Sólo la inspiracion pudo enseñarte
A clavar tus estrellas en la esfera
Que baña con su luz el sol del arte;
Porque la noble y fiera
Accion de *Roma libre*, la serena
Calma de *Bayaceto*,
Y del *Oréstes* el ardor inquieto,
Y del triste *Mitrídates* la pena,
Y de *Bruto* el anhelo,
Y la pasion terrible del *Otelo*,
Son estrellas del cielo de poesía,
Que radiante cubria
La inmensa gloria de tu vida entera;
De aquel cielo de lumbre prodigiosa,
Que dosel de tu trono entónces era,
Ahora quizá de tu sepulcro losa.

¡Sepulcro! sí. Cuando en la fresca orilla
Que en el Genil retrata su belleza
Encuentres, caminante, una sencilla
Y blanca cruz de piedra, dibujada
Sobre el manto de flores de Granada,
Repara, al detener el pié cansado,
Que Maiquez *vive* allí; que su grandeza
Los siglos ha llenado;
Que el gigante cadáver de su gloria
No cabe en el sepulcro de la historia,
Y que su genio grande, sin segundo,
Ornado siempre de brillantes galas,
Lanzó al espacio las hermosas alas,
Y tendiendo una de ellas sobre el mundo,
Y otra enredando en los azules velos,
Quiso, al unirlos con tenaz porfía
En eterna armonía,
Enlazar á la tierra con los cielos.

Á MI MADRE.

AL PARTIR.

Es verdad; en mi alma
Pintarse miro,
Con colores de llanto,
Triste suspiro:
Es el aliento
Que derrama en mis penas
Tu pensamiento.

Es que mañana, madre,
Viene la ausencia
A oscurecer la aurora
De tu presencia.
¡Aurora vana!
Hoy brillante de rayos,
Sombra mañana.

Por eso de los cielos
La gracia imploro,
Y por eso en la tierra
Vierto mi lloro.
¡Ah! lloro escaso,
Forma un mar, que se oponga
Siempre á mi paso.

No faltará mañana,
Si hay que cruzarle,
Un bajel de desdichas
En que pasarle;
Que en mar de amores
No flotan más bajeles
Que los dolores.

Perdona, madre; el labio,
Cual triste lira,
Al eco de tu acento,
Ronco suspira.
¡Ah! el desvarío
Tan sólo arranca quejas
Al labio mio.

III

Voy á partir al cabo,
Dejando impreso
En la flor de tus labios
Mi ardiente beso:
Nuestros amores
Guardan besos tan puros
Como las flores.

Haz, madre, que su gala
No se marchite,
Por más que tu gemido
Su aroma agite.
Quiero encontrarlo
Otra vez en tus labios,
Y allí besarlo.

«En amores la ausencia
Es como el aire,
Que apaga el fuego chico,
Y aviva el grande.»
Esto decia
Un cantar que recuerda
La infancia mia.

Yo comparo á las sombras
¡Ay! mis amores;
Que cuanto más se alejan,
Se hacen mayores.
¿Do irá mi calma,
Si la luz de mis sombras,
Madre, es tu alma?

Cuando pierden mis ojos
La altiva cumbre
Donde engarza la aurora
Perlas de lumbre,
Y en mis hogares
No escuche los murmullos
De nuestros mares;

Cuando miren mis ojos,
Pardas y extrañas,
Las faldas gigantescas
De mis montañas,
Y ya perdido,
Contemple el santo suelo
Donde he nacido;

Cuando á traves del llanto
Mire á los montes
Orlar, cual vagas nubes,
Los horizontes;
En mi agonía,
Derramaré en los aires
Un «¡Madre mia!»

Y al llegar á tu lado
Mi voz doliente,
Y al posarse mi beso
Sobre tu frente,
Tu desvarío
Derramará en los aires
Un «¡Hijo mio!»

Y al chocarse en los aires
Los dos acentos,
De lágrimas bordando
Nubes y vientos,
La gloria pura
Enjugará en sus velos
Tanta amargura.

LA VICTORIA DE TETUAN.

Hijos de aquellos cuya altiva frente
El sol de rayos coronó en Oriente,
Y el mundo todo, ante su faz abierto,
Recorrieron en rápidos corceles,
Barriendo con sus blancos alquiceles
Las revueltas arenas del desierto;
Hijos de aquellos que la España un dia
En sangrientos girones desgarraron,
Y de Alhambras y cármenes bordaron
El manto de la hermosa Andalucía:
¿Dónde están los aromas y las flores
Que exhalaron ayer vuestros jardines?

¿Dónde vuestros mayores
Ocultaron la lanza vencedora
De aquellos esforzados paladines?
¿Dónde apagó su acento
La dulce trova que en la guzla mora
Lanzaba la doncella enamorada
A las ondas del viento
Que arrullaba las flores de Granada?

Huyeron ¡ay! por siempre.
Há cuatro siglos que las turbias olas
De los vecinos mares
No quiebran sus espumas
Al pié de los dorados alminares
Que alzasteis en las playas españolas.
Há cuatro siglos que las blandas plumas
No acarician aquí de las esclavas
Los desnudos encantos,
Entre sedas y perlas y oro presos,
Ni mezclan en el aire con sus giros
Los lúbricos suspiros,
Ni en el harem los perfumados besos.
Há cuatro siglos que en la opuesta orilla
Vuestro orgullo recuerda su quebranto,

Al mirar con espanto
La sombra que las torres de Castilla
Dejan caer en la africana tierra.
Y roto allí vuestro poder reposa
Como en lóbrega tumba, y una losa
De cuatro siglos vuestra tumba cierra;
Y al soplo de los recios vendavales,
Profundos ayes del simoun violento,
Se arrastra en los tendidos arenales,
Desgarrado y sangriento,
El rojo airon de la imperial bandera;
Y al escuchar la voz de la venganza,
El águila altanera,
Que en las rocas del Atlas se cernia,
Cantando el lauro de la hueste impía,
Sus corvas alas al desierto lanza,
Y en grito ronco y fuerte,
Cual cantó su poder, canta su muerte.
Y ya un sudario de vergüenza oculta,
—Cadáver yerto,—á vuestra estirpe brava,
Y hendiendo el aire la cristiana clava,
Vuestra frente arrogante
En el polvo sepulta.
Álzase luégo rápida, humeante,

Y al viento, cual despojos,
Lanza, mezclados en turbion deshecho,
La sangre que destila vuestro pecho
Y el llanto que derraman vuestros ojos.

¡Victoria, sí, victoria! En sangre rojos,
Cubren montes y llanos
Esparcidos trofeos,
Que arrojaron cobardes vuestras manos.
¡Sí! ¡Mirad por do quiera
Vuestras hordas huir! ¡Bajad las frentes!
El cielo en vuestro daño persevera,
Y de ellos son testigos elocuentes
Negron, Guad-el-Jelú, Zamir y Anghera.
¡Sí! Vencido y deshecho en la pelea
Vuestro feroz orgullo no domado,
Ya, sobre el alto muro abandonado,
El hispano pendon al viento ondea.
¡Victoria, sí! Verted ardiente llanto,
Que escalde el rostro, por el sol teñido,
Al mirar abatido
Vuestro antiguo poder, de estrago tanto
En las horas horrendas.
¡Victoria, sí! Las destrozadas tiendas

De la gente africana
Sangriento el sol alumbrará mañana.
La victoria es el lema
Que el justo lleva en su pendon grabado;
Es la sola diadema
Que laureles de paz ciñe al soldado;
Es de la sangre la postrera gota
Que derraman los héroes en la tierra;
Es el beso de amor, que ronco brota
De los ardientes labios de la guerra.

¿No os lo dijimos ya? ¿No percibisteis,
Al soñaros soberbios y potentes,
El rudo acento de la voz sonora,
Que, nacida de un mundo de valientes
En el pecho iracundo,
Y sonando en los aires vengadora,
Cayó en el otro mundo?
«A vuestra patria iremos,
—Clamó el reto, salvando los espacios;—
Si á la sombra del dolo nos vencisteis,
A la luz del honor os venceremos,
Y los régios palacios
Que en nuestro suelo fabricasteis ántes,

Con los blancos turbantes
De la morisca luna alfombraremos.»
Dijo; y el viento, que en redor cruzaba,
El reto entre sus ondas esparcia,
Y el mar, que entre nosotros se agitaba,
El reto entre sus ondas escribia.

¡Y gritais «Libertad»! Callad, esclavos,
Que, al carro de los déspotas uncidos,
Sus miserias cantais y sus pasiones,
Y llevais oprimidos
Con cadenas de error los corazones.
Para siempre sucumba
Vuestro poder; en la extension desierta
Ocultad con pavor vuestros enconos;
Abrid á los tiranos una tumba,
Con el polvo cubierta
De los rotos pedazos de sus tronos,
Y los aceros castellanos labren
La libertad de los que ciegos gimen;
Que los brazos del déspota se oprimen
Donde los brazos de la cruz se abren.

¿No os lo dijimos ya? Vuestra impotencia

¿No vió que con el dedo de la gloria
Nuestra suerte trazó la Providencia
En las hojas del libro de la historia?
El águila gigante,
Que, en las alturas remontada un dia,
Por cielos y por mares esparcia
Su hermoso cambïante
De blanca luz y de colores rojos;
La que adornó á la Europa con sus galas,
Y derramó por la apartada zona
De América las plumas de sus alas;
La que posó en Italia su corona,
En Grecia sus despojos,
Y allá en la inmóvil oriental rüina
El áureo rayo de sus negros ojos;
El águila latina
Clava en Marruécos la terrible garra,
Y, rompiendo las sombras del ultraje,
En girones al África desgarra
Para ornar su fantástico plumaje.
Ella, cruzando el ámbito profundo,
Bajó del cielo á dominar el mundo;
Ella, elevando el arrogante vuelo,
El mundo debe levantar al cielo.

¡Valor, soldados! Vuestros hechos dicen
Que España torna á sus hermosos dias.
¿Ansiais laureles? En el suelo crecen
Del rico cármen que pisais ahora,
Y entre rosas y mirtos embellecen
La ardiente sìen de la sultana mora.
¿Quereis himnos, y trovas, y armonías,
Que el lauro que lograsteis eternicen?
El África unirá vuestras canciones
Al enorme concierto
Del áspero rugir de sus leones.
¿Quereis palmas? En medio del desierto
Sobre la frente del simoun cimbrean.
Cruzad con ellas los revueltos mares,
Y, benditas al pié de los altares,
Ceñidas luego á vuestra frente sean.

Y vosotros, que en medio del delirio
Del combate caisteis,
Ceñidos con la palma del martirio,
Nobles héroes, oid: — La losa fria
Que desde ayer sobre vosotros pesa,
Para seguir la comenzada empresa
Nos servirá de guía.

No moriréis jamas, y vuestra suerte
Vivirá de la patria en la memoria.
La tumba de los hombres es la muerte,
La tumba de los héroes es la gloria.

EL BESO.

El beso, como tierna mariposa,
Que va de flor á flor volando breve,
De boca á boca desprendido, mueve
Sus tenues alas de color de rosa;
Es á veces sonrisa cariñosa,
Que el dulce gozo sobre el labio llueve,
O lágrima tal vez ardiente y leve,
Que del llagado corazon rebosa;
O bien suspiro triste y anhelante,
Que da la angustia á la perdida calma;
Mas para mí, que gimo delirante,
De amor ornado por la hermosa palma,
Es la esencia del alma de mi amante,
Que baña las esencias de mi alma.

ÚLTIMOS MOMENTOS DEL DILUVIO.

Tembló la sombra : su fantasma fria
Conmovieron del trueno los acentos,
Gemidos de dolor y de agonía,
Que derramó la tempestad sombría,
Encadenada en brazos de los vientos.

Las olas de las aguas revolvieron
Su masa turbulenta,
La tormenta en sus senos oprimieron,
Y, bramando en los aires, ascendieron
A escupir en los cielos la tormenta.

Y cesaron por fin: envuelto el mundo
Quedó en sombras flotantes y talares,
Y con temblor profundo
Estremeció el diluvio moribundo
Su sudario de nieblas y de mares.

Lívidos rayos en redor brillaron,
Cual pálidas antorchas sepulcrales,
Y un cadáver inmenso iluminaron,
Y encima de él cruzaron
Las tinieblas sus mantos funerales.

Y al fin, su brazo el huracan tendiendo,
Limpió de sombras la extension entera,
Ondas y nubes por do quier barriendo,
Los mares esparciendo,
Y arrancando al azul su cabellera.

Y ornado de fugaces resplandores,
Tendido allá por los celestes velos,
Alzóse luego el arco de colores,
Cual diadema de flores,
Coronando la frente de los cielos.

Y el mundo vió, radiante de ventura,
Al sol verter su fúlgido tesoro;
Águila enorme que cruzó la altura,
Rompiendo el velo de la niebla oscura
Con sus alas de púrpura y de oro.

Y pensó, contemplando la belleza
De aquella luz que al orbe coloraba,
Que sobre su cabeza,
Con inmensa fijeza,
El ojo del Eterno le miraba.

LO QUE DICE MI MADRE.

Dejadme que á la inclemencia
Me abandone del dolor,
Pues tienen preso á mi amor
Las cadenas de la ausencia.

Dejad que mi dulce calma
Enturbien tristes enojos;
Dejad que lloren los ojos
Las penas que siente el alma.

Dejad al llanto extinguir
El fuego de mi pesar:
¡Es tan hermoso llorar
Cuando se llega á sufrir!

Dejadme, en fin, al rigor
De mi suerte sucumbir:
¡Es tan hermoso morir
Cuando se muere de amor!

Y mi amor es una herida
Por el mismo amor curada;
Es lágrima derramada
Sobre la flor de mi vida.

Es la encantadora palma
Que de paz ha coronado
A un corazon engarzado
En el nácar de mi alma:

Pasion sin celos ni pena,
Sol sin mañana ni tarde,
Fuego donde siempre arde
El cáliz de una azucena.

Es un infinito anhelo
Por Dios en mi sér creado;
Es el aroma exhalado
En un suspiro del cielo:

Rayo de luciente oro,
Que lanza el sol de mi gloria,
Pues mi amor es la memoria
Del hijo que ausente lloro.

Siempre mi mente atesora
Este pensamiento fijo:
¿No sabeis lo que es un hijo
Para una madre que llora?

Yo, que he vivido mirando
Sin cesar sus ojos bellos,
Rizándole los cabellos
Calor de mi aliento blando;

Yo, que con constante empeño
Pasé noches, una á una,
Sentada al pié de su cuna,
Velando su dulce sueño;

Yo, que aspiré la fragancia
De la flor de su existencia;
Yo, que arrullé la inocencia
De los juegos de su infancia;

Yo, que al Hacedor un dia
Tierna le enseñé á adorar;
Yo, que le enseñé á rezar
Ante la Vírgen María;

Yo, que con ánsias extrañas
Formé su dicha cumplida,
Porque me arranqué su vida
Del fondo de mis entrañas,

Hoy sólo puedo exclamar
En amante desvarío:
«¿En dónde estás, hijo mio,
Que no te puedo abrazar?»

Aura, que me das tu aliento,
Sueño, que me das tu calma,
Id, y verted en su alma
La luz de mi pensamiento.

Mansas olas de los mares,
Que bañan la patria mia,
Llevadle siempre alegría,
Trayéndome sus pesares.

Sol, que cruzas del espacio
Por los ámbitos azules,
Ornando, al pasar, sus tules
Con guirnaldas de topacio;

Dile que mi amor es fiel,
Dile que mi afecto es ciego,
Dile que si al cielo ruego,
Estoy rogando por él.

Blanca luna, que en el rio
Bañando tus rayos vas,
Y que tanto mirarás
Los ojos del hijo mio;

Faro de triste consuelo,
Que brillas, pálido astro,
Cual lágrima de alabastro
En las pupilas del cielo;

Dile que por él suspiro,
Que tu luz mi amor retrata,
Y que tu rostro de plata
Mire cuando yo le miro.

Así unirás de los dos
El cariño puro y santo,
Tú, que te aproximas tanto
Al trono donde está Dios.

Y así, si mi pecho alcanza
Una esperanza, creeré
Que Dios con tu luz da fe
A la luz de mi esperanza.

¿Qué otro consuelo quedar
Puede ya á mi padecer?
¡Es tan hermoso creer!
¡Es tan hermoso esperar!

Dejad que, en mi desventura,
Escriba, esperando en tanto,
Con letras de ardiente llanto
La historia de mi amargura;

Dejadme, sí; que el dolor
Mis lágrimas borrarán;
Dejadme sentir mi afan,
Dejadme llorar mi amor.

LA ÚLTIMA ESTRELLA.

Á ÁNGELA.

Iba la noche á declinar; volaba,
Meciéndose entre sombras, hácia ocaso,
Y con su masa informe,
Montones de tinieblas arrastraba,
Al extender su paso.
Asida al brazo enorme
Del oscuro fantasma de Occidente,
Marchaba á sepultarse en lo profundo;
Y el soñoliento mundo,
Con pasmo mudo y frio,
Del ancha faz de la breñosa frente
Miraba alzarse su fanal sombrío.
Derramando serena,
En vez de rayos, trémulos suspiros,
La triste luna su fulgor borraba,

Y cual blanca azucena,
Que, arrancada del tallo, entre sus giros
El huracan agita,
Entre nubes rodaba
Por el espacio, pálida y marchita;
Y el azul esculpido
Se mostraba de chispas fulgurantes,
Vivísimas y bellas,
Cual si hubiera la luna sacudido
Su corona de plata y de diamantes,
Sembrando el cielo por do quier de estrellas.
Iba la noche á declinar, y ufana
Se aprestaba á seguirla la mañana,
Pintando con suavísimos fulgores
El tachonado velo
De cándidos colores,
Tibio rubor con que bañaba el cielo
Su faz encantadora,
Al sentir dulcemente
Palpitar en los labios del Oriente
El rojo beso de la blanca aurora.

Yo estaba solo en medio del recinto
De un mundo helado, muerto,

Y mi loca y ardiente fantasía,
Comprimida en confuso laberinto,
Reposaba tambien : me parecia
Que el orbe era un desierto,
Y yo la humanidad; sólo vivia
En torno de mi frente
El rumor imponente
De las sombras, que, vagas, arrastrando
Por las tendidas faldas
Sus flotantes guirnaldas,
Me estaban en sus pliegues encerrando;
Y una pesada calma
Ataba en nudo estrecho,
Con cadenas de asombros, á mi alma
En el oscuro fondo de mi pecho.
Vibró al cabo un momento
El denso pensamiento
Que daba al triste corazon martirio,
Buscando con frenético delirio
Luz y vida, y placer y sentimiento.
Creyó mi afan que el cielo era la losa
Extensa y tenebrosa
Que rápida bajaba,
Desplomándose, al fin, desde la altura,

Y con su vasta inmensidad tapaba
De los mundos la horrenda sepultura:
Y me sentí morir, y el mudo espanto
Que encerraba á mi sér rasgó su muro
Por dar salida al oprimido llanto;
Mas no pude llorar: al labio gritos
Pidió mi devaneo;
Y el labio, seco y duro,
Negóse á derramar los infinitos
Insaciables torrentes del deseo.
Ansié despues en vano
Viento que el mar de mi dolor barriera,
Aire que el pecho respirara ufano,
Y sobre todo, luz mirar do quiera,
Brillar espacios y encenderse luego,
Y ver girar en torno de mi cráneo
Un infierno de fuego,
Que al campo hirviente de sus rayos rojos,
Apagara instantáneo
La sed voraz de mis ardientes ojos.
En tan horrible extremo
Rompí del estupor los eslabones
Con un esfuerzo mágico, supremo,
Alzando al cielo los dolientes brazos,

Mordiendo un ¡ay! que vaciló en mi boca,
Retorciendo del alma los pedazos,
Haciéndola gemir en sus prisiones,
Y en fin, volar desesperada, loca,
En busca de otra luz y otras regiones.
Y se lanzó : con ímpetu violento
Las cumbres escaló del firmamento;
Mas al buscar las huellas
Que en él dejó grabadas la aureola
De la fúlgida luz de las estrellas,
Vió una sola no más, ¡ay! una sola,
Que, cual postrer quejido de agonía,
Con lívido desmayo,
Tristísima vertia
Su dulce y tenue y macilento rayo.
Yo bebí su fulgor, y la mirada
En su brillo fugaz dejé posada,
Con infinito anhelo,
Con eterna constancia
Libando ansioso y devorando esclavo
La ilusion de su lánguido consuelo.
Y el tiempo trascurrió; borróse al cabo
El débil resplandor, y en la distancia
La estrella se perdió : ¡tormento extraño!

Despues de contemplar desvanecida
Su blanca luz, con lisonjero engaño,
Soñaban verla aún, clara y serena,
Los ciegos ojos de mi amarga pena.
Mas ¡ay! la mente la miró perdida,
Y yo corrí, desfallecido, inerte,
A dejar en los brazos de la muerte
El último suspiro de mi vida.
De repente ¡oh placer! latió mi seno,
Y sentí con dulzura
Nadar al alma mia
En un mar de color y de armonía:
Era que, puro y de belleza lleno,
Radiante de hermosura,
Rompiendo sombras, se elevaba el dia.

Ángela, escucha : cuando el labio gima
Con ayes de dolor, cuando la angustia
Tu corazon oprima,
Y una lágrima sienta
Tu mejilla rodar, pálida y mustia;
Cuando acercarse mires en tu daño
La figura sangrienta
Del espectro fatal del desengaño;

Cuando tu pecho tuerzas
Entre los hierros del espanto ciego,
Y no puedas llorar tu amarga suerte,
Ni dar al alma sentimiento y fuerzas,
Ni alzar al cielo el suplicante ruego;
Cuando sientas el beso de la muerte
Tu boca acariciar, y en lontananza,
Tu vista dolorida
Contemple ya perdida ·
La postrera ilusion de la esperanza,
No doblegues la flor de tu existencia
Al huracan sañudo
Que agosta el corazon del desdichado,
Pues te guarda quizá la Providencia
Consolador escudo,
Donde hallarás bordado
Con risueños y mágicos colores,
En campo de placer, un sol de amores.

CANTO DEL ÁGUILA.

Como lágrima triste,
Que el mundo llora,
Por el rostro del cielo
Rueda la aurora;
Y yo, entre tanto,
Hago que por los aires
Ruede mi canto.

La tierra de colores
Se viste ufana
A los rubios fulgores
De la mañana.
Mundo, despierta;
Que la estrella del alba
Llama á tu puerta.

Tambien su albor luciente
Llega á mi lecho,
Dando luz á mi frente,
Vida á mi pecho;
Tambien yo, ufana,
Me visto los colores
De la mañana.

Baña el sol de los montes
La altiva cumbre,
Derramando en los valles
Mares de lumbre;
Álzase luego,
Y ciudades y torres
Borda de fuego.

Tambien el sol saliente
Baña el encaje
Que borda los dibujos
De mi plumaje:
Sus rayos rojos
A lanzar por la esfera
Vuelven mis ojos.

147

Cuando el sol por Oriente
Su luz levanta,
Tiende el mundo los mares
Ante su planta;
Pero mi pluma
Bañan del sol los rayos,
Del mar la espuma.

Lanza el sol á las aguas
Sus hebras blondas,
Y el mar para cogerlas
Lanza sus ondas;
Y yo, entre tanto,
Sobre el sol y las aguas
Lanzo mi canto.

Es mi lecho de amores
La parda roca
Que, en la cima del monte,
Al cielo toca:
En sus cimientos,
Rotos contra las peñas,
Crujen los vientos.

Miéntras que allí domino
Los horizontes,
La una garra en las nubes,
La otra en los montes,
Y, en mi deseo,
Sobre montes y nubes
Me señoreo;

Miéntras sobre la lumbre
De los volcanes
Miro rizar mis alas
Los huracanes,
Y hasta en el seno
De mi cóncavo nido
Gemir el trueno;

El hombre en sus palacios,
Pobres, pequeños,
Soñando en su grandeza,
Duerme sus sueños.
Mentira al cabo:
¡Sólo es grande el que es libre,
Y él es esclavo!

Yo cruzo los espacios
Con vuelo altivo,
Yo tan sólo soy libre,
Yo sola vivo.
Sí, no te asombre,
Mundo : yo soy más libre
Que lo es el hombre.

Su libertad el hombre
Siempre pregona,
Y al oro la encadena
De una corona;
Mi rudo anhelo
No sufre más corona
Que el alto cielo.

Y el hombre muere ahogado,
Bajo del peso
De doradas cadenas
De leyes preso.
Si su memoria
A traves de la muerte
Busca la gloria,

Se erige un monumento
Con ciego encono,
Un trono amontonando
Sobre otro trono.
¡Gran desvarío!
¿Llegarás con tus tronos
Al trono mio?

Mis leyes son los aires,
Y los desgarro,
Haciendo entre sus ondas
Rodar mi carro.
Mundo, tus reyes,
Cual la araña sus telas,
Tejen sus leyes.

Cuando el sol á la tarde
Pálido llama,
Y su llanto de luces
Triste derrama;
Cuando las brumas
Abandonan su blando
Lecho de espumas;

Cuando del verde campo
Forma el ramaje
Oscuros pabellones
Con su follaje,
Y en todas partes
Cuelga la negra sombra
Sus estandartes;

Cuando cierran las flores
Su casto broche,
Y bordada de nieblas,
Se alza la noche;
Yo me levanto,
Y entre el mudo silencio
Suena mi canto.

Y miéntras en los aires
Voy á arrojarme,
Y en la faz de la luna
Voy á mirarme,
Rasgan mis huellas
Alfombras de esmeraldas,
Techos de estrellas.

Yo cruzo los espacios
Con vuelo altivo,
Yo tan sólo soy libre,
Yo sola vivo.
Sí, no te asombre,
Mundo : yo soy más libre
Que lo es el hombre.

Despierta de tu estéril
Sueño profundo,
Y á traves de tu gloria
Mírame, mundo.
Mírame : al cabo
¡Sólo es grande el que es libre!
Tú eres esclavo.

EL TRÁNSITO.

De polvo y sangre y de sudor cubierto,
Llegó de los confines del desierto
El rudo cazador;
Y al penetrar hambriento en la morada,
Así dijo, con voz entrecortada,
A su hermano menor:
«En el materno vientre palpitante
Comenzamos la lucha, que constante
Nuestro destino fué;
Mas hoy la paz á proponerte llego:
Parte conmigo tu alimento, y luego
Por tí trabajaré.»

Y contestó Jacob : «¿Piensas, hermano,
Que asida á tu talon salió mi mano
Por pasajero azar?
No; que el Eterno me mandó á la tierra
Para dar al *Ayer* contínua guerra,
Y siempre caminar.
Mi sol sobre tus soles se levanta;
Pasó tu edad, la huella de tu planta
Ha de borrar mi pié :
Cédeme, pues, en inviolable pacto
Tu primogenitura, y en el acto
Mi plato te daré.
—No entiendo tu lenguaje, ni es mi oficio
Leer el porvenir..., mas tu servicio
Mi hambre saciará.
Justo será que mi derecho lleves.
Lo cedo : tuyo es. — Jurarlo debes.
— Lo juro.— Bien está.»

Y el padre ciego, que en el lecho estaba,
Así dijo á Jacob, que se acercaba :
«Dime : ¿quién eres tú?

—¿No me conocen ya tus ojos yertos?
Toca mis brazos, de vellon cubiertos;
Padre, soy Esaú.»
Rebeca, que dispuso la falsía,
La cabeza del hijo sostenia,
Temblando de emocion;
Y engañado Isaac, dejó sin pena
Sobre la frente de Jacob serena
Su santa bendicion.
Así en pastor el cazador mudado,
Abandonando luego su ganado,
Tornóse agricultor;
Y añadieron los hombres más blasones
Al libro que será de sus acciones
Eterno guardador.
Así la mano que sus hojas pasa
Plegó la tienda y levantó la casa,
Matriz de la ciudad;
Despues... entre los tiempos avanzando,
Del mundo por los ámbitos rodando
Siguió la humanidad.

LA PREDICCION.

Por la celeste altura
Pasaba el sol volando, y en la tierra
Una vasta llanura,
Que en el lejano cielo se perdia,
Al rojo fuego de su lumbre ardia.
Arriba un mar azul, mostrando llenas
Con espumas de nubes y de llamas
Sus hondas cavidades,
Y abajo un mar de arenas,
Coronado de inmensas soledades.

Erguida y altanera,
Y en los llanos estériles clavada,
Se alzaba una palmera,
De su sombra no más acompañada,

Como un jiron abierto
Sobre el árido manto del desierto.

Con el semblante de dolor sombrío
Y desmayado paso,
Con un odre vacío
Pendiente de la espalda,
Rasgados en pedazos
Los anchos pliegues de la blanca falda,
Con un niño dormido entre sus brazos,
Cansada y sudorosa,
Al pié del rudo tronco
Una mujer llegó, jóven y hermosa.

Sentóse y suspiró, y en sus rodillas
Posó del hijo la infantil cabeza,
Y por guardarla más de los destellos
Del luminar ardiente,
Las trenzas extendió de sus cabellos,
Con tierno afan, sobre la pura frente;
Y decayó su espíritu abatido,
Y sus ojos lanzaron con tristeza
Una mirada al cielo,
Y un torrente de lágrimas al suelo.

«¡ Ay! (exclamó por fin): ¿qué es lo que espero,
Humanidad, de tí? Mujer y esclava,
Mi poder á tu lado es pasajero,
Porque nace y acaba
En el lecho de amor de mis señores.
Ayer lo perfumaba con mi aliento,
Y hoy gimo, devorando mi tormento,
En un lecho de infamia y de dolores.
Mas oye, humanidad: contigo el mundo
Yo siempre cruzaré, y á mi albedrío
Rompiendo tu poder, te impondré el mio.
Al choque de mis besos
Quebrantaré los cetros de tus reyes:
Seré reina tal vez, seré verdugo,
Y con mi dulce yugo,
Al darte amores, te daré mis leyes.
Y de este niño débil y sereno,
Que descansa en mi seno,
Altivas razas brotarán acaso,
Que, opuestas sin cesar á tu destino,
En contienda incesante,
Ochenta siglos detendrán tu paso.»

No dijo más Agar, y su camino

Continuó jadeante,
Abrazando otra vez con nudo estrecho
Al dormido *Ismael* contra su pecho.

Mas los siglos futuros,
Que perderse á lo léjos los miraron,
La prediccion funesta recogieron,
Y en los senos del tiempo la guardaron,
Y despues sobre el mundo la cumplieron.

LA PRIMAVERA.

La nieve de los montes se consume...
Su verde manto ciñe la pradera,
Nace entre aromas y gentil perfume
La dulce y sonrosada primavera.

Mécela en tanto el céfiro, perdido
De gayas flores en graciosa cuna;
La brisa lleva su fugaz gemido,
Vela su sueño la modesta luna.

Brinda el árbol su sombra y su aliciente
Al manso arroyo, que le presta vida;
Tiernas flores esmaltan la corriente,
Que las besa, las deja y las olvida.

11

Pomposos ramos, esparciendo sombra,
Al campo visten protector follaje,
Galas al césped, y á sus piés alfombra,
De vistoso color rico plumaje;

Y el prado, espejo del celeste velo,
De flores orna su corona bella;
Se tiende inmenso, reflejando el cielo,
Y le ofrece una flor por cada estrella.

Á LA VÍRGEN.

Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
(*Fray Luis de Leon.*)

De este valle sombrío,
Que riega de los míseros el llanto,
Aparto el pecho mio,
Y hácia tu trono santo
Mi débil voz y mi oracion levanto

A tí, cuyos fulgores
Rompen la sombra y la tiniebla oscura
Del seno de dolores
Do la humana criatura
Gime, envuelta en horror y desventura.

A tí, mística rosa,
Que el sentimiento marchitó en el suelo,
Y tornaron preciosa
Las aguas del consuelo,
Que fecundan los ámbitos del cielo.

A tí, que eres, Señora,
Símbolo misterioso y escondido
De cuanto el hombre adora,
Postrado y confundido,
Y de los fuegos de la fe vestido.

Flor de aroma sagrado,
Que al mundo esparce su fragancia amena,
Y al pecho da cuitado
La paz dulce y serena,
Y al alma baña y engrandece y llena.

Manantial de ventura,
Do el hombre bebe con ansioso anhelo;
Paz y vida y dulzura
Del infelice suelo;
Ebúrnea torre, que corona el cielo.

Estrella matutina,
Que nace siempre eterna y siempre nueva;
Antorcha peregrina,
Que á los hijos de Eva
A manso puerto con su lumbre lleva.

Entre velos de oro
El cielo te alza un templo, y te proclama
Su Reina y su tesoro,
Pura y creadora llama
Del santo amor que nuestro amor inflama.

En tu regazo tierno
Al Salvador del mundo omnipotente
Depositó el Eterno,
Y su diestra fulgente
De luz y lauro coronó tu frente.

Y al pié del Crucifijo,
Ornó tu sien de enrojecidas flores
La sangre de tu Hijo;
Y tú, Madre de amores,
Las bañaste en el mar de tus dolores.

Los mundos te cantaron
Madre de amor y paz, Reina elegida;
Los cielos te guardaron
Diadema esclarecida,
Con almas de los ángeles tejida.

Yo separo mis ojos
De esta vida fugaz y transitoria,
Y postrado de hinojos,
Aclamo tu victoria,
Cegado por los rayos de tu gloria.

Con el vago deseo
Del triste corazon que á amar empieza,
Por do quiera te veo,
Radiante de pureza,
Sembrar por los espacios tu belleza.

Te miro en el Oriente
Trayendo al sol, y caminar te siento
Tranquila y dulcemente
Por las ondas del viento
En la bóveda azul del firmamento.

Te miro tras la nube
Rosada, que á lo léjos se desvía,
Y por los aires sube;
Te miro dar al dia
Su ardiente resplandor y su alegría.

Te siento en la serena
Noche, que con la luna te levantas,
Y de fulgores llena,
Rasgando te adelantas
Pabellones de estrellas á tus plantas.

Y, anhelante, te estrecho
De mi mente en los senos recogida;
Te adivino en mi pecho,
En mi alma dolorida,
En mi triste destino y en mi vida.

Así dulce me atiendas
Cuando mi acento en su fervor te aclame,
Y benigna desciendas,
Y tu mano derrame
Consuelo en mi dolor cuando te llame.

Así, luz de belleza,
Me conceda tu gracia protectora,
Para cantar tu alteza,
Un destello, Señora,
Del áureo rayo que tu lumbre dora.

Así propicia y tierna
Nos des amparo y tu piadosa guía,
Y hasta la vida eterna
Sea tu nombre, María,
La santa enseña de la patria mia.

GÉNESIS.

Era la nada : entre sus vagas olas
De la creacion el gérmen fermentaba,
Y el sér de Dios sobre su faz vagaba,
Meciéndose en informes aureolas.
Era una voluntad omnipotente,
Un espíritu puro, que latia
Sobre la misma nada, y que vivia
Creciendo eternamente
Y más allá : una esencia
En los arcanos de su sér perdida,
Y en su propia grandeza confundida,
Que prolongaba siempre su existencia,
Creaciones tras creaciones hacinando,
Y nunca al linde de su sér tocando.

Era un presente misterioso, inerte,
Flotante en el aliento,
Pesado y soñoliento,
De un pasado sin fin, teñido en muerte;
Y envuelto en el presente y el pasado,
Era tambien quizá lo venidero,
En medio de la nada aprisionado,
Y muerto sin nacer; y era el primero
Crepúsculo del cáos mudo y frio.
Era la eternidad, lo inmenso era,
Espacios tras espacios, y el vacío,
Y espacios más allá : Dios por do quiera.

En el primer instante,
El cáos, sombra augusta, vacilante,
Que el Hacedor Supremo proyectaba
Allá en la inmensidad, aparecia,
Rebosando en sí mismo alborotado,
Y ciego y bramador se revolvia,
Oscilando y rugiendo,
Y sus cóncavos senos retorciendo.
Mas Dios apareció : su fuerza santa
Desarrolló de la creacion la alfombra
Delante de su planta,

Hendió los aires, por la opaca sombra
Derramó su mirada omnipotente,
Arrancó la diadema de su frente,
Alzó en los aires la terrible diestra,
Y de la altura en la perdida zona
Dejó grabada su divina muestra,
Al sellar el cenit con su corona;
Y al círculo trazado
En la negra extension, rasgóse el velo
De la cubierta oscura, y tachonado,
Tendió sus ondas el azul del cielo.
Bajó su mano el Hacedor, quebrando
El fondo de los antros, y mostrando
En los senos oscuros
De su eterno poder el signo escrito;
En hondos pliegues separó las sombras,
Y sus brazos gigantes
Cimentaron los muros
Que, allá en el infinito,
Sostienen al pesado firmamento;
En hojas tremolantes
Los mantos del abismo se rasgaron,
Y sus negros jirones humeantes
Del espacio en los límites colgaron;

Y, pesando despues sobre la cumbre
La voluntad de su divina Esencia,
Al gravitar la enorme pesadumbre
Sobre el revuelto cáos,
Quebráronse sus ejes rebatidos;
Tronó la Omnipotencia,
Gimieron los espacios comprimidos,
Sus torrentes los tiempos desataron,
En el fondo sombrío
Los informes abismos se cuajaron,
Suspiró lo profundo,
Y por los vastos poros del vacío,
Condensando las sombras, brotó el mundo.

Y dijo la Potencia soberana:
«Hecha sea la luz.» En el instante,
Con su pura mirada centellante,
Tiñó de roja grana
Y de cárdena aurora las alturas,
Rasgó del firmamento
Las bóvedas oscuras,
Y sus rápidas ráfagas tejieron,
Cruzando por el éter inflamado,
Áureo dosel de soles,

Que, desprendidos al azar, cayeron,
Bordando los espacios de arreboles;
Y la sombra deshecha,
Mostró su negra masa encadenada
Del abismo en los senos, y bañada
De lívido fulgor... La luz fué hecha.

«Haya luz...» y hubo luz. Rodó el acento,
Por el viento sus olas derramando,
Y luz do quiera derramaba el viento;
Y la luz, desplegando
Su blonda cabellera,
Por la extension de la dorada esfera
Tendió sus ígneos y revueltos mares
De rojas ondas, y en su lumbre luego
Encendieron los altos luminares
Sus fantásticas flámulas de fuego.
La luz reinó en el orbe; en su alegría,
Besó la frente pálida del dia,
Y, con su dulce beso,
Al sol dejó sobre la frente impreso;
Lloró despues, y al enjugar el llanto
Con el celeste manto,
Grabó en él las estrellas una á una;

Y abrió, por fin, la concha de la noche,
Desprendiendo del nácar de sus nubes
Una perla blanquísima : la luna.

Las nubes, leve incienso
Quemado en el inmenso
Pebetero del mundo, desgarradas
Por la mano del trueno,
Y en torrentes de mares transformadas,
Cayeron sobre el seno
De la candente mole de granito;
Y, á los ecos del grito
Que allí exhalaron las hirvientes aguas,
Temblaron en redor los horizontes,
Hundiéronse los valles,
Alzáronse los montes,
Rugió, agitando en vano
El líquido Oceáno
Sus ásperas cadenas de huracanes,
Y el fuego interno, ahogado y sorprendido
Bajo esta red de hielo,
Lanzó entre lava su postrer gemido,
Elevando hasta el cielo
La comprimida voz de los volcanes.

Sobre la faz del sólido cimiento
Tendió la flora su pomposo encaje;
Vistió el fauno sus galas;
Con latido violento
Movió la sangre el pecho de la fiera;
El ave, suspendida en el ramaje,
Lanzó á los aires las inquietas alas;
Y, al estrechar la tierra placentera
En su seno materno
A la nueva creacion, en él mecida,
Sintió bajo sus plantas el Eterno
Rodar el mundo y palpitar la vida.

Llegó el último dia:
La materia, arrancada
Por la Esencia creadora
De las espesas garras de la nada,
Oyó sonar la hora
Final de la creacion, y entró humillada
En el sagrado templo
De las obras de Dios, que aparecia
Con los destellos de su luz radiante,
Y por la inmensa inmensidad flotante.

Despues, bordadas las ligeras alas
Con el fulgor del cielo,
Coronada la frente de laureles,
Atravesó el espíritu
Con silencioso vuelo
De la mansion augusta los dinteles,
E imprimió en la materia
Un ósculo dulcísimo. Entre tanto
Los orbes detenian
Su incontrastable curso, y conmovian
La cúpula del templo con su canto;
Oscilando, los aires elevaban
Sus inciensos de nubes á la altura,
Y los astros teñian
Con luz brillante y pura
Las cimbrias del celeste monumento,
Y, cual gigantes lámparas, pendian
De la bóveda azul del firmamento.

Y materia y espíritu, enlazando
Sus castas frentes bajo el ancho velo
Que se pierde en los ámbitos del cielo,
Prometidos esposos,
Que al fin iban á unirse, se estrecharon

En abrazo de amor, y silenciosos,
Sobre la faz del mundo se postraron
Delante del altar. Mas de repente
Tembló la inmensidad; bramó en el cáos
El orbe confundido;
Un silencio imponente,
Llenando mudo la creacion entera,
Brotó de los profundos;
En su eterna carrera
Paráronse los mundos;
Heló la luz su fuego; suspendida
En rudo pasmo, vaciló la vida;
Ahogó su ronco aliento
El eco enorme de la voz del viento.
Y adelantóse Dios: su soberana
Diestra bajó de la azulada cumbre,
Cruzó rasgando la extension lejana,
Levantó de la esfera la techumbre,
Ciñó la casta sien de los esposos,
Unidos ante el ara en tierno abrazo
Con la nupcial diadema,
Y sobre el santo lazo
Dejó caer la bendicion suprema.

Inclinada la tierra aparecia
Ante tanta grandeza
En el momento aquel; naturaleza
Su engalanada frente
Con pliegues mil de oscuridad ceñia,
Y las sombras espesas de Occidente
Borraban en monton de su cabeza
El rojo rayo de la luz del dia;
Los cielos coronaban las azules
Cimas del horizonte con sus tules
Flotantes y talares,
Que al espacio en su círculo encerraban,
Y que, ciñendo la extension, colgaban
Sobre la inquieta espalda de los mares;
El sol, bordando el azulado techo
De pálidos fulgores,
Reclinaba sus sienes en el lecho
Que brindaba la noche á sus amores;
Y el mar, meciendo su cristal brillante,
Recibia anhelante,
Con lánguido desmayo,
El dulce beso de su triste rayo.
¡Imágen hechicera!
¡Vision majestüosa!...

Porque la tierra era
El dedo de la esposa,
El anillo nupcial era el espacio,
El sol era un topacio,
Que de la gloria el brillo
Dejó engarzado en el inmenso anillo.

La verdad, la virtud y la hermosura
En las puertas del cielo presentaron
Al fruto de esta union, de gracias lleno,
A recibir con el bautismo un nombre;
Y Dios al punto le acogió en su seno.
Era la flor más pura
Del jardin de los mundos : era el hombre.

FRAGMENTOS.

EL TELÉGRAFO ELÉCTRICO.

FRAGMENTO.

¿Adónde vas, humanidad, perdida
Por el incierto y mágico camino
Que acerca tu destino
A los últimos lindes de la vida?
¿Adónde vas? Tu osada fantasía,
No cabiendo en el mundo, rompe y crece,
Y á otro espacio se lanza y se desvía.
La tierra se estremece
Al impulso del rudo movimiento,
La bóveda del cielo se levanta,
Se oprime el aire, se amontona el viento,
Y cruje el firme asiento,
Del estridente golpe contrastado.
¿Será que el tiempo que pasó, aterrado,

Del insondable porvenir se espanta,
Y al penetrar en tu futura historia,
Se abate y se derrumba,
Y tiembla de pavor bajo su tumba?
¿Será que el peso de tu inmensa gloria
Sobre el orbe gravita,
Y el eje poderoso
De la gigante máquina del mundo,
Cual masa inerte, suelta
Al aire vagoroso,
Se agita y desparece en veloz vuelta
En los oscuros senos del profundo?

Tú vuelas incesante,
Y en vano anhelo el pensamiento ansía,
Vacilante y sin tino,
Seguir do quier tu procelosa vía,
Penetrar no pudiendo
Dentro la sima tenebrosa y honda
Hácia que vas, en alas del destino.
Detente, y deja que mi frente esconda
Entre el revuelto y denso remolino
Del polvo que tu planta
En su carrera rápida levanta;

Permite que pasmado
Tu afan contemple, y con espanto vea
Si, airada y orgullosa,
Has acaso en tu furia traspasado
La línea misteriosa
Que el dedo eterno de tu Dios ha escrito
En el linde fatal del infinito.

Tú surges en el mundo, cual la aurora,
Borrando impuras sombras,
De los profundos senos se dilata,
Tendiendo las magníficas alfombras
De nácar y de plata
Por los revueltos mares,
Y derramando el fúlgido tesoro
Por las cimbrias del cielo, se desata
En luces de esmeraldas y de oro.
Brotas, bullendo por la faz extensa
De esta mole de piedra, que algun dia
Bajo la enorme pesadumbre inmensa
De otra más grande humanidad gemia;
Helada roca que quizás cruzaba
La noche de los tiempos, y pasaba,
De mil pueblos las tumbas encerrando,

De otro mundo tal vez cadáver frio,
Que vagaba al acaso en el vacío,
Su sudario de nubes arrastrando.

La nada eras ayer, y eres el todo.
Ayer tambien, y al sacudir tu frente,
Las tinieblas del cáos...

. . . .

(Falta lo demas.)

EL ARTE.

COMPOSICION SIN CONCLUIR.

Si en el raudo discurso de la vida
Pudisteis una vez el pensamiento
Lanzar á mi region desconocida,
Adivinar, mortales, mi existencia,
El dulce són de mi armonioso acento
Sentir acaso, y en inquieto anhelo
Soñar mi sér y adivinar mi esencia;
Si reflejado visteis en el cielo
Cuanto, envuelto en las ondas del profundo,
Trazó el Sér de los seres Soberano
Con su potente mano
En el libro fantástico del mundo;
Si osados descubristeis mi belleza
Tras el espeso velo

Con que oculta su faz naturaleza;
Si admirasteis mi célica hermosura
Entre las nubes densas y flotantes
Que oscurecen mi cielo,
Y, cual chispas brillantes
De inmarcesible gloria, santa y pura,
Visteis resplandecer las luces bellas
De sus radiantes, fúlgidas estrellas;
Todos llegad, mi diestra omnipotente,
Mortales, á besar : quiero elevaros
Hácia mi excelso trono, y frente á frente,
Con el sol de mi fama,
A la luz de la gloria contemplaros.
Mi espíritu fecundo ansioso os llama
Porque voleis tras él; mi voz os nombra:
Postrad las frentes ante el ara mia,
Y el polvo de mis plantas removiendo,
Flores buscad, que nacen á mi sombra;
Y rosas y laurel entretejiendo,
Coronad vuestra rica fantasía.

Cuando el mundo sus huellas arrastraba,
Por los confusos límites del tiempo
Vacilante vagando;

Cuando el gérmen del hombre se agitaba
En su rugiente seno,
Y perdido, al azar iba cruzando
De negras sombras el espacio lleno,
Por servirle de guía
El cielo me envió : cortó ligera
Los aires azulados
La augusta planta mia;
Y vieron admirados
Brotar laurel su sien, á los destellos
De mi luz, los humanos, y con ellos
Seguí del cielo la inmortal carrera.
Y á las puertas llegué, y allí presido
La máquina del orbe; y las deidades
Cuyos templos alcé, mi templo adoran.
Revuelvo y amontono las edades
En incierta y bullente fantasía;
Mis matices coloran
La ruda y terrenal naturaleza,
Y al sonante sonido
De la palabra mia,
Por cauces de belleza
Miro correr torrentes de armonía;
Y allí mi trono fúlgido ilumino,

Y allí el sagrado de mis glorias fundo,
Y, á los dulces latidos del divino
Corazon del Eterno, vibra ardiente
El limpio rayo de mi augusta mente,
Instrumento de Dios, alma del mundo.
Del empíreo á la cumbre
Impávido ascendí; su pensamiento
Arranqué al Hacedor, y la memoria
Bañé del hombre en su preclara lumbre;
Y al poderoso aliento
De la divina inspiracion, trazada
Miré do quier por la falange humana
La huella soberana
Que yo soñé, y eternicé su gloria.
Si áun está de vosotros ignorada,
Si, ciegos á los rayos eternales
De mi esencia infinita,
No la visteis cruzar los altos cielos,
Deletread, mortales,
En los flotantes, desplegados velos
Del tiempo que pasó, mi historia escrita.
Ved las nubes purísimas que un dia
El trono de los ángeles formaron,
Cuál los aires cruzaron,

Y proclamando la victoria mia,
Mis fantásticas obras coronaron.
Ved los hombres nacer, las sociedades,
Reuniéndose, formar y las naciones.
Mirad desarrollarse las edades
Sobre el manto del cáos, y las olas
De la naciente humanidad, creciendo,
Del orbe hasta las últimas regiones
La fama de mis lauros extendiendo.
Mirad al tardo paso
Con que el mundo se arrastra por la vida,
Afirmarse mi imperio soberano,
A la luz de la gloria esclarecida,
En régio sólio, inmarcesible asiento:
Así los tiempos sin cesar rodando,
Cada siglo un altar me alzaba ufano,
Cada generacion un monumento.
¿Quién rigió sus destinos? ¿Quién entónces,
De los hombres la prez divinizando,
Lanzó á la eternidad su nombre, escrito
En mármoles y bronces,
Por el vasto confin del infinito?
¿Quién sembró en los espacios,
Con incesante anhelo,

Pirámides gigantes y elevadas,
Y circos y palacios,
Y templos y basílicas sagradas?
¿Quién sus agujas escondió en el cielo?
Sus imágenes bellas ¿trasladadas
Por mi pincel no fueron? ¿Quién al lienzo
La vida supo dar? ¿Quién inspiraba
Los sentidos dolores,
Los dulcísimos tonos del Profeta,
Que, triste y melancólico, cantaba
Cuando Sion caia?
¿Quién esparció en los aires la armonía?
¿Quién coronó de flores
El arpa melodiosa del poeta?
Yo solo fuí, yo solo. Vi los reyes
Del Olimpo saliendo,
Y á los antiguos pueblos dirigiendo:
Sus bustos peregrinos
En mil estatuas levanté inmortales,
Que existieron eternas, presidiendo
De los pueblos futuros los destinos.
Mis manos modelaron
La dura piedra en que sus santas leyes
Los humanos trazaron,

Y en el alcázar de la fe guardadas
Por mis ángeles fueron;
Y con el óleo de mi santa esencia
Consagré de los héroes las espadas;
Y los sabios trajeron
A mi altar las primicias de su ciencia;
Y á los dioses profanos, que algun dia
Inciensos mendigaban y loores
Ante la gloria mia,
Aras labró mi diestra omnipotente,
Sus deleznables templos levantando,
Adornados de flores.

Pero siempre mi sér lució esplendente,
Sobre las altas cúpulas brillando;
Y yo, que fuí, que soy, que seré siempre
Sobre todo lo humano; que en mi mente
Encierro al *Todo*, y en mi sér existo...

. . . .

Llegó la hora suprema,
Y ante una cruz que destilaba sangre
Doblé mi alteza, y prosterné mi frente
Ante el divino resplandor del Cristo...

. . . .

Las pasiones del hombre, que volando
En torbellino bramador y ciego,
Y en espantable confusion tronando,
Agostan con su fuego
Del corazon la tímida ternura,
Y se agitan, rompiendo
El límpido cristal del alma pura,
Sujetas á mi yugo soberano,
Tiemblan bajo mi mano,
Culto á mi imperio triunfador rindiendo.
La gloria, la virtud, el sentimiento,
Las dichas, los dolores,
La agitacion fugaz del pensamiento,
Cuanto de vida el universo llena,
Fantástica cadena
Es de mágicas flores,
Que en mi diestra radica, y con sus lazos
Voy sin cesar uniendo los pedazos
Del agitado espíritu del mundo;
Y á mi libre albedrío,
Por el antro profundo,
Su carrera gobierno en el vacío.
Amor, divino amor, tú solo, un dia,
En alas de la inquieta fantasía

Soñaste á mí llegar : en los cristales
De mi luciente y celestial grandeza
Miraste reflejarse tu belleza,
Y volviste á caer; si los mortales
Tu gigante poder sienten y admiran,
Y en tu brillo hechicero,
Engañados, te miran
Más que yo levantarte, es porque quiero
Que, adornado de regios oropeles,
Te remontes ufano
Con temblorosa mano,
Mis sienes á ceñir con tus laureles...

. . . .

Luce el dia por fin : el tiempo pasa
Con su manto de siglos, impelido
Por el soplo de Dios en raudo vuelo;
La negra y densa y tenebrosa masa
Que en su crespon oscuro
Envuelve al sér humano, sumergido
Del globo en la estrechez, se rompe al cabo,
Y aparece *Platon*, hijo del cielo.
Nace inmortal entre el ambiente puro
De divina ambrosía,
Y del Eden con el fulgor vestido,

Baja á la tierra en el grandioso dia,
A esconder en sus senos la memoria
De las bellezas que admiró en la gloria.
La dilatada zona,
Del rayo contrastada, cruje ardiente:
Cuanto el mundo en sus límites encierra,
En confuso desórden se amontona,
Y acuden las naciones á la frente
De otras naciones á arrojar la guerra;
Los aires oscilantes
Pesan, del polvo de la muerte llenos,
Y el fuego de los muros humeantes
De la soberbia Troya
Con su sangre enardecen los helenos.
Sobre la abierta tumba del pasado
Suena el canto guerrero
Del pueblo vencedor, que alza potente,
Ante el pueblo admirado,
La voz sonora del divino *Homero*.
Vedle: la calva frente
Hácia el suelo inclinada.
¡Tanto pesa su gloria!...

. . . .

(Falta el resto.)

ECOS EN LA NOCHE.

FRAGMENTOS.

Llegué á la cumbre al fin: la piedra dura
Del monte, que sus rocas desmelena
Entre los pliegues de la sombra oscura,
Bajo mis piés hollé; la noche fria
Su frente alzó serena,
Y en ella descansé la frente mia.
Ansió mi pecho el inmortal consuelo
Que en los cielos se encierra,
Y apoyando mis plantas en la tierra,
Conseguí con afan besar el cielo.
Dejó escapar su aroma perfumado
La flor del infinito,
Y vino á confundirse con mi aliento;
Y á este beso sagrado,

Quedó, con el color del firmamento,
El nombre *Dios* sobre mi labio escrito.
Hé aquí por qué ese Dios en mi memoria
Vive, y late en mi vírgen fantasía;
Hé aquí por qué los mármoles y bronces
De la tierra cantaron su poesía,
Y por qué desde entónces,
Queriendo el arte reflejar su gloria,
A los labios del hombre
Les fué preciso articular su nombre.

Huyó el sol al ocaso,
Revolviendo en el mar su roja lumbre;
Lanzó la noche su gigante paso,
Y bordando del aire en la alta cumbre
Con montones de sombras sus colores,
Tendió su manto en la region do duermen
Su sueño los horrores,
Y allá batió sus alas siempre oscuras,
Con negros pliegues envolviendo al mundo,
De pardas nubes erizando al cielo,
Atando con sus lazos las alturas,
Y en fin, rodando derrocada al suelo.

Las voces de los aires resonaron,
Cortando la tiniebla,
Y entre el sudario de la espesa niebla,
Pavorosos gemidos derramaron.
Las montañas gigantes
Lanzaron, elevándose, al espacio
Sus cimas arrogantes,
Como tropa de espectros, que trayendo
De la creacion al mágico palacio
Sus alzados pendones de victoria,
Los fueran en los cielos extendiendo,
Ornando las esferas,
Al entonar el cántico de gloria,
Con el manto talar de sus banderas.

Y sus velos oscuros
Los llanos á lo léjos extendian,
Témpanos negros, que la sombra helaba;
Y en los dudosos apartados muros
Que al vasto firmamento circuian,
Perdido el horizonte se enredaba,
Y el mundo, cual fantasma vaporoso,
Se alzaba tenebroso,
Oscilando en los aires del misterio;

Y allá su inmenso cinturon ceñia,
Al rededor de la llanura extensa,
El cóncavo hemisferio,
Enorme cráneo, donde el mundo piensa.

Era la noche en fin. Yo vacilaba
Sobre la enhiesta roca, contemplando
Con estupor profundo
El grandioso silencio que pesaba,
Helado, sobre el alma, y admirando
La gigantesca soledad del mundo,
Que desierto, imponente,
Desplegaba á mis piés su negra alfombra,
Miéntras sobre mi frente,
Bañada en mares de revuelta sombra,
Ecos tristes y roncos resonaban,
Hiriendo la extension con golpes secos.
Rompió, por fin, del pecho las prisiones
Mi voz vibrante, y preguntó á los ecos:
«¿Por dónde debo dirigir mi planta
A la hermosa mansion que, entre montones
De locos sueños, mi ambicion levanta?
¿Cómo la antorcha de la mente mia
Encender en la luz de la poesía,

Y á su fulgor brillante
Recorrer las rüinas de la historia,
Y escribir anhelante
En los pardos escombros
De los pasados siglos mi memoria?
¿Cuál es la senda que á la historia guia?
¿Cómo atar con cadenas de laureles
Al alma, que en mi seno vaga incierta?
¿Cómo subir al encantado templo
De la inmortalidad, y en sus dinteles
Osado penetrar? ¿Cuál es la puerta?

»— Esta», dijo una voz. . . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Alzábase el altar : naturaleza
Su coronada frente
Con pliegues mil de oscuridad ceñia,
Y las sombras espesas de Occidente
Borraban á la par de su cabeza
El rojo rayo de la luz del dia.
En la celeste cumbre
Del encantado templo, las estrellas,

Antorchas de los ángeles, brillaban,
Y recamados de guirnaldas bellas
De misteriosa lumbre,
Los azulados velos
Con su pesante inmensidad colgaban
De la bóveda augusta de los cielos.
Esperaban los orbes el momento
Con silencio profundo,
Y rasgando la luna el firmamento,
Cual lágrima postrera desprendida
Del llanto del crepúsculo y vertida
Del aire en los cendales,
Con tibia palidez bañaba al mundo,
Do los seres mortales
En blando sueño, á su fulgor, dormian,
Y las flores abrian
Su perfumado broche,
Exhalando su aroma entre los giros
Do mece sus suspiros
Y su aliento suavísimo la noche.

Salve, supremo Dios : tu nombre miro,
Escrito en las alturas, destacarse
A traves del azul, y en el espacio

Contemplo tu palacio
Con guirnalda de mundos dibujarse,
Y la fragancia de tu esencia aspiro,
Que esparce por el viento
La esencia de la luz de las estrellas,
Azucenas purísimas y bellas
Del inmenso jardin del firmamento.

(Hasta aquí escribió el autor.)

EL CAPITAN.

FRAGMENTO DE UNA LEYENDA [1].

II [2].

LA ORGÍA.

CORO DE SOLDADOS.

Brindemos, amigos;
Las copas llenad
De ponche, de vinos,
De rom y champañ.
Cantemos mil himnos
Al Dios del placer:
Bebed y brindad,
Brindad y bebed.

[1] Se halló incompleta entre los borradores del autor.

[2] Claramente indica este número que la leyenda no principiaba aquí; pero no se ha hallado el principio de ella.

UN SOLDADO.

Brindo por el dulce néctar
Que nuestro sér adormece,
Que la razon entorpece,
Que quita pena y dolor.
En el vino está la dicha,
En él están mis pasiones,
En él nuestras ilusiones,
Sólo en el vino mi amor.

OTRO SOLDADO.

Brindo por el ébrio beso
De mi querida dichosa,
Y que su copa espumosa
Apague mi ardiente sed;
Y ella, bebiendo conmigo,
Traslade con risa loca
Desde su boca á mi boca,
Con el licor, el placer.

OTRO SOLDADO.

Yo brindo por el valiente
Que sabe vencer y amar,

Ardiente en el pelear,
Y en enamorar ardiente.
Ora contrario, ora amigo,
Debe, por su buena fama,
Humillarse ante su dama,
Y humillar á su enemigo.

OTRO SOLDADO.

Yo sólo á gozar aspiro:
Siempre en trocar me intereso
Mi corazon por un beso,
Mi vida por un suspiro.
Brindo por los dulces lazos
Que me tienden las mujeres,
Y ansio agotar en sus brazos
La copa de los placeres.

OTRO SOLDADO.

Vos, ¿no brindais, Capitan?

DON FERNANDO.

Compañeros, sí, por Dios:
Brindo por vosotros todos,
Por mi dama y por mi honor,

Y que la guerra cruel,
A que el Rey nos convocó,
Felizmente se termine
Con la sangre del traidor.
Que Dios la viçtoria otorgue
A quien tenga la razon,
Y que yo al triunfo os conduzca,
Digno de vuestro valor,
Pues cristianos y leales
Siempre mis soldados son.

LOS SOLDADOS.

¡Bravo! ¡Viva el Capitan!

DON FERNANDO.

¡Que viva el tercio español,
Con su invencible bandera,
Con su indomable leon!

LOS SOLDADOS.

¡Viva!

DON FERNANDO.

Gracias, muchas gracias.—
Pero la tarde pasó,

Y ya basta de locura,
De bríndis y diversion.

UN SOLDADO.

Que cuente Hernan una historia.

HERNAN.

La contaré.

LOS SOLDADOS.

¡Bien, por Dios!

HERNAN.

Mas silencio prometedme.
Escuchadme, y atencion.

LOS SOLDADOS.

Escuchamos y atendemos.

HERNAN.

Es caso que sucedió
Há tiempo, y yo le intitulo:
Mi Dios, mi dama y mi honor.

Don Gaston de Benavente,
Con su gente,
A la campaña salió [1],
Y dispuesto en són de guerra,
Por la tierra
De los moros se metió.

Es jóven y aventurero,
Caballero
De muy preciado solar;
Son sus únicos trofeos
Y deseos
Tener moros que matar.

Capitan de una partida,
Distinguida
Por su bélico valor,
Es su lema y su bandera
Por do quiera:
Mi Dios, mi dama y mi honor.

[1] Imitacion de la primera estrofa de la balada de Barrántes, *Esposa sin desposar*, que empieza:

Cárlos Quinto, rey de España,
A campaña
En són de guerra salió, etc.

Sus intrépidos donceles
Los corceles
Lanzan veloces al par:
«¡Sus! ¡al arma, caballeros!
¡Sus! ¡ligeros!
Al agareno á buscar.»

Ya las huestes se encontraron,
Y juntaron
A guisa de combatir;
Ya los infieles, vencidos
Y perdidos,
Sólo piensan en huir.

De los cristianos á gloria,
La victoria
Se declara sin dudar;
Cortan sus filos tajantes
Mil turbantes,
Y mil cabezas al par.

Y cual buenos compañeros,
Los guerreros
Van el botin á coger;

Y sin riñas, sin enojos,
Los despojos
Partes iguales á hacer.

Una de ellas, de derecho
(Trato hecho),
Pertenece al Capitan;
Y es una esclava, doncella,
Tierna y bella,
Hija de Alí-ben-Cotan.

¡Ay! ¡que en mal hora se hizo
Tal hechizo
Preso de guerra en accion!
Cautivo de su cautiva,
Miéntras viva,
Será siempre don Gaston;

Pues las gracias de la ufana
Mahometana
Su alma acaban de rendir,
Y con gallardo talante,
Al instante
Así él empieza á decir:

«¡Oh tú, bella prisionera,
La primera
Que tan hermosa miré!
Todo por tí lo dejara
Y olvidara,
Ménos mi cristiana fe.

»Y cuanto tu labio pida,
Dulce vida,
Te lo ofrecerá mi amor...
Manda pues; que es mi bandera
Por do quiera:
Mi Dios, mi dama y mi honor.

»—¡Oh caballero cristiano,
Cuya mano
Tan fuerte y bizarra es!
Si un solo favor, que puedes,
Me concedes,
Mi amor te daré despues.

»Mi buen padre, que me adora,
Preso llora
Por órdenes del Emir,

Que es Abderraman el Breve,
Un aleve,
Que me quiso seducir.

»Y mi padre no queria
La honra mia,
Cual un infame, vender;
Y por su firmeza ó sino,
Al fin vino
La libertad á perder.

»—Cesa, mi bella, en tu apuro.
Yo te juro
O libertarle ó morir.
Yo forzaré las prisiones
Y pasiones
De Abderraman el Emir.»

. . . .
. . . .

De todas armas armado,
Y montado
En un soberbio alazan,

Parte en fin el caballero
Aventurero,
En busca de Abderraman.

Paso en silencio el camino
Que el noble galan llevó,
El cómo llegó á Granada
Buscando al moro feroz,
Y demas que no hace al caso
A mi pobre narracion;
Y os diré sólo las frases
Que el Capitan dirigió
A un jóven y hermoso paje,
Que la mora le envió.

«Pajecillo, pajecillo,
Que eres correo de amor,
Que á los amantes das vida,
Y á los males curacion;
Si tantos secretos sabes
Contra amoroso dolor,
¿Por qué no me indicas luégo
Un remedio á mi pasion?

¡Ay! yo soy el caballero
De la infiel que te envió;
El entre mil desdichado,
El capitan don Gaston,
El que á imaginar no acierta
Por qué ni cómo quedó
Vencido por una mora
Quien tantos moros venció.
¡Ay! vé pronto, pajecillo,
Pues correo eres de amor,
Y di á la bella agarena
Lo que mi labio dictó.
Dila que libré á su padre
De muy horrenda prision,
Y que maté á sus verdugos,
Miéntras salvo se fugó
Para unirse con su hija
Y darla mi corazon;
Que yo así se lo encargué,
Y él así se lo llevó.
Mas no la digas ¡oh paje!
Cómo mi brazo retó
A decisivo combate
A Abderraman el traidor;

No digas que, fementido,
El Emir me aprisionó,
Desentendiendo ¡villano!
Mi justa provocacion;
Que si, cual la mora gracia,
Tuviera el moro valor,
No se viera sentenciado
Un caballero cual yo
A morir en un suplicio
Con infamante baldon.
No la digas que un cristiano
No recibe deshonor
De que la mano de un moro
Corte su cuello á traicion...
Mas dila sólo que siempre
Cumple lo que prometió;
Que valeroso y honrado,
El capitan don Gaston,
Constante hasta en el cadalso,
Cuando á la muerte marchó,
Llevó escrito en su bandera:
Mi Dios, mi dama y mi honor.»

UN SOLDADO.

Pláceme la tal historia,
Y prometo, por mi fe,
Que nunca la dejaré
Ni un punto de mi memoria.

OTRO SOLDADO, *todo ébrio.*

Pues no es ménos verdadero
(Con el permiso de Hernan)
Que fué el don Gaston galan
Un solemne majadero.

DON FERNANDO.

Eso no, ¡voto á mi nombre!
Aquel que en algo se tiene
Debe ser, cuando conviene,
Caballero ántes que hombre.

EL SOLDADO.

Capitan, vos delirais;
Y si mal no me equivoco,
Ya se os va notando un poco
Lo enamorado que andais.

Y el más lerdo adivinara
Que alabais á don Gaston
Porque os ciega la aficion
Que teneis á doña Clara.

DON FERNANDO.

Deten, bellaco, esa lengua,
O trágatela entre el vino,
Que la cabeza y el tino
Te está turbando con mengua;
Que á esa dama respetada
Sólo se nombra ¡villano!
O con la gorra en la mano,
O con la mano en la espada.
Soldado, yo te perdono;
Pero ¡guay si en algun dia,
Al jugar con mi hidalguía,
Ganaras sólo mi encono!
Señores, á recoger;
Y á caballo todo el mundo
Cuando el rostro rubicundo
El alba nos deje ver.

III.

LA DESPEDIDA.

Dijo, y la puerta cerrando
Con sin igual arrogancia,
Salió fuera de la estancia
El capitan don Fernando.

El que, acatando la ley,
Y partiendo á extraña tierra,
Va á conquistar en la guerra
Ciudades para su rey.

Hace temblar solamente
Su mirada prodigiosa,
De amor á la desdeñosa,
Y de pavor al valiente.

Él es el amante blando
Que en los jardines trovaba,
Y que tanto suspiraba,
Dulces endechas cantando.

Él mendigaba algun dia
De amores una corona;
Hoy ha cuantas ambiciona
Su incansable fantasía.

Él, de las bellas querido;
Él, en las zambras buscado;
Él, en las guerras hallado;
Él, de los hombres temido;

Porte gentil, dulce acento,
Mirada firme y severa,
Larga y negra cabellera
Lanza sus rizos al viento;

Mostacho largo y rizado,
Con las puntas hácia arriba;
Faz serena, pero altiva;
Castoreño ladeado,

Figura marcial y ufana,
Mano diestra en la cintura,
La izquierda en la empuñadura
De su fina toledana.

Marcha con paso ligero
Y talante que da asombro,
La capa roja en el hombro,
Blanca pluma en el sombrero,

Y de córte rico traje,
Do va sembrado un tesoro,
Preciosos broches de oro,
Preciosa gala de encaje.

Tal es don Fernando *el Fiero*,
Cual le dicen en campaña;
Honor y gloria de España,
Estampa del caballero;

Y á dar va con gran dolor,
La noche de su partida,
Un adios de despedida
A la prenda de su amor.

Ruborizando á las flores
Y dando envidia á las auras,
De su jardin en la reja

Está pensativa Clara.
Con la mano en la mejilla,
Con el codo en la ventana,
Y los ojos en el cielo,
Y el desconsuelo en el alma;
Triste y abatida, riega
Con sus cristalinas lágrimas
Las bellas y frescas rosas
Que suben á acariciarla;
Y al robarles el perfume,
Y al oscurecer sus gracias,
Las flores, doblando el tallo,
Mustias y marchitas bajan.
Dirige Clara á la luna
Sus vacilantes miradas,
Cual si con ellas quisiera
De su amor enamorarla,
Y la reina de la noche
Detiene su lenta marcha
Porque la niña se mire
En sus espejos de plata;
Y luégo por los espacios
Blandamente se resbala,
Envolviéndose en los pliegues

De mil nubecillas blancas,
Que por do quiera la cercan,
Y el limpio fulgor le empañan,
Porque, sentidas y amantes,
Están celosas de Clara.
Todo en torno está tranquilo;
Densa y profunda es la calma,
Hasta que suenan las doce
En el reló de la casa.
Entónces Clara dirige
Su vista ansiosa, azorada,
A las torcidas revueltas
De una calleja inmediata.
A poco una negra sombra
De la pared se destaca,
Que, misteriosa, semeja,
Más que un hombre, una fantasma.
Se oye, al andar, el sonido
De las espuelas que calza,
Y aunque encubierto se muestre,
Al punto le acreditaran,
De asaz mancebo, su paso;
De recatado, su capa;
De muy noble, su talante;

Y de militar, la espada.
Dirígese presuroso
A las denegridas tapias,
Y al trasponerlas de un salto,
Fija en el jardin la planta.
Con paso firme y seguro
Atraviesa la enramada,
Que la reja consabida
Vela y al par engalana;
Y al ver á su amor, que há tiempo,
Ansiosa, su vuelta aguarda,
Fino y galan, la saluda,
Y de hinojos da á sus plantas;
Y en una mano divina,
Que modelaron las Gracias,
Beso arrobador, ardiente,
Con labios de fuego clava.
Entónces un animado
Coloquio entre ambos se entabla,
En el cual mediaron estas
O semejantes palabras:

«Os voy, señora, á contar [1],
Entre suspiros y flores,
La historia de unos amores:
Veréis ¡qué hermoso es amar!

»Ella pura, él lisonjero;
Ella feliz, él amante;
Ella hermosa y él constante;
Ella noble, él caballero;

»Se vieron, y cual el viento
Mece dos nítidas rosas,
A sus almas amorosas
Movió el comun sentimiento.

»Él dió en rondar sus hogares
Y cantarla su aficion,
Ella en huir la ocasion
Y no escuchar sus cantares.

»Por fin él, osado, dió
Un billete á la doncella,

[1] Todo este razonamiento está tachado en el autógrafo.

Billete de amor, y ella
Suspirando lo leyó.

»Quedaba el galan allí
Su vida ó muerte esperando,
Y ella al fin dijo temblando,
Con voz argentina: «Sí.»

»Loco de amor, «¡Oh! bendita,
Dijo el doncel, sea esta hora.»
Y tuvo razon, señora;
Que aquel *sí* daba una cita.

»Mas cuando á la cita fué,
La dama le despidió,
Y él perdon la demandó
De querer con tanta fe.

»Sólo el perdon...—y su suerte
Será morir satisfecho;
Que lo que guarda en el pecho
No se mata con la muerte.

»Él sabe que ella le adora,

Que se abrasa en su pasion :
¿Por qué, pues, su corazon
Se niega tenaz, señora?

»¿Por qué á la tierra, en estío,
Tiende la noche su manto,
Si ella no bebe su llanto
De saludable rocío?

»¿Por qué al rutilante sol
Cubren las nubes de Mayo,
Si no recogen su rayo
Y se adornan de arrebol?

»¿Por qué, al despuntar la aurora,
Abre su cáliz la flor,
Si no respira su olor
El aura que la enamora?

»¿No es mejor vivir amando,
No es mejor vivir queriendo,
Que vegetar pereciendo,
Y perecer suspirando?»

. . . .[1]
. . . .
. . . .
. . . .

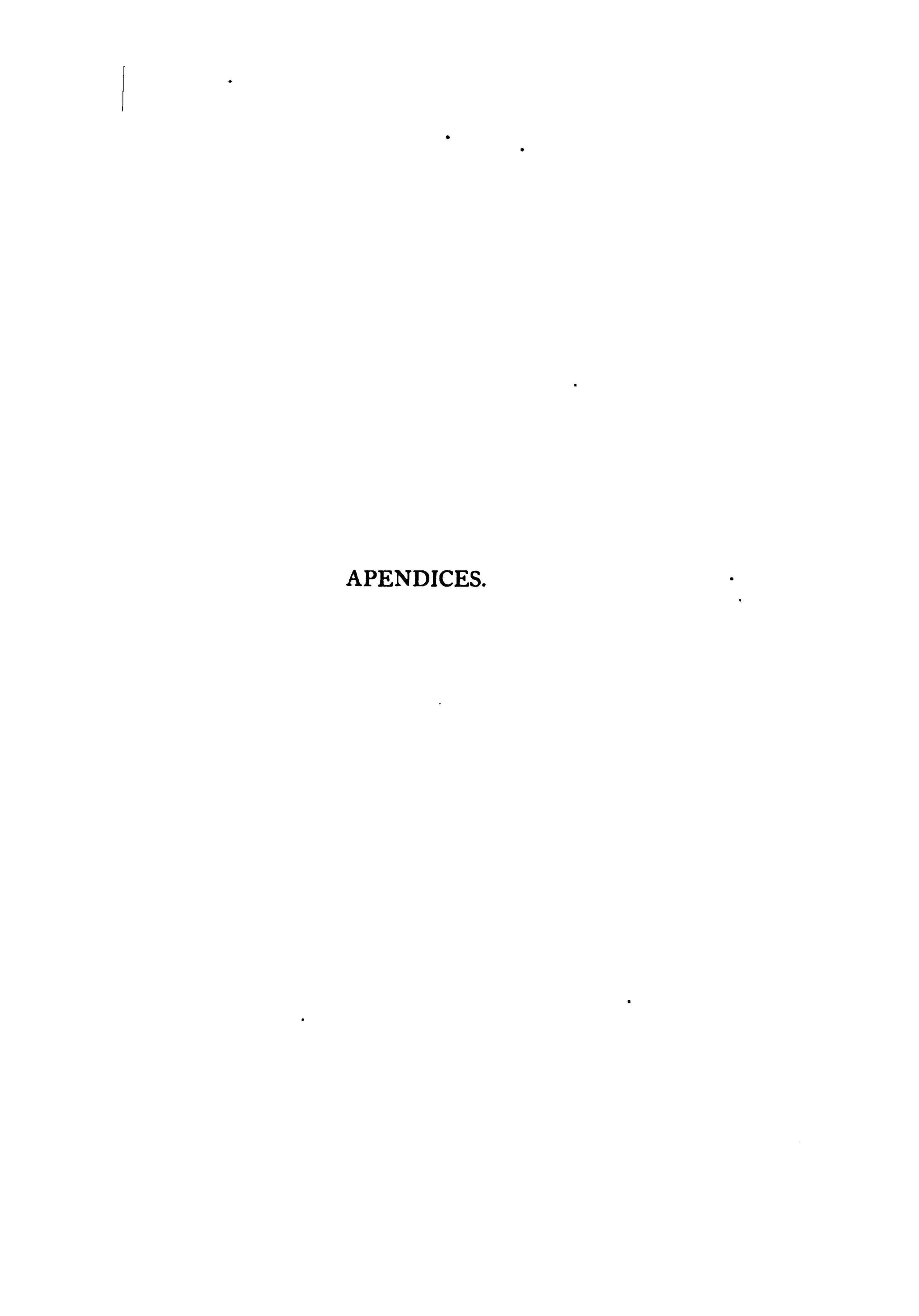
Otras curiosas razones,
Que se ignoran ó se callan,
Mediaron entre el mancebo
Y la dama enamorada.

Yo no sé más que la brisa,
Que maliciosa escuchaba,
Escondida entre las flores,
Esta interesante plática,
Llevó el sonido de un beso
Perdido en la noche vaga.
Que allí los finos amantes
Hora tras hora contaban
En el reló del amor,
Que siempre ligero marcha;
Que escondió su luz la luna

[1] Falta un trozo; en cambio sobra otro, que parece anterior, tachado tambien é inutilizado, por estar casi todo incluido en lo que va impreso.

Entre nubes de esmeraldas,
Acaso por libertarlos
De inoportunas miradas;
Que allí los halló el tardío
Lucero de la mañana,
Y les forzó á separarse,
Con sus fulgores, el alba;
Que tornó á su afan la niña,
Y á cerrarse la ventana,
Y las flores á su sueño,
Y el trovador á las tapias,
Perdiéndose por las calles,
Envuelto en la negra capa.
Lo demas adivinadlo,
Pues mi pluma es muy callada,
Y no revela secretos
Que son secretos del alma.

(Concluye aquí el fragmento.)



APENDICES.

CUATRO PALABRAS

ACERCA DE LAS POESÍAS QUE FORMAN ESTA COLECCION.

A los versos del poeta señaladísimo D. José Martinez Monroy, arrebatado en flor á las letras, precede en este libro la elocuente prosa del insigne publicista D. Emilio Castelar, cuya fácil pluma ha trazado la biografía-elogio del malogrado jóven, felizmente inspirada por la amistad, hábilmente servida por el ingenio.

Sin obedecer á la ley de la rima, no dejan por eso de ser tambien verdadera poesía las sentidas razones, los brillantes rasgos y armoniosas cláusulas por el Sr. Castelar dedicadas á la memoria de su amigo. El saber del filósofo, que por todas partes asoma en ellas, no les quita, sino que les afianza, el carácter poético, si creemos á Lope de Vega, cuando solemnemente afirmó que la poesía era filosofía.

Tras poesía en prosa y en verso, regalado banquete de exquisitos manjares, difícil es ofrecer plato nuevo no desagradable á nuestros lectores, que han saboreado ya largamente los más deleitosos al gusto. Den por concluido el convite con la leyenda de *El Capitan*, y reciban esto que despues añadimos,

á la manera que se toma, para levantarse de la mesa, un poco de agua sin olor, color ni sabor, la cual no se bebe, sino que se restituye al vaso, como destinada no más que al refrigerio de la boca.

Ha dado admirablemente á conocer el Sr. Castelar, en la biografía de MONROY, las prendas intelectuales y morales de su jóven amigo; ha omitido con discrecion los sucesos de su corta y poco notable vida. Quizá los eche ménos alguno : si ésta es falta, procuren suplirla aquellos á quienes más en justicia correspondiere. MARTINEZ MONROY, por su talento como por su virtud, por la amabilidad de su carácter como por el dulce atractivo de la edad floreciente, vivió entre compañeros de sus alegres años, de sus estudios é inclinaciones, cualquiera de los cuales podria manifestar, mejor que nosotros, qué habia sido Monroy en el seno de su familia, qué fué en las aulas, y qué era solo consigo, con su pensamiento y su pluma. Quien apénas le vió una vez, quien sólo vagamente recuerda el metal de su voz insinuante, quien sólo al mirar su retrato se ha podido representar de nuevo su simpática fisonomía, no es quien debe particularizar una vida que no conoció, testigo de oidas, intérprete frio de fervorosos afectos, que, léjos de debilitarse en tres años, ha hecho más tiernos, y áun sagrados casi, el prematuro y tiránico rigor de la muerte. Con noticia exacta de los hechos, y con aquel amor que sabe enriquecer la verdad más sencilla, sacará á luz en su dia la breve historia de Monroy alguno de sus cariñosos amigos; y nuestra tarea, miéntras tanto, será decir un poco del autor, y no mucho de sus escritos : de él se escribirá más adelante cuanto convenga, y ellos dicen de sí más que á nosotros nos fuera dado.

D. JOSÉ MARTINEZ de LEZUZA y GARCÍA de MONROY

nació en Cartagena, á 25 de Enero de 1837, y fueron sus padres D. Juan Martinez de Lezuza y Serrano, propietario y farmacéutico en aquella ciudad, y D.ª María Catalina García de Monroy y Martinez. El despejado natural que mostró desde luégo el niño, hizo que sus padres le aplicaran muy pronto á los estudios de primera enseñanza, en los cuales se distinguió con gran lucimiento: á la edad de nueve años habia obtenido tres medallas de premio de la Sociedad de Amigos del País, y traducia y escribia el frances, segun declaracion de su maestro D. Guido Montbrun, como si hubiera nacido en la capital de Francia. Poco tiempo despues, á 16 de Mayo de 1847, falleció su padre, dejando á la viuda y al hijo, por efecto de circunstancias azarosas, con recursos escasos. D.ª Catalina, cuyo padre vivia aún en Murcia, se volvió con él; Monroy entró de alumno interno en casa del profesor de latinidad D. Santiago Soriano, y cursó los cinco años de filosofía en el Instituto de Murcia, mereciendo en todos los exámenes la censura de sobresaliente, y el grado de bachiller por unanimidad.

Habia contraido segundas nupcias D.ª Catalina con D. José María Piseti, quien ejerciendo con José Monroy oficios de verdadero padre, le trajo á Madrid por Setiembre de 1852, para que ingresara en la Universidad Central, donde, hasta 1859, estudió con las mejores notas Derecho y Administracion, pero á costa de su salud, nunca muy fuerte. Regresó á Murcia enfermo, al lado de su madre y de su padre político; lleváronle á su casa de campo de La Palma, partido rural de Cartagena, y á este puerto por último, buscándole alivio en la benignidad del clima; fué todo en vano: en 22 de Setiembre de 1861, á las once de la noche, á la edad de veinti-

cuatro años, ocho meses y cinco dias, pasó de esta vida José Monroy, dejando en la más desconsolada amargura á su madre amantísima, á su excelente padre político y á todos los individuos de su familia. Descansan sus restos en el cementerio de la parroquia de Cartagena, y su nicho se distingue por un nombre y dos apellidos: debajo de una cruz se lee sólo esto: *José Martinez Monroy*. Nos ha dado estas breves noticias uno de sus mejores amigos. Palabras de otro nos servirán de introduccion á las ligeras observaciones que nos proponemos hacer sobre las obras de nuestro malogrado poeta.

EL GENIO.

«Sabido es (dice el ilustrado jóven á quien aludimos) cuán frecuentemente hablan los viejos de su pasado; pero no se ha notado como se debe (y acaso parecerá la afirmacion paradójica) que mucho más se ocupan los jóvenes en su porvenir. Cosas son ambas naturalísimas, militando en pro de los últimos la mayor fuerza de la edad, y la ventaja que siempre lleva la esperanza al recuerdo. En cuanto se reunen dos viejos, ponen en prensa la memoria para referir lo que sucedió; así que se juntan dos jóvenes, dan rienda á la imaginacion, y en sus veloces alas procuran, sin conseguirlo nunca, ver el porvenir entero, contemplar cada una de sus facetas, y examinar, no sólo los colores, sí que tambien los tornasoles todos. Uno de los secretos, sin duda, que más importa arrancar á Proteo, es el de la predisposicion natural de cada uno, para poder, en su vista, elegir profesion adecuada; y éste es uno de los temas favoritos, de los repasados soliloquios y de las ardientes controversias de la juventud.

»Sobre este tema discurríamos varios, no hace muchos años, concluyendo, tras larga discusion, por asignarnos mútuamente carreras diversas, aceptando al fin cada uno la suya; pero á MONROY, de comun acuerdo y á propuesta del que esto escribe, nombrábamos todos poeta. Teníamos, para aconsejarle que lo fuese, á más del conocimiento cabal de su grandísima fuerza imaginativa, el recuerdo de las muchas y fáciles poesías que en el tiempo de su niñez, que tambien lo fué de la nuestra, habia compuesto; entre las cuales descollaban varios trozos de su leyenda *El Capitan*, y sobre todo, el romance titulado *Toledo*, bien que éste fuese algunos años posterior á aquélla, y escrito cuando ya, consagrado enteramente á graves estudios, no hacia versos. Contra la sentencia unánime, que le condenaba (como decia él) á llevar sobre sí el *apodo* de *poeta*, protestó MONROY, decidiéndose por la Economía, para profesar (á lo ménos científicamente, segun su expresion) una cosa que en la práctica detestaba tanto. Continuó, pues, sin escribir, hasta que habiendo pintado su amigo D. Francisco Reigon un cuadro representando á Diana y sus ninfas en el baño, cuadro que vió Monroy, escribió la oda que se titula *El Genio*. Negóse á publicarla, y acaso nunca lo hiciera, si su condiscípulo y amigo D. Zacarías Casaval no la hubiera insertado en el número 569 del periódico *La Crónica*, correspondiente al dia 11 de Noviembre de 1858.

»Muchos años hacia, quizá desde que Zorrilla leyó sus primeros versos ante la tumba de Larra, que no habia visto Madrid formarse una reputacion de poeta con una sola poesía; y sin embargo, este triunfo alcanzó Monroy. Copiaron la oda los periódicos *La Discusion*, *El Cartagines*, *La Jóven España*, *La Esperanza* y *El Mundo Pintoresco;* la elogiaron ex-

tremadamente *El Estado*, *La Correspondencia Autógrafa*, *Las Novedades*, *La Discusion*, *La Jóven España*, *La España*, *La Época*, y otros muchos; buscaron al autor cuantos amantes de las letras leyeron la obra; en una palabra, obtuvo el triunfo más completo, puesto que le alabaron todos, sin distincion de banderías políticas y literarias; cosa que en nuestros tiempos casi nunca sucede.»

Saben nuestros lectores, por el seguro informe de un amigo de MONROY, cuándo y por cuál ocasion compuso la obra que da principio á la coleccion de las suyas, puesta por sus amigos allí como una de las más propias para dar á conocer al autor: su oda al *Genio* revela el de nuestro poeta. Esto querian sus amigos que fuese: leida la primera composicion de él, no se puede dudar que acertaban ellos al conferirle el cargo: facultades maravillosas de poeta reunia MONROY; y pocos hubieran quedado á mayor altura en el Parnaso español, si el cielo no le hubiera llamado tan pronto á sí. El idealismo constituia su carácter: era su imaginacion riquísima y extraordinariamente nueva; el órgano de su vista, de muy diferente alcance que el de los demas, le presentaba las cosas de otro modo que las perciben los ojos vulgares; y para expresar lo que veia, manaba de sus labios copioso raudal de sonidos, ora enérgicos, ora suaves, armónicos siempre, que recuerdan, sin repetirlos, aquellos dulces y graves ecos, legados á las auras del Pindo por la lira de Herrera y Góngora, de Cienfuegos y Quintana. Espíritu infundia en su voz, y le daba tono, un corazon vivamente sensible, generosamente apasionado, que para crear bellezas le estimulaba á buscarlas en asuntos nobles, capaces de ser cantados con robusta diccion.

Como Francisco de la Torre y Francisco de Rioja, MONROY escribió poco, pero eligiendo bien : la creacion, el cielo, el sol, la libertad, la inocencia, la gloria de la patria, la madre sin hijo, el hijo sin madre; á tan bellos objetos consagró su pluma José MONROY : el amor á Dios y á la humanidad, el amor á cuanto hay bueno y bello, anima todos sus escritos; el amor á una mujer, afecto el más natural en un jóven, apénas aparece en ellos : como si tuviese el presentimiento de su corta carrera (y lo tendria indudablemente, porque las inteligencias privilegiadas lo adivinan todo), se apresuraba á manejar los asuntos más grandes, ántes de haber llegado á la madurez de la edad, necesaria para su mejor desempeño. Son las más de las pocas poesías de MONROY frutos precoces de su ingenio, singularmente hermosos, aunque algo faltos de sazon todavía. La oda *El Genio* es de aquellas en que falta ménos.

Ve MONROY *el Genio* separado del hombre : nació, segun dice MONROY, *en la mañana del mundo;* y no es el de Adan, hechura de las manos de Dios, quien, para asemejarle á su divino sér, le infundió el inmortal espíritu; no es el de Abel, primer justo y primera víctima de la injusticia en el linaje de los pecadores; no el de Caín, que fundó una ciudad; no el de Jubal, inventor de los instrumentos músicos; no el de Tubalcaín, que labró el cobre y el hierro; no el de Enós, regulador primero de la adoracion al Altísimo. Del Eden vuela por los espacios, recorre el universo, conoce á su Hacedor, recibe su revelacion y profetiza; y ántes de volver á la tierra, produce, hija del asombro y la gratitud, la poesía.

El conocimiento del hombre y sus necesidades inspiran al Genio la ley de la justicia, la luz de las ciencias, el terrible, pero preciso, arte de la guerra : á la fuerza opone la razon, á

la barbarie la filosofía, al delirio del politeismo la verdad de la religion : asentada la cual y segura en la tierra, sube el Genio, como el Redentor, acabada su obra, á las celestiales alturas, cerca del Omnipotente. Ni un solo nombre de criatura humana se lee en esta composicion : reuniendo el autor las centellas de divina luz repartidas por el Señor entre los hombres de genio, forma de todas una masa, con la cual crea una entidad moral, exenta de las imperfecciones de la carne, y semejante á los espíritus angélicos de superior jerarquía. Al pensamiento generador de la obra, corresponde una ejecucion casi perfecta : los versos, bien construidos siempre, y á veces de admirable estructura, envuelven conceptos en general atinados, nuevos y hermosos. Nótese la limpieza y armonía de éstos :

Polvo de estrellas anubló mi frente,
Y los rayos del sol me deslumbraron.
. . . .
. . . . . Adonde quiera
Que mi afanosa vista descubria
Otra luciente esfera,
Allí volaba yo : crucé la altura;
Brillando el cielo frente á mí veia,
El abismo á mis piés negro y profundo,
Y allá á lo léjos, oscilando, el mundo.
. . . .
Con el rico tesoro
De mis hebras de oro
Su dulce lira fabricó el Parnaso;
El eco de mi voz fué la armonía,
Y guirnaldas de nubes, á mi paso,
El coro de los ángeles tejia.

Las conquistas, las irrupciones, las revoluciones todas en el órden físico y en el moral, aparecen bellamente pintadas en las páginas 5 y 6.

Vi cien héroes salir, en sus bridones
Cruzar el mundo, recorrer la tierra...
. . . .
Hubo un tiempo despues, que una mirada
Al dirigir fugaz de polo á polo,
Tan sólo vi la nada...
¡Humo y tumbas tan sólo!...
. . . .
Mas vi tambien á algunos...
. . . .
Derramar sobre el mundo la belleza,
Y elevar victoriosos
Sobre los otros hombres su cabeza;
Y yo, que los vi ansiosos
De la gloria esplendente
Que el talento inmortal siempre ambiciona,
Para ceñir su frente
Les arrojé un laurel de mi corona.

Los veinte versos últimos de la oda la concluyen magnífica:

Hoy ya, por los espacios elevado,
Donde tiendo mi vuelo,
Del sempiterno Dios ante la alteza,
Por los genios del orbe rodeado,
En las gasas del cielo
Envolviendo mi fúlgida cabeza;
Miéntras los mundos á mis piés rodando,
Empujados del tiempo, en sombra vana
Cual ténues ilusiones van pasando,
Esperaré á los mundos del mañana;
Y en imperioso tono
Sus leyes dictaré, desde el palacio
En que, oculto en los pliegues del espacio,
La diestra del Eterno alza mi trono.
Y si atrevido el hombre
Quiere seguir mis huellas
Y elevar hasta allá su pensamiento,
Encontrará mi esclarecido nombre,
Bordado con estrellas
En el límpido azul del firmamento.

Hay, empero, algo que notar, poco acertado, en uno ó en otro pasaje. Leemos en la primera página :

Volé por el Eden ; y conduciendo
Las cintas de mi carro *la fortuna*,
Lancéme audaz, rompiendo
Las tinieblas del cáos insondable,
Y el Éter impalpable
En que flotando se meció mi cuna.

Sobre los benditos campos del Paraíso no voló más genio humano que el de nuestros primeros padres; y los sentimientos y manifestaciones sublimes de Adan y Eva en el puro y celestial estado de la inocencia, nada pudieron tener de casual, nada debieron á *la fortuna*. ¿Qué significa la palabra *fortuna* ántes del primer pecado? Si era la providencia, la inspiracion ó bendicion del Señor, con voces más adecuadas hubiera convenido expresarlo.

(*Pág.* 4.)

. . . . . Vi las ciudades
Bordar de vida la desierta esfera,
Y al soplo creador de las edades
Elevarse fantásticas do quiera,
Sus alas de color desenvolviendo,
Y hácia mí sus palacios
Y sus *doradas cúpulas tendiendo.*

Ha usado MONROY con frecuencia el verbo éste de *bordar*, y varias veces, como aquí, no muy ventajosamente. Quien ve ciudades con *palacios* y *cúpulas*, mal se las puede representar con *alas*. Las *cúpulas*, ademas, no se *tienden;* se *dirigen*, se *elevan*.

Mañana y *ayer*, usados con artículo, nada ganan en ello.

Aconsejamos á los jóvenes que principian á versificar, huyan

de asonantar consonantes inmediatos, como se ve en estos cuatro seguidos (pág. 7):

. . . .
Con fanatismo *ciego*;
Y á la voz del *Eterno*
Las vi yacer precipitadas *luégo*
En miserable y *torcedor infierno*.

Torcedor puede admitirse aquí, porque indudablemente se emplea en el sentido de *atormentador*.

Bellezas y descuidos como los que advertimos en esta obra de Monroy, constituyen el carácter general de las suyas: gran novedad, valiente versificacion, contradicciones y desaliño á veces. La que lleva por título *El Arte*, que no está concluida, es hermana digna de *El Genio*: hay grande analogía entre ambas, y versos bellísimos.

TOLEDO.

(*Pág.* 9.)

El amigo de MONROY, ántes mencionado, nos da acerca de esta composicion la nota siguiente:

«Desde el año 1852 no habia escrito MONROY ni un solo verso, y parecia decidido á no volverlos á escribir, cuando en 1854 nos sorprendió un dia agradabilísimamente, leyéndonos su poesía titulada *Mi Dios, mi dama y mi honor*, imitacion de la balada de Barrántes, *Esposa sin desposar*, no por su mérito, que en verdad es escaso, sino porque volvia á rendir culto á las Musas. Pocos dias despues nos leyó el magnífico romance que tituló *Toledo*, y los fragmentos que quedan de la leyenda *El Capitan*: producto, todas tres composiciones, de los estudios históricos á que entónces se entregaba, y de recientes

visitas á la córte de los godos y al monasterio de San Quintin.

»Pedíanle con frecuencia versos los periódicos de su país, y hubo de decidirse á enviar una de sus nuevas composiciones, eligiendo al efecto la peor, con ese tino especial que á veces tienen los autores para juzgarse, y que hacia que Cervántes antepusiera el *Persíles* al *Quijote*. Publicóse, pues, la balada en el número 141 de *El Faro Cartagines*, correspondiente al 10 de Diciembre de 1854, no habiéndolo sido la leyenda ni entónces ni despues, porque nunca se concluyó. El romance vió la luz pública en el número 582 de *La Crónica*, que apareció el dia 26 de Noviembre de 1858, saliendo dedicado al popular poeta D. Antonio de Trueba, copiándolo *La Esperanza*, *El Mundo Pintoresco* y *El Cartagines*, y elogiándolo todos los demas periódicos.»

Y á ejemplo suyo, no podemos nosotros dejar sin recomendacion amigable el fantástico desfile que pinta el autor en estos ocho versos:

¡Toledo! Cuando delante
Del tribunal de los tiempos,
En marcha lenta y solemne
Vaya pasando *el ejército*
De las ciudades hispanas,
Tú llevarás, de derecho,
El pendon, gloriosa enseña
Del valor de nuestro pueblo.

LAS DOS PUREZAS.

(*Pág.* 15.)

Se publicó en el número 14 de *La Revista Murciana*, correspondiente al 10 de Setiembre de 1860. MONROY era colaborador de aquel periódico.

Á DOLORES.

(*Pág.* 17.)

Excelente romance, lleno de melancolía, con más dolor que amor, con más amor á Cartagena (tal nos parece por lo ménos) que á la misma Dolores. El autor la llama

Vaga imágen de mis sueños,
Inspiracion de mi númen.....
. . . .
Tú eres el sol de mi cielo.....

Pero estudie el lector el romance bien, y no le parecerá tal vez nuestra presuncion infundada; fíjese en el verso noveno:

Porque mi patria está léjos,

y luégo (pág. 20) en el trozo:

Si no he de subir al cielo
En brazos de tus virtudes,
Que nunca torne á mi patria,
Ni sus campiñas salude,
Ni mire flotar la espuma
De los mares andaluces, etc.

Parece que el autor considera á su patria como capaz de indemnizarle, volviendo á ella, de la pérdida de su amor. Pero en la patria de Monroy vivia su madre; y él siempre la amó, cual merecia, ternísimamente. El amor de una buena madre consuela de todo.

A la misma Dolores compuso Monroy un soneto, que se conserva. Habíale titulado *Obediencia*, y tiene gracia el título. Se trata de un billete, mandado aniquilar en el fuego, y el soneto concluye así:

Te obedezco, *Dolores*: ya le quemo...
En el fuego amoroso de mis labios.

Á DON EMILIO CASTELAR,

EN LA MUERTE DE SU MADRE.

(*Pág.* 23.)

Bella obra de sentimiento y de fantasía, de amor y de fe: tétrica y tenebrosa al principio, despues se vuelve tierna, y acaba consoladora y dulce. En la noche de llanto en que la casa herida por el rayo del infortunio abriga por última vez el cuerpo, ya sin espíritu, de una tierna madre,

..... las nubes su melena llevan
Flotando en el espacio, y en montones
Se juntan y se elevan:
Parece que, colgando sus jirones
En la tumba que al mundo encierra inerte,
Por la extension callada
Tremolan *en los aires de la nada*
Los negros estandartes de la muerte.

¡Qué propiedad de construccion métrica la de estos dos versos:

Llevada en brazos de los ecos gime
La *débil voz del* desmayado viento!

¡Con cuánta oportunidad, ó con qué tino tan feliz, aplicó el poeta la *b* y la *d*, consonantes las más débiles de nuestra lengua, para expresar por onomatopeya el quejido ahogado y triste de la naturaleza, que simpatiza con el dolor del hombre! Con igual habilidad está colocado el recuerdo hecho al hijo de los risueños dias de su niñez:

¿No te acuerdas, Emilio, de los dias
De la ventura y la niñez pasados.....
. . . .
¡Emilio! ¡qué placer! ¿te acuerdas de ellos?

Los veinte y un versos desde

Cuando en la sorda, solitaria noche,

hasta el fin del poemita, son hermosos tambien, muy sentidos y muy bien hechos. El artificio de la composicion (porque tambien el sentimiento admite cierto género noble de arte) es como coresponde al caso, grave y sencillo: el amigo exacerba el dolor de su amigo, para vencerle en toda su fuerza: á proporcion del dolor son las razones para el consuelo, la precision de someterse á ley comun, y las esperanzas en la eternidad. Apareció esta oda en *La Discusion*, 27 de Febrero de 1859. *El Cartagines*, periódico de que fué colaborador MONROY, la reprodujo en 6 de Marzo, y *El Mundo Pintoresco* en 8 del propio mes y año.

EL CIELO.

(*Pág.* 33.)

Apareció en el *Diario* de Cartagena, 11 de Enero de 1860, y en *La Revista Murciana*, 15 de Setiembre del mismo año.

¡Á SIRIA!

CANTO DEL GRIEGO.

(*Pág.* 37.)

Himno patriótico, bien escrito, en el cual se distinguen várias estrofas, principalmente la que empieza al fin de la página 38, la última de la 39 y ésta:

Sangriento el Líbano, arde
Al fuego del torpe crímen,

Las ásperas selvas gimen
Al eco de la impiedad:
Para lavar esa sangre,
Para apagar ese infierno,
Es necesario un eterno
Diluvio de libertad.

Salió á luz en la *Crónica de ambos mundos*, 7 de Octubre de 1860.

LOS DOS ROMEROS.

(*Pág.* 43.)

«Esta obra está traducida, como se expresa, de una bellísima composicion catalana, de autor desconocido, que se vende en un pliego, como los romances, en Monserrat, cuya Vírgen es la que se invoca en el original. La Vírgen de la Fuensanta, que se pone en la traduccion, es la patrona de Murcia, cuyo santuario se encuentra á legua y media de dicha poblacion, como á la mitad de la Sierra de Fuensanta, que domina la vega regada por el Segura. Los cuatro últimos versos no se hallan en el original.»

(*Nota de un amigo del autor.*)

CRUZANDO EL MEDITERRÁNEO.

(*Pág.* 47.)

En este romance endecasílabo, cuyos versos recuerdan la vibracion de los de Quintana en el *Pelayo*, se lee al principio:

Teñida en rayos de ilusion, desea
Flotar ligera en el extension, el alma.

Se nos ha dicho que así está escrito en el original del autor;

nosotros entendemos que debió querer escribir *teñida*. Al fin de la pág. 49 leemos que se dice de Italia:

Mentira hermosa, *del Eden caida.*

Manzana caida del Eden fuera más comprensible para nosotros, porque en el Eden no hubo más *mentira* que la de la serpiente.

DE LA NOCHE AL DIA.

Con un título muy semejante, se han encontrado estas quintillas de nuestro poeta:

DE AYER Á HOY.

Allá en mis tiempos pasados
¡Tiempos de color de rosa!
Soñé unos versos, trazados
Con caractéres dorados
En el álbum de una hermosa.
Versos tristes y amorosos,
Que forjó mi fantasía,
Que con ojos venturosos
La hermosa, quizas, leia...
¡Dichosos versos, dichosos!
Eran ¡ay! como el latido
De un corazon inocente,
Cándido, puro, embebido
En escuchar á otro herido
Corazon, que ama y que siente.
Mas los sueños, sueños son...
Y ya desaparecieron,
Cual fantástica invencion
De loca imaginacion:
Son ilusiones... que fueron.
Sólo en hora misteriosa,
La hora de los amores,
Recuerda el alma dichosa

La imágen de alguna hermosa
Entre guirnaldas de flores.
Quizas cabellos undosos
En torno á una faz galana,
De rasgos puros, graciosos,
Con ojos siempre amorosos,
Con labios siempre de grana.
Y ansiamos con embeleso
Para aquel cabello, flores,
Ricos perfumes y olores;
Para los ojos, amores;
Para los labios, un beso.
Pero ya pasó la vida,
Secando los corazones;
Y apagando, á su partida,
La bella antorcha encendida,
Que animó los corazones,
Sin dejar al desdichado
Otro recuerdo dorado
De su edad más venturosa,
Que un triste verso, trazado
En el álbum de una hermosa.

ITALIA.

(*Pág.* 55.)

Poesía publicada en *La Discusion* del 1.° de Mayo de 1859, y copiada por *El Cartagines* del 19 de Mayo del mismo año.

NUBES.

(*Pág.* 63.)

Publicada en *El Cartagines* del 9 de Noviembre de 1859.

INSPIRACION.

(*Pág.* 65.)

Publicada en *El Cartagines* del 10 de Diciembre de 1858. Dedicada á D. Antonio Buendia, médico de Cartagena.

CANTO DEL PROSCRIPTO.

(*Pág.* 69.)

Publicado en *La Discusion* del 27 de Mayo de 1859, y copiado por *El Cartagines* de 5 de Junio de 1859.

El *Canto del Proscripto* es, en nuestro concepto, una de las mejores obras de nuestro poeta : no la señalaremos entre las más elevadas, pero sí entre las más verdaderas. Mucho debió amar á su patria MONROY, cuando tan vivamente acertó á expresar las amarguras de una expatriacion injusta. Léanse con particular atencion las diez redondillas en que apostrofa el proscripto á sus opresores, diciéndoles :

¡Ah! si dispone la suerte
Que vuestro delirio ciego
Apague mi voz de fuego
Con el hielo de la muerte,
Sonará en la inmensidad
Ese acento que os espanta,
Al cortar en mi garganta
El grito de libertad.
Y la constante memoria
De mi sangre derramada,
En vapores condensada
Al resplandor de la gloria,
Caerá, cual justo anatema,
En terrible lluvia hirviente,
Sobre esa pálida frente,
Que escondeis con la diadema.

Y en la tempestad que brama,
Oiréis mi tremendo grito,
Que, en un tormento infinito,
A vuestra conciencia llama.
Y en el sol que desparece
Del ocaso por la zona,
Veréis la hermosa corona
Que el cielo en mi losa ofrece.
Y en el nubarron que zumba
Allá en la extension vacía,
El sauce que Dios envia
Para cobijar mi tumba.
Seguid, asidos al trono,
Devorando vuestra vida,
Pálida luz extinguida
Al fulgor de nuestro encono;
Yo, léjos de los hogares
Que ayer mecieron mi cuna,
Juguete de la fortuna,
Cruzaré el mundo al azar;
Y para sentir su encanto,
Para respirar su aliento,
Volará mi pensamiento
Sobre las ondas del mar.

El neologismo *al azar*, en el sentido de *al acaso* ó *á la ventura*, no es recomendable.

VOY Á PARTIR.

Á EMILIA.

En esta composicion, tambien en redondillas, puede verse cómo entendia, cómo definia MONROY al amor: es notable por la blandura y pureza de los afectos.

El amor es un dolor
Que al alma de luz corona:
Por eso el alma ambiciona
Sufrir dolores de amor.
¿Qué pasa en el sentimiento,
Cuando este dolor le inflama?

¿Poi qué goza, cuando ama,
De tan sublime tormento?
  Es que ardiendo en emociones,
El pecho se abrasa y gime,
Porque el latido le oprime
Que lanzan dos corazones.
  Es que manan sus latidos
Arroyos de sangre rojos,
Que suben luégo á los ojos,
En lágrimas convertidos.
  Es que se entrega doliente
La razon al devaneo,
Pues las sombras del deseo
Borran la luz de la mente.
  Es que va la fantasía
Subiendo por una escala,
Toda flores, toda gala,
Toda ilusion y poesía.
  Es que en delirante anhelo
Tierno el corazon se mece;
Es que el alma se engrandece
Hasta tocar con el cielo.
  Es que piensa hallar allí
La extrema felicidad.
¡Ay, Emilia! ¿no es verdad
Que el amor se siente así?
  Voy á partir: su rigor
Mi pecho á tu pecho fia.
Escúchame, amiga mia:
Yo te encomiendo mi amor;
  Mi amor, que Dios ha bendito;
Mi amor, que es constante y ciego:
Grande, inmenso te lo entrego;
Devuélmelo infinito;
  Pues tú, que sabes amar,
Debes sin duda saber
En dónde lo has de poner,
Que yo lo pueda encontrar.

En el uso del participio *bendito* por *bendecido* vemos una gallardía de muy buen gusto, completamente lícita en la poesía lírica.

En el álbum de esta Emilia se halla la siguiente composicion de nuestro poeta.

AMOR QUE MATA.

Hermosa niña, de rasgados ojos,
De nacarada tez y labios rojos,
Con gracias que el amor formó tan bellas,
Escucha mis canciones,
Y á sus tranquilos sones,
Si ansias dormir,... te adormiré con ellas.
Era un capullo, que al vergel florido
Daba gracia y frescura,
Sus hojas desatando;
Que llenaba de aroma y de hermosura
Al céfiro perdido,
A las flores de Abril ruborizando.
Y era una niña, por demas galana,
Que al vergel, juguetona, descendia
Durante la mañana:
Sus labios virginales y pulidos,
Con tibio beso en el boton ponia,
Prestando aromas y bebiendo mieles...
Y en tanto, allá escondidos,
Temblaban, envidiosos, los claveles;
Y temblaban con ellos muchas flores,
Porque, posado en ellas un jilguero,
Cantaba del capullo los amores,
Con canto lastimero.
Amores, todo esencia,
Que inspirara en su infancia vírgen pura,
Sin gustos ni mudanza,
Amores del pudor con la inocencia,
Amores del placer con la esperanza,
Amores de una flor con la hermosura.
Mas llegaron las brisas del verano,
Y el boton entreabriendo
Su recatado y oloroso seno,
Ambar precioso por do quier vertiendo,
Tuvo, en su orgullo vano,
El aire, siempre, de perfumes lleno.

Y en rosa se tornó pomposa y bella,
Y la tierna doncella
Que todas las mañanas la veia,
Creció tambien como su amor crecia;
Y siempre se besaban,
Porque siempre, constantes, se adoraban.
Pero el beso de amor, aquel tan puro,
Que prenda un tiempo de sus dichas era,
Y de su amor seguro,
En vez de hacer durable su ardimiento,
De la rosa lozana y hechicera
Quemó las hojas y secó el aliento.
Y la jóven preciosa,
La que un tiempo sembraba sus amores,
Su gracia candorosa,
Por el vergel y la pradera amena...
Miró tambien borrarse los colores
De sus mejillas, pálidas de pena.
¡Maldito su deseo!
Que la flor y la niña, ántes tan puras,
Queriendo más de lo que más gozaron,
En triste devaneo
Lloraron sus fatales amarguras,
Y llorando las dos, se marchitaron.
Y el pintado jilguero que, trinando,
Testigo fué de su placer perdido,
Siguió siempre cantando;
Y sintiendo su suerte,
Con triste són y gemidor quejido,
Cual cantó su pasion, cantó su muerte.
Llora, pues, tus enojos,
Hermosa niña de rasgados ojos,
Con gracias que el amor formó tan bellas,
Y escucha mis canciones;
Que á sus tranquilos sones,
Si ansias dormir, te adormiré con ellas.

EL ECLIPSE DE SOL.

Obra digna del asunto, y es quizá cuanto pueda decirse; porque, dejando á un lado los terremotos, las inundaciones y

los huracanes, en fin, las escenas grandes de devastacion, producidas por la naturaleza irritada, el eclipse total de sol ofrece un espectáculo de majestad muda y severa, quizá el más imponente para cuanto vive. Sin nubes, que desde acá abajo encubran el inmenso disco del gran luminar, él se oscurece arriba, como si se fuera á extinguir su luz, conservadora de nuestra existencia. No nos suena bien aquello de

El negro espejo del inmenso *abismo*,
Que miras á tus piés *amontonarse*.

Amontonarse no parece propio de *abismo*.

En el verso (pág. 84),

Los azules *perístilos* del cielo,

hay la licencia de usar como esdrújula una voz que no lo es; pero sólo hallamos que admirar en el trozo siguiente:

¡Qué momentos, oh sol! ¿Por qué apartada
Con empeño terrible
Conservas de los mundos la mirada?
¿Será que ver no puedes impasible
Al crímen y al encono
Sentados ¡ay! sobre brillante trono,
Ni agitados los mares,
Ni rotas las entrañas de la tierra
Al rudo golpe de implacable guerra,
Ni los santos altares
Del bien y del derecho destruidos,
Ni esas flores que, en campo de dolores,
Recogieron los pueblos oprimidos
Con sus invictas manos,
Marchitas en frescura y en colores
Al aliento mortal de los tiranos?
¡Ah, si tu faz pudiera
Contemplar otro mundo y otros hombres,
Al lucir otra vez sobre la esfera!
¡Si destacarse viera,
Sobre un manto, de siglos empolvado,

Pirámides sin fin de tumbas frias,
Selladas con los nombres
Del poder y grandeza de otros dias,
Inmensos restos del error pasado,
Despojos del destino,
Que el ronco canto de victoria alzaran,
Y eternos señalaran
A los futuros pueblos el camino!
¡Ah! yo tambien de mi cancion el vuelo
Alzaria con éxtasis profundo,
Si al dorar otra vez tu luz el cielo,
Dorara un sol de libertad al mundo.

Parece, al ver este noble deseo de libertad, que habia nacido el autor y vivia en otros tiempos, ya por dicha distantes. Pero habla como hombre ansioso del bien de la humanidad entera, como D. Dionisio Solís, por los años de 1822, escribia en un soneto célebre:

¡Oh sol! entra en la espléndida carrera
Que el dedo te señala omnipotente
Al asomar por las etéreas cumbres;
Y tu increado Autor piadoso quiera
Que desde Oriente á Ocaso eternamente
Pueblos felices en tu curso alumbres.

Esta composicion al *Eclipse* fué publicada en *La Discusion*, á 24 de Julio de 1860, y la copiaron *Las Novedades* del 27 inmediato.

LA INOCENCIA.

(*Pág.* 94.)

Diálogo lleno de frescura y de gracia, como las *Doloras* del Sr. D. Ramon Campoamor.

EN EL DIA DE TU SANTO.

(*Pág.* 99.)

Un romance de dias: y es excelente. ¡Cuántas coplas no se han hecho, y se hacen y harán, de felicitaciones, que á los cuatro dias no pueden leerse! No es ésta así: aquellas suelen ser obras de compromiso, de cortesía, de galantería, de vanidad acaso: ésta, dictada por el sentimiento, es una buena obra de un buen poeta.

Se nos han remitido últimamente unas redondillas de MONROY, con el título de *Mi cumpleaños*. Copiaremos aquí algunas de ellas.

MI CUMPLEAÑOS.

Á ELVIRA.

¡Uno más...! Sigue la suerte
Entre los años perdida,
Sacándonos de la vida
Por las puertas de la muerte.
¿Con que, muere la virtud,
Y se acaba la existencia!
¿Con que, espira la inocencia,
Y espira la juventud!
¡Un año más...! Al mirar
Helarse mi pecho ardiente,
Lo siento sobre mi frente
Rápido y vago pasar.
¿A dónde fué la fragancia
De la flor de la niñez?
¿A dónde la sencillez
De los juegos de la infancia?
¿Te acuerdas, Elvira? El sol
Brillaba siempre en la esfera,
Sin que una nube viniera
A deslustrar su arrebol;
Pasaban en un momento
Felices hora tras hora,

Toda era rayos la aurora,
Y todo aromas el viento.
  Edad de amor y de fé,
Edad de dicha y de calma,
Ven, y despierta en mi alma
Recuerdos que tanto amé;
  Ven y deposita en mí
Tus sueños de rosa y oro...
¿No ves, edad, que, si lloro,
Estoy llorando por tí?
  Mas ¡ay Elvira! dispensa
Que el alma venga á verter
Entre recuerdos de ayer
Lo que siente y lo que piensa.
  Tú fuiste niña... ¿Cariño
No tienes á aquella edad?
¡Ay, Elvira! ¿no és verdad
Que es muy hermoso ser niño?
  Compara: ya no se alcanza
La gloria que entónces fué.
¡Cuanta esperanza sin fé!
¡Cuanta fe sin esperanza!
  Perdona otra vez: derecho
A tu perdon tengo ya;
Que há tiempo sufriendo está
Mi pecho como tu pecho.
  Há tiempo cruza mi suerte
Los aires del desengaño...
¡Cielos! hoy cumplo otro año,
Otro paso hácia la muerte.
  Mas ¡qué idea! su pavor
No turbe más mi alegría.
Escúchame, amiga mia:
Quiero contarte mi amor.
  Hay una deidad, Elvira,
Que ciego mi pecho adora;
Yo lloro cuando ella llora,
Yo suspiro si suspira.
  Su ropaje son los cielos,
Sus lágrimas son las flores;
Brinda un goce sin dolores,
Ofrece un amor sin celos.
  Nadie resiste á su ardor,
Ni el sabio, el potente, el loco...

No dirás que pido poco.
¿Te gusta, Elvira, mi amor?
  Amante de tal valía...
¿Fuera mucho presumir?...
¿No es verdad que es de sentir
Que no quiera serlo mia!

ISIDORO MAIQUEZ.

Como ilustracion á esta oda (publicada en *El Cartagines*, á 28 de Abril de 1859, y en *El Mundo pintoresco*, á 17 de Julio del mismo año), conviene reimprimir aquí una nota de D. Leandro Fernandez de Moratin, que se halla en el tomo IV de sus Obras, dadas á luz por la Real Academia de la Historia (Madrid 1830 y 1831), páginas 345 y siguientes:

«Isidoro Maiquez, natural de Cartagena, tejedor de sedas, aficionándose al teatro desde su juventud, empezó á representar en las compañías cómicas de Valencia. Tal es el principio que han tenido casi siempre los actores de España. Hijos de padres humildes, aplicados tal vez á algun ejercicio mecánico, inclinados á ver comedias y representarlas, y resueltos, por último, á abandonar su oficio por un arte en que es tan difícil acercarse á la perfeccion; sastres, carpinteros, impresores, zapateros, bordadores, peluqueros, monaguillos, soldados, cocheros, tejedores, confiteros, albañiles; esto han sido en sus primeros años los que con más ó ménos habilidad han ocupado la escena española desde Lope de Rueda hasta nuestros dias. Lo que ciertamente debe asombrar, es que entre tales cómicos hayan sobresalido algunos, no inferiores en su clase á los más celebrados de los teatros extranjeros. ¡Qué fuerza de talento natural han necesitado para formarse, cuando les faltaban los auxilios de la educacion, de la instruccion, del trato culto de la sociedad; en suma, cuando era necesario

que cada uno de ellos buscase y hallara los principios de un arte que nadie enseña entre nosotros! Pero, como sea cierto que los primeros hábitos determinan para en adelante el carácter intelectual y moral de los hombres, toda la habilidad de nuestros mejores cómicos se ha reducido siempre á la imitacion de la ridiculez vulgar, y han sido muy pocos los que hayan sabido acercarse á la delicadeza, á la gracia decorosa, á la urbanidad y elegante expresion de la buena comedia. No llegando á esto, ¿quién deberia exigir de ellos la sublimidad que pide la tragedia, en su declamacion robusta, heroica, patética y vehemente?

»Maiquez, despues de haber representado algunos años en Madrid sin aplauso (actor extremadamente frio, que entendia y no expresaba sus papeles), pasó á Francia en el año de 1799: vió en París el teatro frances, y no necesitó más. Estudió á Talma con una atencion reflexiva, de que él sólo era capaz. La accion, el gesto, la entonacion, las transiciones, los extremos de dolor, de alegría, de orgullo, de abatimiento, de rencor, de furia, cuantos afectos componen la imitacion trágica, otros tantos observó y retuvo; y como su defecto único era la frialdad, no halló en sí obstáculo ninguno que vencer, ni un solo resabio que destruir. Áun hizo más. Conoció que no debia copiar, sino imitar, los excelentes modelos que veia en el género trágico y cómico; y, penetrada la razon del arte, variar, modificar su declamacion, y establecer la línea que debe separar la expresion francesa de la que puede ser agradable á un auditorio compuesto de españoles.

»Cuando volvió á Madrid, se dijo, al ver sus primeras representaciones, que copiaba á Talma en las mismas piezas que él repetia, traducidas á nuestra lengua; pero cuando se le vió

desempeñar otras que se habian escrito despues que él vino de Francia, se echó de ver que no era un copiante servil, sino un profesor eminente. Tambien se dijo (¿qué desaciertos no dice la envidia?) que en la tragedia era muy buen actor; pero que sólo hacia tragedias, y que persuadido él mismo de su nulidad para los caracteres de nuestras comedias antiguas, siempre se abstendria de representarlas. Herido su orgullo (que era igual á su mérito), conoció la necesidad de sobresalir en todos los géneros para confundir á la ignorancia, y lo consiguió, representando personajes y afectos de tan diferente naturaleza, que parecia imposible aspirar en todos ellos á la perfeccion, y él supo hallarla. *García del Castañar*, *Fenelon*, *El Vano humillado*, *Otelo*, *Oréstes*, *El Pastelero de Madrigal*, *La Casa en venta*, *El mejor Alcalde el Rey*, *La Zaira*, *El Rico Hombre de Alcalá*, *El Distraido*, *Pelayo*, *El Convidado de piedra*, *Numancia destruida*; en suma, las tragedias extranjeras, las españolas, las piezas ligeras del teatro frances, las antiguas y modernas del nuestro, hallaron en él un actor que nunca ha tenido semejante.

»Ensayaba á sus compañeros en los papeles que habian de hacer con él; pero nunca trató de darles una instruccion metódica del arte, ni les comunicó las máximas que él habia adoptado como principios seguros para acertar en él. Su habilidad fué un secreto: ni tuvo rivales ni quiso discípulos: con él empezó la gloria de nuestro teatro en la representacion, y con él acabó.

»Su vida fué una contínua alternativa de satisfacciones y disgustos. Empeñado y pobre muchas veces, otras opulento; desterrado por el gobierno de José Napoleon, y restituido despues por el mismo á la patria; cuando ésta logró sacudir

el yugo extranjero, Maiquez, digno intérprete de las ideas de libertad, excitó el entusiasmo general con la imitacion de afectos y acciones heroicas, recibiendo en la escena coronas y aplausos, hasta que, por último, llegó á verse otra vez odioso á la Córte, desterrado, falto de salud y medios, y en edad que no resiste como la juventud á los desaires de la fortuna. En vano la generosa amistad de sus compañeros procuró dilatar su vida, haciéndola ménos infeliz. Murió en Granada, en el año de 1820.»

LA VICTORIA DE TETUAN.

Buena, muy buena obra, ménos ideal que otras, más correcta que muchas, llena de patriotismo y de valentía. Allí se dice que la victoria

> Es el beso de amor que ronco brota
> De los ardientes labios de la guerra;

allí, más adelante, leemos

> Que los brazos del déspota se oprimen
> Donde los brazos de la cruz se abren;

allí, por último, que

> La tumba de los hombres es la muerte,
> La tumba de los héroes es la gloria.

Se publicó en *La Discusion* de 8 de Febrero de 1860, y en el *Diario de Cartagena* de 21 del propio mes.

EL BESO.

(*Pág.* 127.)

Otro soneto escribió MONROY, que se ha conservado: es de asunto y consonantes forzosos. Hélo aquí:

CON UN DURO.

(*En boca de un desesperado.*)

SONETO.

Sentí, al pisar de nuestro mundo el *suelo*,
De perder á mis padres la *amargura*;
No supe qué era amor ni qué *hermosura*,
Ni hallé un amigo á quien decir mi *anhelo*.
En la tumba fatal del *desconsuelo*
Gime mi corazon: si, por *ventura*,
Ansioso busco á Dios tras esa *altura*,
Y al cielo miro, se oscurece el *cielo*.
Nada soy, nada tengo, nada *valgo*;
He dado á la ilusion mi adios *postrero*:
¿Puedo ya en adelante creer en *algo*?
Ni honores alcancé, ni fama *espero*;
Entré muerto en la vida, y muerto *salgo*.
Me queda un duro: ¿para qué lo *quiero*?

ULTIMOS MOMENTOS DEL DILUVIO.

Debe ser un fragmento, aunque al principio no se dió como tal por los que se han ocupado en recoger los versos de MONROY.

Salomon Gessner, escritor aleman, suizo de nacion, que obtuvo gran celebridad á fines del siglo pasado, extendió en prosa otro como fragmento, dedicado á representar los *últimos momentos* de dos amantes *en el Diluvio*. Nada se parece el fragmento de MONROY al de Gessner: hoy, que las obras del autor suizo no son ya de nadie leidas, quizá no parezca fuera del caso agregar aquí, traducido, el fragmento indicado.

UNA ESCENA [1] DEL DILUVIO.

SEMIRA Y SEMIN.

«Ya las torres de mármol yacian profundamente sumergidas; ya sobre la cumbre de las cordilleras corrian negras olas como montañas; ya sólo alzaba un monte su erguida cabeza sobre las aguas. Horrible agitacion reinaba en torno de sus azotadas pendientes, donde gritaban desesperados los infelices que subian á su cima, perseguidos por la muerte en las olas, que les iban sin cesar bañando las plantas. Aquí se desgajaba del monte una colina, y cargada de hombres dando alaridos, se precipitaba con ellos en el espumoso piélago; allí reunidos los turbiones, y trocados en furioso torrente, se llevaban al hijo que se esforzaba á salvar á su padre moribundo, ó arrastraban á la afligida madre con sus hijos en brazos [2].

»Sólo descollaba, exento de la devastacion, el pico más eminente de la cima, donde Semin, generoso mancebo, á quien poco ántes habia jurado eterno amor la más virtuosa de las doncellas, habia puesto en salvo á su adorada Semira, y donde, en medio de la más deshecha borrasca, se encontraban solos, porque las aguas habian acabado con el resto de los mortales. Abalanzábanse las olas á ellos, retumbaba sobre

[1] *Gemähld*, esto es, *cuadro*, dice el original.

[2] Antes que Gessner, habia escrito en su *Deucalion* el conde de Torrepalma la octava siguiente :

Sobre la última roca retirada
Amante madre, al tierno infante asida,
La planta de las ondas ya bañada,
Lo levanta á los hombros afligida :
Del miedo y de las ondas perturbada,
En el piélago cay desvanecida,
Y áun en la ansia total agonizando,
Va el hijo entre las ondas levantando.

ellos el trueno, bramaba á sus piés un mar enfurecido. Espantosa oscuridad los envolvia cuando los relámpagos no alumbraban la cruel escena; cada nube amenazaba horrores con su negra frente; cada ola tropezaba con mil cadáveres, é impelida por los aquilones, corria en busca de más estragos.

»Estrechó Semira á su amado contra su corazon palpitante, y vertiendo llanto, que regaba sus mejillas pálidas, mezclado con las gotas de la lluvia, exclamó con voz balbuciente: «Semin, amado mio, ya no hay salvacion para nosotros; por todas partes la muerte nos acosa rugiendo. ¡Oh desolacion! ¡oh desventura! Cada vez se nos acerca más nuestro fin. ¿Cuál de esas olas, ¡ay! cuál será la que nos sepulte? Sosten, sostenme con tus brazos trémulos, amado mio: pronto no existiré, pronto no existiremos, confundidos ambos en el universal trastorno. Ahora..... Hácia aquí viene rodando..... ¡Cuán espantosa! Ya llega, iluminada por los relámpagos. ¡Favor, oh Dios, Dios, nuestro juez!»—Dijo, y cayó en brazos de Semin.

»Ciñó con ellos á la desfallecida amante, sin poder desplegar los labios, y sin ver ya el inminente exterminio, sino sólo á su dulce prenda reclinada, exánime en su seno; y padeció por ella más que con el horror de la muerte.

»Besó entónces aquellas mejillas, que tenía sin color la fria lluvia, y estrechóla más fuertemente, diciendo: «Semira, adorada Semira, recóbrate y vuelve á contemplar este desolador espectáculo: vuelvan á mirarme tus ojos, vuelva á decirme otra vez tu marchito labio que me amas hasta la muerte: otra vez, ántes que las olas nos arrebaten.»

»Volvió ella en sí cuando él enmudecia; dirigióle una mirada llena de indecible ternura y pena, y tendió luégo la vista sobre aquel estrago. «¡Dios y mi juez! exclamó: ¿no hay remedio,

no hay misericordia que nos alcance? ¡Cómo se estrellan las oleadas! ¡cómo retumba el trueno! ¡con qué aparato de terror se anuncia la implacable venganza! ¡Oh Dios! Nuestros años corrian en la inocencia; Semin era el más virtuoso de los jóvenes..... ¡Ay! ¡ay de mí! Todos los séres que ornaban de goces mi existencia, todos han perecido. Y tú, la que me diste vida..... ¡oh cruel espectáculo! Separada de mí por las aguas, todavía levantaste la cabeza y los brazos para bendecirme, cuando fuiste abismada. Todos perecieron. Y sin embargo..... Semin, Semin, el mundo asolado y desierto sería para mí un paraíso contigo. Vivíamos inocentes, mi Dios; y ¿no hay salvacion, no hay piedad para nosotros? Pero ¿qué dice mi corazon angustiado? Perdóname, ¡oh Dios!: ya morimos. ¿Qué es en tu acatamiento la inocencia humana?»

»Sostuvo el mancebo á su compañera, á quien el huracan vencia, y dijo: «Sí, mi adorada: todo viviente ha sido arrebatado á la tierra, y en el estruendo de la devastacion ya no grita ningun moribundo. Carísima, carísima Semira mia, el instante próximo es el último nuestro. Se acabaron todas las esperanzas de esta vida; todo el venturoso porvenir que nos figurábamos en las horas placenteras de nuestro amor, se deshizo; vamos á perecer. La muerte sube y corre en torno de nuestros muslos vacilantes; pero no, no esperemos como réprobos ese general destino! ¡Moriremos! Y ¿qué fuera para nosotros, amada mia, qué fuera la vida más larga y deliciosa? Una gota de rocío pegada á un peñasco, de donde se desprende al mar cuando el sol asoma. Esfuerza tu ánimo: las delicias y la eternidad están más allá de la vida. No temblemos al pasar allí: abrázame, y esperemos así nuestra suerte. Pronto, Semira mia, pronto nuestras almas volarán sobre estos estra-

gos; entregadas al goce de una bienaventuranza inexplicable, volarán sobre ellos : tanto me atrevo á esperar, Dios mio. Sí, Semira, levantemos las manos al cielo : no debe el mortal juzgar á la Providencia. El que inspiró el soplo vital en nosotros, envía la muerte al bueno y al inicuo; pero ¡dichoso el que ha caminado por la senda de la virtud! No pedimos la vida, ¡oh infinitamente Justo! seamos comprendidos en tu sentencia; pero anímanos con la celeste esperanza de aquel bien inefable que ya no puede turbar la muerte; y ruja en buen hora el trueno, y brame la borrasca, y estréllense sobre nosotros las olas. Alabado sea el Justo; su alabanza sea el último pensamiento de nuestras almas en el cuerpo falleciente.»

»El valor y el júbilo que reanimaron el semblante de Semira le volvieron su hermosura; y alzando las manos entre la tormenta, prorumpió: «Sí, esa divina, esa inmensa esperanza, la siento ya toda: alabe al Señor mi labio, y viertan lágrimas de alegría mis ojos hasta que los cierre la muerte cercana, pues nos está aguardando un cielo con mil venturas. Nos habeis precedido vosotros los que fuisteis objetos de nuestro cariño; pero pronto tornamos á veros: ya vamos. Ante el solio del Altísimo están ya los justos, á quienes despues del juicio ha congregado en su presencia. Truenos, rugid; olas, bramad: vosotros sois el himno de su justicia: destruccion, ven á nosotros. — ¡Mira, amado mio! abrázame, que allí viene la muerte; en aquella ola negra viene. Abrázame, Semin, no me dejes. ¡Oh! ya me levanta el agua.

»—Yo te abrazo, Semira, decia el jóven; abrazada te tengo. Muerte, sé bien venida: aquí estamos. ¡Alabada sea la justicia eterna!»

»Así dijeron, y la ola los arrebató abrazados.»

LO QUE DICE MI MADRE.

(*Pág.* 131.)

Aunque la composicion titulada *Génesis*, que principia en la pág. 169, sea en la opinion de muchos y en la humilde nuestra, la obra de MONROY más poética, más alta, la mejor, en fin, de las suyas, nos atrae con invencible hechizo esta especie de epístola familiar de la pág. 131 : parece sin duda una traduccion, en buena poesía, de los afectos que una madre ha expresado en la prosa de la verdad; nos parece aún otra cosa. Cuando una digna madre tiene léjos de sí á su hijo por el bien de él, porque está, como JOSÉ MONROY, estudiando con aplicacion y lucimiento, no hay razon para sentir la ausencia del hijo tan dolorosamente. ¿Habrá, pues, en estas preciosas redondillas melindre, afectacion, exageracion impropia, ficcion inoportuna, falsedad ridícula y vituperable? ¡Ah! no : cuando los espíritus superiores exageran (al parecer), es que presienten, es que adivinan, es que ven lo que para ménos felices inteligencias no es perceptible. MONROY presintió, adivinó y expresó fielmente el dolor de su amante madre en la ausencia más larga y triste, en el destierro á la eterna vida, en la separacion del sepulcro : en Setiembre de 1861 adquirian completa y lastimosa verdad aquellas redondillas :

Hoy sólo puedo exclamar
En amante desvarío :
«¿*En dónde estás*, hijo mio,
Que no te puedo abrazar?»
. . . .
(*Habla la Madre con la naturaleza.*)
Dile que mi amor es fiel,
Dile que mi afecto es ciego,

Dile que *si al cielo ruego*,
Estoy rogando por él.

. . . .

¿Qué *otro consuelo* quedar
Puede ya á mi padecer?
¡Es tan hermoso *creer!*
¡Es tan hermoso *esperar!*

. . . .

Dejadme, sí; que el dolor
Mis lágrimas borrarán:
Dejadme sentir mi afan,
¡Dejadme llorar mi amor!

Detengámonos frente á la humilde tumba de nuestro poeta: bastan estos borrones para señal de nuestra estimacion al hombre, de nuestra admiracion al florido ingenio; sobran para que el de nuestros lectores le comprenda, sienta con él, y le rinda el tributo de dolor y respeto que se le debe.

Gran corazon y fantasía valiente le destinaban á ser insigne escritor; poca edad y poca importancia dada por él al ejercicio de sus facultades poéticas, le impidieron probarlas todas, y privaron á sus ensayos del lustre con que hubieran podido mostrarse al mundo, habiéndolos estudiado más. Frecuentísimo ha sido entre los poetas de España ejercitar el númen para distraer el ánimo de otras muy distintas ocupaciones. Garcilaso y Ercilla escribieron versos entre los horrores de la guerra; Fray Luis de Leon descansaba con ellos de sus estudios teológicos; Pablo de Céspedes tomaba la pluma en la mano, fatigada de mover los pinceles. La poesía pide para sí toda la atencion, toda la actividad y la vida entera del hombre: así hubo quien escribiese *La Ilíada*, *La Eneida*, *La Divina Comedia* y *Los Lusíadas;* así compusieron sus inmortales odas Píndaro y Horacio. *Poeta, y no más*, dice á sus elegidos la Musa que los llama; *profesor, y por entretenimiento poeta*, le han res-

pondido muchos esclarecidos ingenios españoles: en pena de este aciago desaire, nuestra epopeya sólo sube hasta la *Araucana*. A gran altura lírica hubiera llegado MONROY, á no faltarle vida: el canto del verdadero poeta constituye en nuestros tiempos ya profesion respetable y útil: Homero, en la época actual, no hubiera mendigado de puerta en puerta; no necesitó mendigar, como el ciego cantor de la ruina de Troya, el ciego cantor de la caida del hombre. En los campos de la inmortalidad, vestidos de verdores eternos, bañados de perpétua luz, Espronceda habrá tendido los brazos á MONROY, llamándole *hermano;* Quintana, *hijo*. Acá, en la vida de las tinieblas y del error, dudamos qué lugar señalarle, que no le pueda ser disputado entre los herederos del gran Quintana; pues, como ha dicho el Sr. Castelar con la sagacidad y precision del filósofo, «no se puede juzgar á MONROY por lo que ha dejado, sino por lo que se ha llevado consigo.» De lo que se llevaron tambien consigo Lucano y Garcilaso, jóvenes, Francisco de la Torre y Francisco de Rioja, viejos, que debió ser mucho, nadie ha podido hablar con certeza; lo que dejaron, sea mucho, sea poco, goza de general aprecio. Sin oponer nombres á nombres, ni género á género, ni un tiempo á otro, recojamos las escasas, pero preciosísimas reliquias de la actividad intelectual de MONROY, y estimémoslas como se estiman las de Rioja. Tres versos del malogrado jóven, levemente cambiados, nos dicen el carácter de su poesía, su gloria en España, y sus merecimientos para el cielo:

El eco de su voz fué la armonía,
Y celestes guirnaldas á su paso
El coro de los ángeles tejía.

J. E. HARTZENBUSCH.

Aprovechemos una ocasion propicia. Nos envió á Madrid, años há, unos versos, pocos, pero buenos, un modestísimo escritor, de quien apénas en su casa misma sabrán que los escribe. Dadas algunas de aquellas composiciones á un amigo, redactor de un periódico, publicó una ó dos, perdió otra, y quedaron en nuestro poder las demas. Para que no se pierdan todas, como su hermana, digna por cierto de otra suerte, imprimimos de ellas una oda y tres sonetos aquí, no atreviéndonos á estampar el nombre del autor, porque ni tenemos su licencia, ni sabemos con seguridad por dónde pedírsela.

Los sonetos y la oda son éstos :

EL SOL EN ORIENTE.

SONETO.

Ya rutilante en raudo remolino
Hierve ¡oh sol! en Oriente el polvo de oro
Que tus ruedas levantan; ya el tesoro
De tus rayos relumbra diamantino.
Desplégase ondeante y purpurino,
Al revolar el céfiro sonoro,
Tu regio manto, y en alegre coro
Siguen las rubias Horas tu camino.
Naturaleza rie y se levanta
Del sueño en que yació suspensa y muda,
Y con su pompa y su beldad encanta;
Y el hombre que vacila ante la duda,
Al contemplar magnificencia tanta,
Vuelve á la fe y al Hacedor saluda.

GONZALO EN LA BATALLA DE CERINOLA.

SONETO.

Cierra Nemur, de su escuadron seguido,
Contra el audaz ibero, que le atiende;
Truena el bronce; chocando el hierro esplende,
Retumba en torno el bélico alarido.
Estrago á mil estragos añadido,
En la pólvora hispana el fuego prende:
Ella furiosa por el aire asciende
En llama y humo y hórrido estampido.
Mas tú, Gran Capitan, la espada al viento,
En fogoso corcel raudo atraviesas
Tus huestes, deslumbrando con tu gloria.
Y á tus leones, con alegre acento,
Ánimo, gritas, *mis amigos; ésas*
Las luminarias son de la victoria.

CELAJES DE ABRIL.

SONETO.

Pura nube, que vaga en manso vuelo,
Si el rojo sol que fúlgido amanece
La ilumina, magnífica parece
Púrpura y oro en el azul del cielo.
Cual de la blanca aurora rico velo,
Al hálito del céfiro se mece:
Crece en carmin, y en resplandores crece,
Y al alma infunde misterioso anhelo.
Así, llena de encanto y lozanía,
Esplende, si en su luz amor la dora,
Dulce ilusion de jóven fantasía.
Mas ¿qué vale, si al fin se descolora
La ráfaga, y cual flor de solo un dia,
Lo ideal pierde el lustre que atesora?

LA TRANQUILIDAD EN LA MEDIANÍA.

ODA.

Ni regios artesones,
En columnas de pórfido elevados,
Ni firmes torreones
Dan albergue seguro de cuidados.

Su enjambre el ala tiende,
Y en su curso, á la nao, que ligera
Ondas y espumas hiende,
Alcanza, y al corcel en su carrera.

Tiñen al avariento
La enjuta faz con el palor del oro:
Tiénenle soñoliento,
Velando en la alta noche su tesoro.

¿Quién halló, quién, escudo
Que la pujanza indómita quebrante
De estos monstruos? ¿Quién pudo
En tan horrenda lid quedar triunfante?

Quien ciñe su deseo
Al corto espacio de la vida humana,
Y en triste devaneo
No feria el dia de hoy al de mañana.

En su feliz retiro,
Ni pecheros conoce ni señores:
Ve al año en dulce giro
Reir en la heredad de sus mayores.

Cuando con grave ceño
Despliega su crespon la noche umbría,
Él paz disfruta y sueño
En brazos de la hermosa medianía.

Rie la dulce aurora.....
Él ostenta en la faz su risa y calma:
Ábrese encantadora,
Cual la flor á la luz, al gozo su alma.

Ni en las dichas repudia
Su razon, ni en el caso más adverso:
Al Hacedor estudia
En su obra inmortal del universo.

Y al ver que Dios atiende,
Cual padre, á cuanto brota de su mano,
En vivo amor se enciende,
Y en toda criatura ve un hermano.

F. A. de B.

ALCANCE.

Se nos advierte, como aviso oportuno, que las dos breves composiciones tituladas *El Tránsito* y *La Prediccion* pertenecen á una obra que no pasó de los principios. Habia de ser una coleccion de cuadritos históricos, acompañados de una explicacion ó aplicacion filosófica: dos escribió Monroy, y otros dos un amigo suyo.

Se nos han entregado, algo tarde en verdad, cinco poesías de Monroy, no indignas de su pluma, pero que tampoco aumentarian el valor de esta coleccion. De una de ellas, consideramos justo incluir aquí por despedida la mayor parte. Con

placer singular habrá visto el lector la notable composicion *A la Vírgen* (pág. 163): no sin gusto leerá estos sentidos versos, que se refieren á la epidemia que padeció años pasados la patria del autor:

Ciudad insigne. . . . .
. . . . . . que tejió altanera
Con los jirones de la Europa entera
Coronas de laurel para su gloria;
Undosos mares, apacible suelo
De exquisita fragancia,
A cuyo lado, en venturoso anhelo,
Miré correr los años de mi infancia,
Donde con puro ambiente
Meció la brisa mi modesta cuna,
Y el agua santa consagró mi frente...
En mis tiernos y débiles cantares,
¿Qué puedo darte yo, pobre y ausente,
Amada patria mia?
Una lágrima triste en tus pesares,
Un grito de entusiasmo en tu alegría.
¡Horas de luto y de quebranto llenas!
Pasad, pasad al fin; que habeis dejado
Al corazon llagado
El inmenso sudario de sus penas...
¡Fatales horas!... ¡ah!... ¡cómo os contaba
Con profunda tristeza,
De mi patria alejado,
Las noches que, en mi estancia retirado,
Doblaba sobre el libro mi cabeza!
Y á cada hoja ¡ay Dios! que temblorosa
Iba pasando sin cesar mi mano,
Y á cada hora que correr veia...
«¡Otra víctima más!» triste, decia:
«¡Otra madre sin hijos! ¡otra esposa
Sin esposo! ¡otro hermano sin hermano!»
Cada hora de llanto y de agonía
Que allí contaba en mi terrible calma,
Como una gota de dolor caia
En el oscuro fondo de mi alma...
Mas pasaron al fin... Nobles varones
De mi patria, ¡salud!...
. . . .

¡Dichoso el hombre que, do quier llevando
De caridad el lema,
Con lágrimas de amor del infelice
Teje á sus sienes inmortal diadema!
Dignos héroes, oid: la patria os dice:
« No moriréis jamas, y vuestra suerte
Bendecirá del pueblo la memoria...
La tumba de los hombres es la muerte,
La tumba de los héroes es la gloria. »
¡Santa Madre de amores,
Que en el cielo te asientas,
Y allí en tu solio de virtud ostentas
El sublime dolor de tus dolores! [1]
Si ceñiste corona esclarecida,
Con alas de los ángeles tejida;
Si en tu regazo tierno
Al Salvador del mundo, Omnipotente,
Depositó el Eterno,
Y su diestra fulgente
De luz y lauro engalanó tu frente,
Tú has enjugado de mi patria el llanto
Con los flotantes velos de tu manto;
Tú has disipado en la tremenda hora
Del luto acerbo la tiniebla oscura,
Derramando fulgor desde la altura
Del áureo rayo que tu frente dora:
Yo así te aclamo con fervor profundo
Y con piadoso anhelo,
La Reina de los hombres en el mundo,
La Reina de los santos en el cielo.
Cartagena, ¡valor! yo te saludo.
Alza la frente y á los cielos mira;
Que nada al bueno amedrentarle pudo,
Y mira al cielo quien al cielo aspira:
Las alas tiende, en el espacio vuela,
Y en tu glorioso porvenir reposa...
Tú volverás gozosa
A escuchar de victoria los cantares,
Y tornarás un dia
A bañar, patria mia,
Tu corona de perlas en los mares; etc.

[1] Nuestra Señora, con la advocacion *de los Dolores*, patrona del Hospital de la Caridad de Cartagena.

«Sé que esta composicion (escribia el autor), ó por mejor decir, este conjunto monstruoso de versos incorrectos, no resiste á la crítica. Atiéndase solamente á mi buena intencion y sana voluntad, si ya no se tuviere en cuenta que esta poesía ha sido hecha en una hora escasa, pues me ha sido pedida por el correo que hoy llega, y la remito en el correo que hoy sale.

»*Madrid*, 13 *de Octubre de* 1859.

»J. MARTINEZ MONROY.»

FIN.

ÍNDICE.

FIN DEL ÍNDICE.

